

**Lev Gumilevski**

# **El callejón del Perro**

**Revolución sexual y comunismo en la U.R.S.S.**



**ediciones  
memosyne**



L. GUMILEVSKI

# EL CALLEJÓN DEL PERRO

REVOLUCIÓN SEXUAL Y COMUNISMO EN LA U.R.S.S.



Colección LITERARIA, n.º 5

0ª Edición, diciembre de 2022

Publicada originalmente, en la U.R.S.S., 1927.

Obra que no se edita en castellano desde 1932.

Imagen de la cubierta:

Atleta y miembro del Komsomol. *Making of* (c. 1930).

Representación de los ideales de belleza y salud soviéticos, que incorporan la desnudez con naturalidad y sin obscenidad.

Traducción:

M. Pumarega, a cuyos herederos no hemos logrado localizar.



De las notas, el diseño y la edición, Ediciones Mnemosyne. Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

[www.edicionesmnemosyne.es](http://www.edicionesmnemosyne.es)

[info@edicionesmnemosyne.es](mailto:info@edicionesmnemosyne.es)



*A. Ródchenko. Atleta y miembro del Komsomol (c. 1930)*

«En consecuencia el hombre (el trabajador) ya sólo cree obrar libremente en sus funciones animales –comer, beber y procrear, añadiendo a lo sumo vivienda, aliño, etc.–, mientras que en sus funciones humanas se siente como un mero animal. Lo bestial se convierte en lo humano y lo humano en lo bestial.

Cierto que comer, beber y procrear, etc. son también funciones auténticamente humanas. Pero la abstracción que las separa del ámbito de la restante actividad humana, las convierte en fines únicos y absolutos, hace de ellas algo bestial.»

*K. Marx, Manuscritos de París*

## NOTA EDITORIAL

*La construcción del comunismo no es un fenómeno meramente político, en el que bastaría la toma del poder por el proletariado para dar al mundo un nuevo rumbo; es, ante todo, una verdadera revolución social: la transformación del modo en que la sociedad produce y reproduce sus medios de existencia y a sí misma, lo que conlleva un radical trastocamiento de todas las esferas de la vida.*

*El problema familiar y sexual no podía quedar fuera de esta transformación radical, y Octubre subvirtió todas las viejas relaciones de parentesco, así como las ideas y prejuicios que a tales relaciones correspondían. El «comunismo de guerra», que temporalmente disolvió de facto la familia, hizo emerger nuevas formas de relaciones entre los sexos, y constituyó un suelo fértil para la absoluta libertad de los individuos en el desarrollo de su vida sexual. Pero el problema familiar y sexual no podía abstraerse del contexto general de la lucha de clases: el programa marxista del bolchevismo contemplaba la superación de la familia sólo a través de formas colectivas de producción, distribución, consumo, crianza y educación. Sin esas instituciones comunitarias de nuevo tipo, los viejos prejuicios y relaciones seguirían vigentes con nuevos ropajes. Y es lo que buena parte de la vanguardia bolchevique percibió durante los años 20: la juventud teorizaba sobre el «amor libre», mientras su práctica real redundaba negativamente tanto sobre el conjunto de la sociedad –por ejemplo, con la proliferación de enfermedades de transmisión sexual– como específicamente sobre la situación de las mujeres –embarazos no deseados, madres solteras, abortos, paro, prostitución.*

*La desconocida novela que ahora recuperamos, EL CALLEJÓN DEL PERRO, fue escrita en 1926 y publicada al año siguiente. Se enmarca precisamente en este contexto, y se propone combatir, sin ocultar la dureza y el dramatismo de ciertos fenómenos sociales, los naturales excesos que la revolución sexual soviética había producido en su lógico y subversivo desbordamiento de la vieja moral feudal-burguesa del imperio zarista.*

No obstante, aunque el discurso y el tono pedagógico de la novela anticipan ya la que será la posterior posición oficial del Partido y el Estado soviéticos, la novela fue duramente criticada por «pornográfica» y «difamatoria» respecto a los miembros de la juventud comunista, esto es, del Komsomol. Figuras de la talla de Bujarin escribieron contra la novela, y el autor, que gozaba de relativo prestigio hasta entonces, abandonó la ficción y pasó a dedicarse a la biografía divulgativa.

Hoy, lejos de aquellas viejas polémicas que vivieron intensamente tanto el Partido como la sociedad soviética, podemos ver la obra de Gumilevski desde otro punto de vista. Creemos que es un útil recordatorio de que la «revolución sexual» occidental del último medio siglo, de la que se jacta la burguesía, ni es «revolucionaria» ni, sobre todo, nueva: el proletariado soviético, hace más de 100 años, produjo transformaciones mucho más vastas y profundas en su búsqueda de un mundo emancipado; tuvo tiempo, incluso, de atemperar sus propios excesos y criticar y eliminar los extremos insalubres y antisociales que tal revolución sexual había generado, y que entraban en contradicción con la construcción de una humanidad comunista.

\* \* \*

Nuestra edición, restituyendo el título original de la novela y añadiendo un subtítulo que creemos apropiado, toma como base la primera edición española de la misma, publicada bajo el título de EL AMOR EN LIBERTAD, en enero de 1931, por Ediciones Hoy. Esta traducción castellana, hecha con toda seguridad a partir de la edición inglesa (DOG LANE, 1930), la hemos contrastado —allí donde ha sido necesario— con la segunda y última de la que tenemos constancia: la versión de J. Álvarez Portal, de diciembre de 1932 y publicada por la Editorial Fénix bajo el título de EL AMOR ES LIBRE. Todas las notas al pie son nuestras.

Hemos añadido como anexo un texto leniniano para la mejor comprensión del punto de vista de la novela, que toma como punto de partida las ideas allí reflejadas, y seguramente el propio extracto.



## NOTA DE EDICIONES HOY

*Sabido es que la revolución rusa no ha significado una mera transformación superficial de la sociedad, sino que ha venido a remover ésta hasta la entraña más profunda. En todos los aspectos de la vida humana ha introducido un nuevo punto de vista, una actitud nueva. Así en el terreno de las relaciones de producción como en el mundo de las relaciones personales y de los sentimientos. La presente novela tiene como base los tanteos, las exageraciones y el encauzamiento de la nueva vida sexual en la Rusia soviética. Es por tanto un libro, prescindiendo del aspecto puramente literario, del más grande interés al mismo tiempo que excepcional, ya que esta cuestión no había sido tratada hasta ahora en ninguna de las nuevas novelas rusas con la amplitud y la descarnada sinceridad con que aquí se hace.*

*No faltará sin duda quien se escandalice ante las terribles revelaciones de esta novela ni quien las emplee para condenar el régimen en que las cosas aquí relatadas pueden haber tenido lugar. Por lo mismo conviene aclarar algunos extremos. En primer término, a nadie ha de extrañarle que al romperse los viejos moldes de la moral burguesa el súbito desencadenamiento de los instintos condujera a los peores extravíos y a las más desatinadas exageraciones. Comunistas hubo que pretendieron reducir el acto sexual a la categoría de cualquier otro acto fisiológico, considerándole tan simple o natural como «beberse un vaso de agua».<sup>1</sup> Pero contra esta teoría, que anulaba todo sentimiento y toda emoción en una de las funciones más sublimes del ser humano, se han alzado desde el primer momento todos los hombres de responsabilidad y prestigio que han contribuido a la implantación y desarrollo del régimen soviético.*

---

<sup>1</sup> Sobre la «teoría del vaso de agua», véase el anexo de Lenin a partir de la p. 205. | N. de la E.

*En la presente novela puede observarse muy bien esta reacción de los espíritus sanos contra el relajamiento y la corrupción sexuales, que sólo tienen un carácter circunstancial y episódico y, en fin de cuentas, favorecen la implantación de una nueva moral, despojada de los prejuicios de la sociedad burguesa, pero sometida a las exigencias de los sentimientos éticos más depurados.*

*Lev Gumilevski, novelista de origen modesto, que viene ejercitándose en la literatura desde hace más de dieciséis años, desarrolla el tema con innegable pericia, logrando imprimir a su obra un fuerte sabor realista y un profundo dramatismo. Su novela contribuye a ilustrar la experiencia revolucionaria rusa, que tanto interés ha suscitado, interés que, lejos de disminuir, se acrecienta de día en día.*

EDICIONES HOY (1931)

## PRIMERA PARTE: DESPUÉS DE LAS NUEVE

### I UN ESPEJO CÓNCAVO

El nudo trágico, que más tarde estuvo a punto de ser deshecho por la severa sencillez de una sentencia judicial, comenzó a formarse indudablemente en el primer encuentro que tuvieron Vera y Horohorin.

Este nudo no fue desentrañado nunca de un modo completo por la investigación criminal, ni por las conversaciones de nuestros conciudadanos, ni por la prensa de todo el país. Ni siquiera contribuyeron a desenredarlo discusiones, informes, conferencias y artículos: hasta el momento presente el nudo terrible seguía tan complicado como siempre. Tal vez se debiera ello a que a nadie se le ocurrió empezar por la primera lazada: antes al contrario, todos aquellos que investigaron este enmarañado drama comenzaron por el fin.

Por ejemplo, en la obra representada con el pretencioso título de *Esclavos del amor* en uno de los teatros de Moscú, y basada en los incidentes reales que acaecieron entre nosotros, no se decía una palabra acerca del primer encuentro de los dos personajes más importantes. Ignorando cómo habían trabado conocimiento los dos personajes principales, y no comprendiendo las verdaderas relaciones que entre ellos existían, el autor desconocido se entusiasmó con las situaciones dramáticas, y trató con suma superficialidad el material de que disponía. Sin embargo, la obra fue representada en todas las pequeñas ciudades y hasta fue estrenada por la sociedad de aficionados de nuestro club; pero no aportó nada nuevo al asunto.

Por otra parte, el autor, que no había estado nunca en nuestra ciudad, confundió los nombres de las calles, pintó a Búrov como un viejo, e hizo hablar a Ana con defectuoso acento. Todos estos errores causaron la hilaridad del público de nuestra localidad. Nuestros aficionados trataron de reconstruir los hechos tal como efectivamente habían sucedido; pero no pudieron decidirse a modificar el texto original y la obra constituyó en nuestra ciudad un verdadero fracaso.

En cuanto a la película, que fue proyectada en todos los cines, y hasta exportada al extranjero, fue filmada como una historia policíaca corriente, en la que la atención se concentraba en la acción viva y dinámica y en el complicado e intrigante desarrollo de los acontecimientos. Si bien los hechos principales fueron presentados con exactitud, la ausencia de color local y el olvido del fondo psicológico quitaban todo valor a la película, pese a su fidelidad a las tradiciones cinematográficas.

Asimismo su título, *Esclavos de la sexualidad*, nos produjo un deplorable efecto. Era vulgar y sensacionalista, y no respondía a la verdad de los hechos. En general, la película nos defraudó muchísimo: hacía descender todo al nivel de una inmundicia historia vulgar y no añadía nada nuevo a lo que nosotros ya conocíamos.

Las informaciones de la prensa acerca del drama fueron muy secas y carecían de los detalles necesarios y de la suficiente comprensión psicológica. Como consecuencia, en el último Congreso celebrado por el Partido Comunista en Moscú, el orador encargado de examinar las cuestiones de las Juventudes Comunistas se refirió únicamente a los hechos consignados, sin hacer la menor tentativa de analizar las causas o sacar deducciones. Durante la discusión que siguió a su discurso, los delegados de nuestra ciudad se esforzaron por hacerlo así, y hasta cierto punto lo consiguieron.

Pero únicamente fue en la última sesión del Comité Ejecutivo donde uno de los oradores, al discutir un código de leyes matrimoniales en estudio, trató de utilizar parte del material proporcionado por nuestros delegados.

En artículos escritos para diversas revistas, algunos autores abordaron la cuestión, intentando analizar la vida de los

participantes. Pero tampoco esto sirvió de nada, e incluso contribuyó a obscurecer los aspectos vitales de la historia, atiborrándola de detalles, nombres, fechas y pequeños datos absolutamente innecesarios, que no guardaban la menor relación con los actos de los personajes principales ni con el drama final en que acabó todo. Al tener en cuenta la vida de todos los actores, lo único que se puso de manifiesto fue el drama personal de Zoya Ossokina; pero la historia de su vida no necesitaba ninguna dilucidación especial, toda vez que Ossokin, su padre, apareció en escena por su propia cuenta. En general, los detalles biográficos no vinieron a revelarnos nada.

Nuestra tarea consiste en reconstruir todos los acontecimientos en la forma y en el orden en que tuvieron lugar. El extraordinario interés suscitado por cada nueva revelación, por cada detalle tocante a estos acontecimientos, únicamente nos exige una cosa: la exposición detallada, exacta y libre de prejuicios de los hechos.

No nos proponemos sacar ninguna deducción ni siquiera de carácter laudatorio, tal como lo hizo el profesor Samovatov en su artículo *Algunos datos psicológicos de la historia del crimen, deducidos del estudio de la carta escrita por el criminal*. Siguiendo nuestro plan, nosotros daremos íntegra esta carta, y dejaremos que el lector saque sus conclusiones.

Al mismo tiempo no queremos utilizar esta historia pura y simplemente como tema para una novela en la forma que lo haría el literato profesional: nosotros nos limitaremos a presentar una vívida y veraz crónica de acontecimientos, despojada de todo artificio.

Los hechos hablan por sí solos, y nada hay más convincente ni más útil para deshacer el nudo que un simple y acertado estudio, libre de todo prejuicio, de los hechos en cuestión.

El nudo empezó a formarse con el primer encuentro.

También nuestra historia empieza por él.

## II EL PRIMER ENCUENTRO

El año pasado, a última hora de un día de invierno, Horohorin regresaba a su casa procedente de la Universidad.

Como de costumbre, a estas horas el tranvía iba completamente lleno. Costaba trabajo reconocer a nadie entre la masa de pellizas, abrigos y gorras, y no era nada agradable fijarse en unos rostros que aún no habían tenido tiempo de sacudirse las sombras hurañas de un día de trabajo.

Horohorin iba de pie en el pasillo, con las manos apoyadas en el respaldo del asiento, resistiendo las embestidas de sus vecinos y esforzándose por conservar el equilibrio. El viejo tranvía tropezaba en todas las juntas de los rieles, balanceándose de un lado a otro, y sacudía a la muchedumbre que llevaba dentro como si fuera un cajón lleno de objetos inanimados.

Delante de él, un viajero iba leyendo un periódico de la tarde. No teniendo nada en qué pensar, Horohorin miró por encima del hombro las noticias de la ciudad. En aquel preciso instante notó distintamente en la mano con que se apoyaba en el respaldo del asiento la presión de otra mano ligera y caliente, una mano que parecía recién desenguantada. Apartó la suya para dejar sitio y siguió leyendo la noticia de un timo que habían dado a un aldeano en el mercado de la ciudad; pero la otra mano siguió a la suya, y cuando se proponía apartarla, Horohorin notó una presión insistente. Entonces se sobrecogió y miró la mano perseguidora. Su mirada recorrió la manga de una levita azul con puños de piel blanca como la nieve, hasta llegar a una linda aunque desconocida cara infantil, envuelta en una nivea masa de pieles. Esta cara permanecía absolutamente tranquila, a excepción de que en sus verdes ojos, clavados con fingida indiferencia en la escarcha de la ventanilla, parecía brillar una sonrisa, como un reflejo de la luz eléctrica. Pero estos ojos apenas si eran visibles bajo el sombrero, muy echado sobre la frente.

Horohorin intentó una vez más libertar calladamente su mano; pero la otra, como un animalillo remolón, se la oprimió más todavía.

Era evidente que no había en ello nada de accidental. Con decisión, Horohorin cogió la mano de la muchacha y la oprimió. Ella devolvió el apretón. Horohorin dio media vuelta: la muchacha seguía mirando tranquilamente por la ventanilla. Risueñamente volvió la cabeza, pero no soltó la mano; antes, al contrario, la calentó y la acarició.

El monótono zumbido del tranvía pareció adquirir nueva vida. La borrosa luz hízose más brillante. Con un movimiento imperceptible y orgulloso del pecho y de la garganta, Horohorin se enderezó y miró a la muchacha. Era hermosa. En una aventura que se desenvolvía tan franca y rápidamente poco había que pudiera interesarle. Había algo de demasiado franco en la trémula palma femenina, que irradiaba calor: no podía haber la menor duda acerca del final. Ninguna aventura le esperaba en esto.

Acostumbrado a no pararse mucho a pensar en estas cuestiones, que a él le parecían triviales, se volvió con viveza hacia su vecina:

—Escuche... —comenzó a decir.

Pero ella no le contestó y siguió mirando con una expresión tan concentrada y seria por la ventanilla que Horohorin tuvo que bajar la vista varias veces para cerciorarse de que seguía oprimiéndole la mano.

Después de mirar a la muchacha, Horohorin dejó vagar la vista por encima de las demás caras. Nadie había reparado en las manos de los dos; nadie tenía la menor sospecha del nudo terrible que empezaba a formarse en aquel preciso instante. Un ingeniero situado a su lado volvía cuidadosamente la hoja del periódico, temeroso de tropezar con ella a sus vecinos. Una vieja rugosa daba cabezadas. Los que iban sentados junto a las ventanillas quitaban el vaho del cristal para poder mirar a la calle. Un hombre grueso, cubierto con un abrigo nuevo y rígido, que le hacía parecer cuadrado, permanecía inmóvil en su asiento contemplando su bastón. El cobrador entregaba billetes y hacía moverse a la gente hacia delante.

Horohorin miró orgullosamente a todo el mundo, no sin tener conciencia de su superioridad. Pero esto no era, como podría haber sido en otros muchos hombres, simplemente porque una muchacha hermosa le hubiera elegido entre tantos otros, sino porque en la decidida franqueza de la muchacha veía el triunfo de los hombres nuevos sobre los burgueses, los cuales se hallaban embebidos en sus asuntos y no reparaban en que a su mismo lado, en medio de ellos, una mujer y un hombre se encontraban frente a frente, y sin disimulo, dejándose llevar únicamente por sus impulsos naturales, juntaban sus manos como símbolo de una futura unión.

Los pensamientos de Horohorin cambiaron súbitamente de rumbo. El triunfo que un instante antes le había entusiasmado habíase extinguido. Entornando los ojos pensó: «¿Necesito hoy una mujer?». Y antes de contestarse se le ocurrió otra pregunta: «¿Vale la pena desperdiciar una noche?».

Se imaginó hasta su mismo fin el camino que había de recorrer con aquella franca muchacha. Este camino le producía una impresión de abatimiento por su misma sencillez. Era algo así como pensar en ir a un restaurante para comer, beber y pagar, con el único fin de librarse del deseo. En ninguno de ambos casos había nada desconocido en lontananza, y abriendo los ojos pensó: «Más me valdría irme a ver a Shulman... Luego preparar un informe en el laboratorio... Pero, ¿quién será...?».

No podía ver la cara de la muchacha, oculta en aquella montaña de piel blanca y rizosa. Permanecía delante de él mirando por la ventanilla y sin mover la mano. A pesar de la fijeza con que él la miraba, la mano conservaba una calma extraña e inmutable. De un momento a otro puede que la muchacha se desasiera y se marchara sin volverse siquiera a mirar atrás, y si él intentaba retenerla, acaso le lanzara una mirada henchida de fingida sorpresa.

Irritado, Horohorin le oprimió la mano con toda su fuerza; pero ni siquiera entonces se conmovió la muchacha. No obstante, un momento después se dirigió hacia la puerta tirando de él. No había confusión posible. Apartando a todo el mundo a empujones, Horohorin la siguió cuando ya el tranvía estaba en marcha.



La muchacha le estaba esperando.

—¿Se ha escurrido usted?

—No.

—¿Por qué se ha bajado aquí, camarada Horohorin?

—¿Cómo que por qué? —preguntó.

—Siempre se baja usted en la calle de Moscú.

—¿Y usted?

—¡Oh! Yo estoy casi en mi casa.

Horohorin se acercó a ella, la miró a los ojos, la cogió del brazo y echó a andar a su lado.

—¡Fuera bromas! ¿Cómo es que me conoce usted?

Ella se echó a reír.

—Todos los estudiantes tienen que conocerle, puesto que es usted su delegado en el consejo...

—¡Pero yo no la conozco!

—¡Claro! Nosotros somos trescientos y usted es uno solo.

—¿Está usted en la escuela de Medicina?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Vera Vólkova.

—¡Ah, ya...! —murmuró, y toda la aventura se tornó clara para él.

Conocía a la muchacha del cuestionario estudiantil, había oído hablar de ella a sus compañeros, y ahora recordaba que era aquella Vera Vólkova cuyo nombre, entre burlas crueles e indirectas claras, andaba siempre unido al del doctor Búrov.

Vera observó el tono de remembranza que había en la exclamación de Horohorin.

—¿Qué pasa? —preguntó descaradamente.

Horohorin no contestó. Con nueva insistencia Vera repitió:

—¿Qué decía usted? ¿Me conoce?

—Sí —dijo él lentamente—. La conozco. He oído hablar de usted.

—¿Qué ha oído usted?

—Lo que todo el mundo.

Horohorin asintió con aire pensativo. Ella se encogió de hombros.

—¡No es culpa mía!

—¡Ya lo sé! —dijo él.

Horohorin no era el único que estaba enterado del asunto y de las relaciones especiales que existían entre Búrov y aquella alumna de Medicina. Toda la universidad lo sabía, y los estudiantes de la escuela de la fábrica no habían querido admitir en ella al profesor única y exclusivamente por este motivo.

—Le he dejado —dijo Vera secamente, esforzándose por acabar con la explicación lo antes posible, con aquella explicación que tenía que dar a todo nuevo conocido—. Ha terminado todo entre nosotros. Me ha dado su palabra de honor de no venir a verme más...

Horohorin la miró sorprendido; pero asintió inmediatamente, conforme de antemano con todo cuanto ella pudiera decir que a él no le interesara. Involuntariamente, empero, siguió pensando en Búrov. Sin poder explicarse por qué éste se pasaba horas y horas sentado a la ventana del café fronterero a la Universidad: esperaba a Vera y deambulaba por el claustro escudriñando las aulas con ojos enfebrecidos en su busca, siempre con su cigarrillo entre los labios.

—No cabe duda que es un hombre honrado consigo mismo —dijo Horohorin jovialmente— y no le será cosa fácil cumplir su palabra.

—No faltará quien le ayude —dijo Vera reposadamente.

Esto era cierto: amigos, compañeros y estudiantes estaban todos dispuestos a separarla de Búrov. A veces éste se la encontraba inesperadamente; pero nunca tenía ocasión de decirle una palabra en privado porque enseguida se acercaba alguien que alegremente salvaba a la muchacha de la necesidad de dar penosas explicaciones.

—Absorbe usted todos sus pensamientos —dijo Horohorin, moviendo la cabeza, y nuevamente experimentó una gran exaltación al pensar que aquella muchacha, que hacía cuanto le era posible por rehuir a otro hombre, estaba dispuesta a entregarse a él tan fácilmente.

—Sí, por desgracia —contestó Vera, reflejándose en su semblante una sombra de ansiedad—. ¡Y podría ser un gran hombre!

—Sin duda.

Cierto es que Búrov, que al principio de su carrera prometía muchísimo, iba degenerando. Únicamente los estudiantes más viejos recordaban sus primeras y lúcidas disertaciones sobre biología. En el último curso enseñaba tan deficientemente, que a partir de su tercera clase nunca tenía el aula nada más que mediada.

La ridícula historia contada por Búrov en relación con la negativa de los estudiantes de la fábrica a admitirle en su facultad era un tema constante de conversación en la universidad, y los profesores más viejos se limitaban a menear la cabeza y encojerse de hombros.

Pensando en estas cosas, Horohorin meneó la cabeza:

—¡Todo esto es asqueroso y repugnante!

—¿El qué? —dijo Vera enardeciéndose de súbito—. ¿Qué es repugnante? ¿Su amor?

—¡Todo, y especialmente el amor! ¡Nosotros no reconocemos el amor! —dijo orgullosamente—. ¡Eso no es más que una invención burguesa! ¡Un entretenimiento para gentes ociosas!

—¿De veras? —replicó ella burlonamente.

Horohorin se quedó mirándola con atención. Ahora que su historia había acudido a su mente, recordaba que ya había visto su cara en otras ocasiones, aunque no bajo una luz brillante, al anochecer, entre un cúmulo de pieles, sino tersa y rosácea, con los labios contraídos de repugnancia, inclinada sobre la informe masa de un cadáver en la sala de disección.

Horohorin se enfrió y dejó de sentir interés. Pero la singular aventura, con su evidente final, había dado ya comienzo y era imposible cortarla sin sacrificar su orgullo masculino. Oprimiendo el brazo de la muchacha, Horohorin siguió andando a su lado, todavía con más firmeza.

—¿Dónde vive usted? ¿Aquí, en el callejón del Perro?

—Eso es. Ya casi estamos. La tercera casa con luz...

—¿Puedo subir?

—¿Por qué no?

La muchacha se volvió con viveza y le envolvió con una extraña mirada de sus verdes ojos. Horohorin sintió como si una araña le hubiera cubierto con su tela. Sin esforzarse por disimularlo exhaló un suspiro y dijo:

—Está bien, vamos.

El tono de su voz era tan desagradable que la muchacha estuvo a punto de apartar el brazo; pero dominó su indignación, y, apretándose todavía más contra él, dijo:

—¡Qué extraño es esto! Ayer por la tarde, cuando estaba usted leyendo el periódico..., le miré desde lejos y pensé: «¿Qué sensación produciría caminar del brazo a su lado?». Y ahora estoy aquí...

—Bueno, ¿y qué sensación produce? —dijo él sonriendo.

Las palabras de la muchacha le caldeaban el corazón; pero al mismo tiempo le hacían pensar que al día siguiente iba a celebrarse una reunión del consejo y que si no trabajaba en el laboratorio tendría que preparar un informe, lo que suponía permanecer sentado en su cuarto pensando, bebiendo te, fumando y escuchando hasta que todo fuera quedando en silencio: la cocina, los pasillos y las habitaciones una tras otra.

Horohorin se sacudió estos pensamientos. Por supuesto, no era posible vivir veinte años sin una mujer y conservar el equilibrio cerebral, se dijo a sí mismo. No dudaba que si él conservaba el espíritu debidamente equilibrado se debía tan solo a que siempre le era fácil encontrar una mujer y utilizarla sin dejar que se desarrollara ningún deseo contenido.

Con el rabillo del ojo lanzó una mirada a la muchacha. Verdaderamente no podía uno dejar escapar una oportunidad como aquélla de disfrutar de un recreo útil, sensato y necesario. La apretó con más fuerza y, franqueando la puerta de una verja, atravesaron los dos un patio. Horohorin la siguió por una sucia y empinada escalera hasta el tercer piso.

—¿Vive usted sola?

—Completamente sola. No me sería posible vivir con nadie... ¡Antes me ahorcaría!

—¿Y si tuviera usted un marido?

—Eso no importa —dijo ella riendo—. ¿Por qué vivir con él? En primer lugar sería monótono, y después constituiría un obstáculo...

—¿Para qué?

—¡Para los demás maridos! Ustedes los hombres no se contentan con una mujer toda la vida.

—Eso es verdad, pero...

Horohorin no supo qué decir. Vera soltó la carcajada y se dirigió a la puerta de su cuarto. La abrió con la llave que llevaba y condujo a su acompañante, a través de una cocina, hasta una pequeña habitación. Decidido ya, Horohorin la siguió dócilmente. Lo único que deseaba ahora era acabar enseguida para que le quedara tiempo de redactar su informe. Sería demasiado tarde para ir al laboratorio. De todas formas, Shulman no le esperaría después de las nueve.

La pequeña habitación estaba oscura y en desorden. Había tarjetas postales y cromos baratos recortados de revistas y clavados en las paredes con tachuelas y alfileres. La extraña manera en que estaban colocados y la calidad de las imágenes, que no tenían nada de común con la inquilina, producían la impresión de que estaban allí para tapar las paredes más bien que para satisfacer los anhelos estéticos de nadie. Horohorin se detuvo, miró en derredor y se sentó en un sillón que tenía un enorme agujero.

Contemplando a Vera, que se daba prisa en quitar todas las cosas esparcidas sobre las sillas, la cama y la mesa, cruzó las piernas y se dispuso a esperar.

### III SU VIDA PRIVADA

—Voy a tener que cambiar —decía Vera haciendo un ruido tremendo con las sillas, los platos y las puertas de un armario—. Pero para mí, el día está dividido en dos partes: hasta las nueve trabajo y nada más... Estudios, conferencias, trabajo social... Por las noches, después de las nueve, mi vida privada. En cuanto me cambio de ropa me vuelvo distinta... Espere un momento...

—Dese prisa —murmuró él.

—¿Acaso tiene usted prisa? ¡Puede usted marcharse cuando quiera!

—No; era un decir... No tengo prisa.

—¡Estupendo!

La muchacha se acercó tanto a él que sus rodillas se tocaron.

—Su Ana y yo somos buenas amigas. ¿No lo sabía usted?

—Sí; ahora me acuerdo —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Vera se puso las manos en la nuca.

—Verdaderamente es una gran cosa que seamos gente nueva. Gracias a ello, Ana no me tiraría del pelo si le pescara a usted aquí.

—Es verdad.

—A mí me gusta Ana. No me extraña nada que sea usted tan constante. ¿Es usted constante en todo lo que hace?

—Sí —dijo él levantando la cabeza con aire digno—. Soy constante en todas mis costumbres, porque así lo exige mi salud. Regulo la bebida, la comida, el trabajo, el paseo, el descanso, mis relaciones con las mujeres... ¡Eso es lo más importante!

—¿De veras es usted así? —dijo ella, y echándose a reír desapareció en un gabinete, desde donde siguió hablando a través de la puerta entornada—. Espere usted un momentito. Voy a quitarme la bata y el vestido. ¿Sabe usted? Me es imposible estar en casa con la misma ropa con que trabajo en el laboratorio... Me paso todo el santo día trabajando. Pero después de las nueve empieza mi vida privada. ¿No le parece buena idea?

—Sin duda.

Horoherin oyó el roce de su vestido, y permaneció inmóvil con los ojos entornados tecleando en el brazo del sillón. De nuevo acudió a su espíritu la cuestión de si necesitaba una mujer, y una vez más no pudo encontrar respuesta y se puso a pensar en lo que iba a suceder.

La respuesta surgió poco después por sí sola. «Hablando seriamente —pensó con tranquilidad—, no se deben tener relaciones con las mujeres más de dos o tres veces a la semana. Tal es el consejo de los médicos. La última vez fue anteayer... Nada, está bien. No sólo es posible, sino necesario.» Y sonriéndose se levantó y miró en la dirección del gabinete.

—¿Cuándo va usted a salir, Vera?

—Enseguida.

—Cuando se quite el vestido no hace falta que se ponga otro.

—No es necesario que usted me lo diga —dijo ella, y al mismo tiempo abrió la puerta y entró.

Horoherin se quedó sorprendido. Vera se encontraba sonriente delante de él. Estaba hermosísima con una bata de alegres colores, sin ropa interior ninguna. Saboreando el desconcierto de su huésped, Vera se dirigió a la cama, y dijo:

—Mire, Horoherin, voy a echarme. Estoy cansada.

Vera se dejó caer en el lecho, y sus desnudas piernas asomaron bajo la bata.

—Y usted —agregó— puede acercar una silla y hablarme. ¿Qué le parece?

Horoherin se levantó. Cruzando la habitación, lanzó una mirada a su abrigo, que estaba sobre una silla, y pensó: «Más vale que me marche enseguida si no quiero perder toda una noche». Pero no le era posible abandonar aquellas piernas desnudas. Exhalando casi un suspiro, se aproximó a Vera, la miró, se tropezó con su brumosa mirada, fijó la vista en su escote e inclinándose la besó en los entreabiertos labios. De repente, como obedeciendo a una súbita decisión, se apartó unos pasos y comenzó a desnudarse.

—¿Qué hace usted?

La brusquedad con que la muchacha dijo esto y el tono de amenaza que había en su voz le hizo girar en redondo. Vera, con los pies escondidos bajo ella, hallábase sentada en la cama mi-

rándole. Horohorin arrojó su chaqueta en una silla y se quedó inmóvil observando cómo el odio había desfigurado repentinamente la boca y el semblante entero de la muchacha.

—¡Váyase! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Horohorin se estremeció, poniéndose colorado.

—¿Por qué?

—¡Váyase, váyase! —chillaba ella—. ¡Fuera! ¡Se ha equivocado usted! ¡Yo no soy una ramera! Usted... usted...

Vera no podía respirar. Horohorin estaba sorprendido.

—¡Pero si usted misma...! Usted...

—¿Qué pasa conmigo? —gritó ella poniéndose en pie de un salto—. Sí; yo me entrego... Pero sólo cuando siento una pasión, cuando estoy enamorada... En cambio usted hasta se pone a desnudarse sin decir palabra. ¡Fuera!

Y Vera golpeó el suelo con el pie.

—¡Fuera! Yo no me vendo. ¡Fuera!

Horohorin se encogió de hombros y alargó las manos con una sonrisa torva.

—Bueno, bueno, ¿qué es lo que pasa?

—¡Fuera! ¡Vístase y váyase al infierno! Yo no soy una mujer de la calle para que se desnude usted aquí...

—Es más conveniente así...

Vera se oprimió la cabeza con las manos y al moverse Horohorin vislumbró sus brazos y sus hombros desnudos.

—¡Fuera! ¡Yo quiero deseo, pasión, fuego! ¡Y usted ni siquiera me ha dicho una palabra!

Horohorin avanzó hacia ella; pero la muchacha retrocedió y él crispó las manos en el aire.

—¡Oh, Vera! ¿Todavía necesita usted palabras?

Horohorin debería haber permanecido fiel a sus convicciones y sus principios y haberse marchado inmediatamente, poniendo fin a aquella farsa burguesa; pero, de un modo extraño, los blancos brazos de la muchacha, semejantes a cisnes que ondularan ante sus ojos, no querían dejarle marchar. Sentía deseos de besarlos.

—¿Va usted a marcharse o no? —gritó ella.

—No. ¿Por qué? Si quiere usted palabras y todas esas patrañas, puedo...



Ella le miró con odio y desprecio. Horohorin se estaba abrochando azoradamente y murmuraba con premura:

—Está bien, voy a vestirme si así lo quiere usted...

—¡Lo que yo quiero es que se marche!

—Pero Vera...

—¡Váyase!

Horohorin se encogió de hombros y se puso el abrigo y el sombrero sin dejar de pensar un momento que ella no le dejaría marcharse. Vera esperaba de pie en silencio. Cuando se hubo vestido, Horohorin juzgó ridículo tratar de disculparse. Con decisión, avanzó hacia ella:

—¿De veras se ha enfadado usted?

—¡Váyase! —dijo ella alzando nuevamente la voz.

—¡Adiós! —repuso él, empezando a irritarse.

Tras un segundo de vacilación, Horohorin alargó la mano con una rara y casi lastimera expresión en el semblante que quería pasar por una sonrisa.

—¡Grandísimo imbécil! —dijo ella escupiéndole en la palma.

Horohorin crispó el puño con gesto amenazador; pero inmediatamente se rehízo, y dirigiéndose con torpeza hacia la puerta levantó el picaporte y salió.

Atravesó la cocina, apartó a una mujer que estaba trajinando junto al fogón y nuevamente se halló en la escalera.

La sangre afluyó a su rostro y se ruborizó como un chiquillo. Por un momento se alegró de que después de todo pudiera disponer de la noche; pero en la oscura y sucia escalera se dio cuenta de pronto de que le habían insultado.

Algo había en este sentimiento que le hizo acordarse de Búrov. Del mismo modo que la luz de un relámpago en una noche oscura nos permite vislumbrar de pronto tejados y campanarios, aquella noche le permitía comprender a él ciertos detalles de las relaciones existentes entre Búrov y aquella muchacha que no había podido comprender hasta entonces.

Sin embargo, se sonrió, teniendo conciencia de su superioridad y su fortaleza, y poniéndose a bajar tranquilamente la escalera, reflexionó en todo lo que acababa de sucederle. De súbito se sintió dominado por el dolor de la desilusión, de la esperanza fallida, del placer perdido. La sensación de la afrenta iba ha-

ciéndose cada vez más aguda; pero la muchacha de la bata de alegres colores y sus rodillas y su mano, que se había posado sobre la suya, seguían siendo igualmente deseables. Horohorin se detuvo y le entraron ganas de volver.

Era aquél un sentimiento terrible, un sentimiento que no podía explicarse y que jamás había experimentado. Debatíéndose contra el humillante deseo de volver a intentar arreglar las cosas, se miró la palma de la mano, esforzándose por resucitar la cólera para aniquilar así todos los demás pensamientos; pero la huella física que la mujer había dejado en su mano le excitó todavía más.

Nuevamente se rehízo, y consiguió recuperar su habitual cordura. Era evidente que estaba perdiendo el equilibrio mental y conduciéndose en cierto modo como Búrov. Y todo ello porque su deseo natural de una mujer no había sido satisfecho normalmente aquella noche.

Admirando su propia clarividencia, se encogió orgullosamente de hombros.

Se creía un hombre resuelto, sobrio, sano, moral, enérgico y activísimo. La conciencia de todas estas cualidades le indujo a obrar inmediatamente. Lo que tenía que hacer era encontrar una mujer adecuada y mediante un acto físico natural recobrar el equilibrio mental necesario.

Mirando en derredor, como si pusiera al contorno por testigo, Horohorin pensó: «Si estuviera hambriento y mis nervios empezaran a desbarrar a causa del hambre, me iría a comer algo. Lo que ahora tengo que hacer no puede estar más claro».

Se sonrió como un conquistador, se encasquetó el sombrero y, metiéndose las manos en los bolsillos, atravesó el patio con paso firme y, a su juicio, tranquilo.

Franqueada la puerta de la verja, se detuvo sin saber adónde encaminarse. Luego torció a la derecha y echó a andar hacia el club de los estudiantes.

#### IV LA HIJA DE UN CLÉRIGO

En la obra teatral que ya hemos mencionado, el autor, que no conocía nuestra ciudad, situaba el club de los estudiantes en la iglesia de la Universidad. Esto ni era ni podía ser cierto, porque la Universidad fue construida poco antes de la guerra y la revolución, y en ella no había ninguna iglesia. Sí había una capilla, que se empleaba como depósito de cadáveres y que todavía se emplea con el mismo fin. Pero no era posible utilizar como club un local en el que apenas cabía media docena de muertos.

A decir verdad, el club de los estudiantes estaba al lado de la Universidad, en el local de las antiguas oficinas. Las oficinas, que llevaban la administración de la Universidad, trasladáronse a su vez al salón de té, que antes de la revolución era regido por la Liga de la Sobriedad. El local era adecuado a su nueva finalidad, y por otra parte se hallaba situado en la plaza del cuartel, al lado mismo del claustro.

El nuevo local del club era realmente magnífico. En él subsistía de los viejos tiempos una vajilla respetable, que era utilizada por los estudiantes para su cantina. El inmenso comedor se utilizaba como gimnasio, y en las demás habitaciones, tales como el despacho del antiguo director, etc., se habían instalado la cantina, las salas de lectura y los salones.

Todos los estudiantes disfrutaban muchísimo en su club, por lo que éste se hallaba lleno desde por la mañana hasta por la noche: unos jugaban al ajedrez, otros ensayaban comedias, la orquesta ejercitaba una nueva marcha, los escritores redactaban el periódico mural, oíanse tintinear vasos en la cantina, y el director hallábase siempre en la puerta del gimnasio, observando con no poco temor cómo crujía quejumbrosamente el viejo piso bajo los pies de los atletas.

Todo el que quiera estudiar a nuestros jóvenes debe empezar sin duda por el club. Por lo tanto, el autor de la obra teatral merece algunas alabanzas por haber localizado los actos segundo y cuarto de su drama en el club, aun cuando le añadiera la iglesia.

Asimismo es interesante hacer constar que en la película, que fue proyectada con tan extraordinario éxito, y que presentaba exactamente la mayor parte de los hechos, el club no aparecía para nada, como tampoco diversas personas que desempeñaron un importante papel.

Por ejemplo, Zoya Ossokina no figuraba en el reparto.

La película revelaba que Ossokin, su padre, había tomado parte activa en el drama únicamente en el ejercicio de sus funciones cotidianas y sin ningún motivo egoísta. Y si demostraba un interés nada corriente, al menos entre nuestros investigadores judiciales, se debía tan sólo a que era un trabajador concienzudo.

Se precisa toda la frivolidad de un escenógrafo, atento siempre a los efectos fáciles, para omitir a un personaje tan importante como Zoya Ossokina.

La misma noche en que comenzó a formarse el nudo de nuestro drama, Zoya Ossokina, merced a una serie de circunstancias, se convirtió en uno de los más importantes actores de nuestra historia, y a partir de entonces influyó incluso hasta cierto punto en el desarrollo de los acontecimientos.

Habiéndose marchado de su casa aquel mismo día con la firme resolución de no volver con su padre, y no sabiendo dónde ir ni por dónde empezar, se dirigió al club.

Y aquí por vez primera se sintió sola, abandonada, extraña. Todos los que la conocían se habían enterado ya de que no era admitida a las clases, y se dudaba mucho de que el comité local quisiera aceptarla. Era imposible esperar que sus antiguos amigos no cambiaran de actitud para con ella cuando supieran la causa de su expulsión.

Zoya se hallaba de pie junto a la ventana estremeciéndose de frío y a causa de los sollozos que ahogaba en su pecho. No veía nada a través de sus lágrimas. Tenía nublados sus ojos azules y contraídos los labios, que se esforzaban por contener un lamento infantil.

En este estado se encontraba cuando reparó en ella Ana Rijinski.

En el club no habían sido encendidas las luces todavía. La nieve del exterior y el vapor helado de las ventanas proyectaban

dentro su reflejo, y la cara de Zoya estaba azul y sin vida como la de una muñeca. Sus ojos profundos y su redonda y aureolada cabeza estaban inmóviles. Zoya se hallaba apoyada en la ventana y ni siquiera se movió cuando Ana la tocó en el hombro.

—¿Qué haces, Ossokina? Parece que estás llorando.

Ana Rijinski era considerada por todos nosotros como una mujer hermosa. Llevaba su abundante cabellera sujeta en la nuca en un apretado moño. Miraba a todo el mundo con ojos provocativos, que armonizaban admirablemente con sus magníficos labios, sus erectos senos y todos sus ademanes. Atraía a la gente y le gustaba atraerla. En la vivacidad de sus modales, en todos sus gestos y movimientos, reflejábese siempre el constante afán de combatir con las palabras y los hechos todos los pensamientos y los actos burgueses.

—Ossokina, ¿qué es lo que te pasa?

Zoya se la quedó mirando y dijo quedamente:

—Ya lo sabes.

—¿Hay algo nuevo?

—El comité local no me ha admitido.

—¿Por qué?

—Porque mi padre ha sido predicador.

Ana se encogió de hombros.

—Ya podías habértelo esperado. ¿Has ido al comité local?

Zoya asintió con la cabeza. Y fuera por este movimiento o por el recuerdo de lo que había acontecido, dos lágrimas cayeron de sus ojos. Ana la sacudió con rudeza por un brazo.

—¡Olvida todas tus costumbres burguesas, Ossokina! ¿A qué viene todo este sentimentalismo? ¿Has ido al comité local? ¿Qué te han dicho? ¿Con quién has hablado? ¿Con Yegórov? ¿Qué te ha dicho?

Zoya se tragó sus lágrimas.

—Me ha dicho que tenía muy buenas recomendaciones; pero que la organización no era lo bastante fuerte para poder admitir un nuevo miembro, sobre todo tratándose de una persona como yo, que por su origen pertenecía en realidad al campo enemigo.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué iba a decirle? —dijo Zoya enjugándose las lágrimas e irguiéndose con orgullo—. Pues le he dicho: «Puede que tenga

usted razón; pero puesto que se me expulsa de la Universidad y no se me permite ingresar en la Juventud Comunista sólo me queda un camino...».

—¡Qué idiotez! ¡Ésa es una solución burguesa! —la interrumpió Ana—. Ya veo en lo que estás pensando. Bueno, ¿y qué dijo él?

—Él me contestó: «Esto quiere decir que no nos hemos equivocado y que usted hubiera sido muy mala comunista. Todos somos humanos y todos cometemos errores. Y por el mero hecho de que su comité local incurra en un error, ¿piensa usted en suicidarse? Lo que tendría usted que hacer es demostrarnos que nos hemos equivocado al no admitirla».

Zoya se volvió hacia la ventana y se encogió de hombros:

—¿Cómo voy a demostrarlo?

—¡Tonta! —dijo Ana—. ¡Con tu trabajo, con tu conducta! Yegórov tiene razón. Siempre le he tenido por un hombre listo. Bueno, ¿y qué ha pasado después?

—Me he marchado de mi casa.

—¡Muy bien! ¡Deberías haberlo hecho hace mucho tiempo! ¡Magnífico! Tendrás que hacer presión sobre ellos por mediación de Horohorin. Puede que la organización se ponga de tu parte. Si no resulta recurre al comité local. ¡No puedes dejar las cosas así!

Ana hablaba con decisión y con su aplomo habitual. Zoya, que estaba acostumbrada a sus modales, no se entusiasmó lo más mínimo. Con envidia y tristeza, mirando a los obreros y a sus antiguos discípulos que pasaban por allí, volvió la cabeza y murmuró:

—No; imás vale acabar de una vez! ¿Adónde voy a ir?

Ana volvió a sacudirle el brazo.

—¡No te atrevas ni a pensarlo, tonta! Tendremos que mirar dónde puedes alojarte por el momento.

Este problema absorbió su atención en el acto, y un segundo después hallábase sentada en el alféizar de la ventana, sugiriendo una decena de planes diferentes.

—Ante todo, ¿dónde quieres vivir? Es una lástima que yo esté en el dormitorio de la Universidad. Allí son muy rigurosos y no se puede llevar a nadie...

—Sobre todo a nadie como yo —dijo Zoya con voz ronca.

—Bueno, aunque así sea. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ceder? ¿Vas a ahogarte? ¿Te vas a ahorcar? ¡Eres una burguesa, Ossokina! Yo te arreglaría las cosas en un momento si quisieras. ¡Poco bien que iba a arreglártelas!

—¿Cómo?

—Podría arreglártelas muy bien si no fuera por tus estúpidos sentimientos y por tus prejuicios burgueses.

—Sí, pero ¿cómo?

—Es muy sencillo —dijo Ana con fingida dureza, pero completamente en serio—. ¿No hay muchos chicos aquí que te miran? Todos necesitan una mujer. Háblale a Karishev; tiene una habitación estupenda y podéis vivir los dos juntos... ¡Hasta puede inscribirse contigo!

—¿Conque es eso? —dijo Zoya meneando la cabeza entristecida—. Ana, si no te conociera mejor, no volvería a hablarte.

Ana se limitó a agitar los brazos.

—¿Lo ves? ¡Ya lo sabía yo! ¿Para quién te reservas? ¿A qué príncipe encantador estás esperando? ¡No me lo explico! ¿Qué más te da? Karishev es un buen chico, está sano... ¡No lo comprendo! Después de todo no vas a poder pasarte toda la vida sin ello. ¿Qué tiene de particular?

—No hablemos más de esto por ahora. No me gusta. ¿Se te ocurre alguna otra idea?

—Iré a hablarle a alguien del asunto. Te lo arreglaré, cuenta conmigo; pero por mi parte yo no buscaría otra cosa. ¿Por qué no te entiendes con algún camarada guapo? ¿Por qué?

—¡Oh! ¡Cállate, Ana!

Ana guardó silencio, reflexionó un instante y se levantó.

—¿Me prometes no moverte de aquí? Voy a bajar a hacer indagaciones.

—No tengo adónde ir. Te esperaré.

—¿Me lo prometes?

Zoya se sonrió a través de sus lágrimas. Acababan de encender la luz y la tosca insistencia de su amiga, que ponía de manifiesto su recóndito cariño y su profunda ternura, infundió a Zoya no pocos ánimos.

—Te lo prometo —dijo.

Ana le estrechó la mano marchándose, e inmediatamente desapareció. Zoya la siguió con la vista, se sonrió y se tocó la abrasada frente. El afecto de Ana, aun cuando estuviera disfrazado de rudeza, le llegaba al corazón; pero sus palabras le parecían poco convincentes, y el escalofriante pensamiento de la única solución que le quedaba perduraba todavía en su espíritu. Aún sentía la escena final desarrollada en su casa como un peso sobre sus hombros y su pecho que hasta le hacía costoso respirar.

Zoya se volvió hacia la ventana y apoyó la cara contra el frío e insensible cristal. Suave y levemente alguien le tocó la mano:

—Vengo de parte de la camarada Rijinski. ¿Qué te ha pasado?

Zoya se sobrecogió y dio media vuelta. A su lado hallábase Korolev sentado en el alféizar de la ventana. Al descubrir lágrimas en los ojos azules de la muchacha, que no habían tenido tiempo de secarse, se inclinó hacia ella con reposada ternura:

—¿Qué te ha pasado? —repetió, tratando de darle tiempo para reponerse de la sorpresa—. No comprendo. Te estaba esperando... El torneo va a empezar... Zoya, estoy jugando en las partidas finales...

Zoya dejó caer la cabeza.

—Me han expulsado de la Universidad... —dijo.

—¡Ya hemos hablado de eso!

—El comité local no ha querido admitirme...

—Ya lo sé, Zoya.

—Y hoy me he marchado de mi casa...

—Me lo han dicho.

—¿Qué voy hacer ahora?

Senia le cogió la mano.

—¡Déjame acabar este maldito torneo! No pienso más que en el ajedrez... Pero ya le he hablado a Shebushevich. No es cosa fácil; pero cuando se lo cuente todo te dará ocupación en la fábrica. Cuando lles un año allí trabajando no dependerás de la tutela de nadie. Recibirás una beca universitaria si la mereces y tu origen no te perjudicará. ¿Podrás resistir todo ese tiempo?

Zoya se ruborizó.



—Podré resistirlo diez años. No hay en ello nada de intolerable.

—Rijinski te encontrará alojamiento por ahora. Déjame acabar el torneo... Ya sabes lo que es.

—Lo sé.

—Bueno, Zoya, ¿por qué apurarse entonces? Si sintieras la mitad o la cuarta parte de lo que yo siento...

Ella le interrumpió y se le quedó mirando tan atenta y serenamente a los ojos que vio reflejada su imagen en las negras pupilas del joven.

—Senia, ¿qué otra cosa crees que me impide ir al laboratorio a envenenarme? No creas que lo que le he dicho al comité local ha sido simplemente por hablar, y el marcharme de casa no ha sido una pura broma, Senia. Ya sabes lo que nos queríamos mi padre y yo.

Senia le oprimió las manos y asintió con la cabeza.

—¡Lo sé, Zoya, lo sé! Por eso mismo he insistido siempre en que te fueras de tu casa. Viviendo con tu padre siempre hubieras seguido en la misma situación.

Un tanto sorprendida, Zoya levantó la vista. El muchacho se sonrió y agregó rápidamente:

—Mira, el comité local hace bien en no admitirte y en considerarte un elemento extraño, porque el noventa y nueve por ciento de las muchachas que se encuentran en tu caso son elementos extraños. Todos los que desconfían de hombres como tu padre tienen razón, porque el noventa y nueve por ciento de esos hombres son nuestros enemigos. Hay excepciones: tú eres una de ellas. Pero, ¿por qué eres una excepción? ¿Por qué? He reflexionado sobre ello muchas veces y nunca me ha sido posible llegar a una conclusión. Es muy posible que sea porque te has criado entre los chicos de la calle, y la calle te ha protegido contra la influencia de tu padre. Has empezado a leer temprano, puede que eligieras, por fortuna, una buena clase de libros... No lo sé —agregó echándose a reír—. Pero esto es lo de menos...

—Es verdad.

—Lo importante es que tú tienes que asumir la responsabilidad del noventa y nueve por ciento restante.

—Eso no hace más llevadera la cosa.

—Sí; ya lo creo que sí; porque tienes ocasión para luchar por ti misma. Así lo harás, y si no lo haces ellos volverán a tener razón, porque querrá decirse que tienes la voluntad débil, que no ves la finalidad verdadera, y en ese caso, ¿por qué has de estar entre los comunistas? Aun prescindiendo de ti, la mitad de nuestra organización debería ser eliminada. ¿No lo comprendes?

—No discuto contigo —dijo ella dejando caer la cabeza otra vez—. ¡Pero todo este recelo, esta desconfianza...! Yo no trato de ocultar nada y sin embargo se me mira como a una criminal... ¡Yo no he tratado de engañar a nadie!

—Lo comprendo, Zoya.

—En fin, ya ha pasado todo —dijo ella reanimándose—. Aquí viene Ana. Debe haber arreglado algo. Y tú habla con Shebushevich, pero cuida de decirle toda la verdad.

Korolev soltó las manos de la muchacha. Ana se acercó a ellos y mirándoles alternativamente se encogió de hombros:

—¡Costumbres burguesas! Podéis besaros y abrazaros todo lo que queráis. ¡Yo no soy una burguesa! ¿De quién os escondéis?

Sin contestar, ellos se miraron y se sonrieron. Korolev preguntó:

—¿Qué hay de lo de Zoya?

—Vamos a ir ahora mismo a ver a Vera Vólkova. Ella vive sola y podremos arreglarlo. Me lo ha sugerido Petrova. Es una chica lista. Yo conozco a Vera. ¡Es una verdadera camarada!

—¿Por qué vais a ir ahora mismo? —preguntó él—. Zoya, ¿no quieres ver el torneo? Tengo una partida muy difícil con Gretz.

—¿Y qué quieres que haga ella? ¿Animarte? —preguntó Ana áspidamente—. ¿O es que os estáis poniendo sentimentales otra vez?

Korolev soltó la carcajada. Ana agitó las manos, asqueada.

—¡Valiente pareja estáis hechos! ¿No podéis pasaros sin todas esas patrañas?

—¿A qué llamas patrañas? —dijo Korolev con indolencia—. ¿Al ajedrez en general o sólo a los torneos?

—Ni al uno ni a los otros, aunque...

Ana se quedó pensativa un momento. Senia dijo:

—¡No te dé vergüenza! ¡Llama también al ajedrez una costumbre burguesa! ¡Después de todo no sabes decir otra cosa!

—¿Que no? —dijo Ana empezando a enfadarse—. ¡Ya lo creo!

—Yo no te he oído nunca otra cosa —dijo él secamente.

Zoya, que no prestaba atención, le tocó suavemente a Senia y le dijo:

—Esta noche no puedo, Senia. No siento interés. Pensaré en ti toda la noche. ¿Te basta con eso?

Senia asintió con la cabeza.

—Está bien. Me basta. El hombre se conforma con poco.

Y se echó a reír viendo cómo Zoya se ponía un pañuelo sobre la cabeza, cogía un lío de cosas de la ventana y se disponía a marcharse.

Había ya algo de casero en todos sus movimientos.

—¿Es eso todo lo que has sacado de tu casa? —preguntó Ana.

El recuerdo de su casa proyectó unas sombras efímeras en el rostro de Zoya, pero ésta se limitó a contestar:

—Ya cogeré después todo lo que necesite. Mandaré a alguien. Con esto me basta...

Zoya sabía que Senia le estaba mirando. Sentía su sonrisa y el interés por la vida volvió a crecer en ella. El afecto del muchacho la entusiasmaba y se puso a pensar en la partida que él iba a jugar, en la fábrica, en Vera Vólkova. Hubiera querido saber lo que pasaría al día siguiente, dentro de una semana, dentro de un año...

Se volvió con viveza hacia Senia y le dijo:

—¿Quieres que vayamos el domingo a la exposición? ¿Podrás esperarme?

—Pues claro.

Ana los oyó.

—¡Burgueses, burgueses de pies a cabeza! ¿Por qué demonios tenéis que ir a ninguna exposición cuando podéis veros a cada momento y abrazaros hasta que las vacas vayan a veros a vosotros? ¡No creáis que vais a engañarme! ¿Qué decís a eso?

Los otros dos se miraron en silencio. Con aire triunfal Ana los contempló y se echó a reír ante las mismas narices de Korolev:

—¡Qué románticos! ¡Deberías ponerte a escribir versos!

Esta vez Senia la miró con sincera sorpresa.

—¿Qué pasa con los versos? ¿También son una costumbre burguesa? —preguntó—. ¿O no son más que una pérdida de tiempo indeseable? Y en ese caso, ¿lo es para todo el mundo o sólo para unos cuantos elegidos?

—¡Pues claro que son una costumbre burguesa! —contestó ella secamente—. Tenemos que vivir una vida prosaica, no una vida llena de poesía... ¡La poesía no es más que el fruto de la imaginación en delirio!

Senia la interrumpió serenamente:

—Me parece que andas mal de la cabeza, Rijinski. Creo que te has vuelto loca.

Zoya estaba lista para marcharse. No le dio tiempo a Ana a contestar y cuchicheó:

—¡Vámonos, Ana, vámonos!

La cabeza de Gretz apareció en la puerta:

—Vamos a empezar, Korolev. ¡Son más de las ocho!

Zoya estrechó vivamente la mano a Senia, y éste salió.

Ana le siguió en silencio hasta la puerta con una mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero, que usaba a modo de abrigo, y guiando con la otra a su amiga.

Zoya avanzaba calladamente tras ella, pensando en que sus recientes disgustos y desilusiones no eran, después de todo, tan horribles e insolubles.

## V FRENTE A FRENTE

Por las noches, las iluminadas ventanas del club atraían a todos los estudiantes de la Universidad y de la fábrica, así como a los demás jóvenes.

El club estaba abierto para todos. Todo el mundo encontraba siempre algún motivo para entrar en él. Unos se interesaban por el torneo de ajedrez, otros leían la prensa, otros, en fin, iban sin ningún motivo especial, sino simplemente por sentarse a charlar.

Tal era el espíritu del club. No es de extrañar, pues, que todas las noches se hallaran atestadas las distintas dependencias.

Horohorin hizo su aparición a la hora de más tráfico: momentos antes de las nueve. Nuestros atletas se estaban preparando para alguna competición y reinaba una agitación de mil demonios en el gimnasio, donde hacía tanto frío como en la calle. La sala de lectura estaba en silencio, pero completamente llena. En el salón tenía lugar el torneo de ajedrez. Aquella noche se jugaban las partidas del campeonato entre las diversas aulas, y no era posible aproximarse a los jugadores.

Toda esta atmósfera agitada y rumorosa reanimó el espíritu de Horohorin. Pensó en su informe y en su trabajo; pero convencién dose a renglón seguido de que era inútil intentar trabajar sin recobrar el equilibrio mental, se puso a buscar a Ana Rijinski, que nunca rechazaba sus atenciones y que pasaba por su compañera formal.

Ana no aparecía por parte alguna. Horohorin, que conocía a muchísima gente, se sentó al lado de Petrova, condiscípula suya, que aunque no podía considerarse hermosa, le atraía. La muchacha estaba concluyendo precipitadamente su té, y tomando unas notas con un ojo. Horohorin le preguntó si había visto a Ana. Sin apartar la vista de su taza de té ni de su cuaderno, ella asintió con la cabeza.

—¿No sabes dónde está? —preguntó Horohorin reanimándose.

Petrova apartó los labios de la taza.

—Se ha ido con Zoya Ossokina.

—¿Dónde han ido?

—Creo que a ver a la Vólkova. Zoya Ossokina se ha marchado hoy de su casa y no tiene dónde pasar la noche. Ana creía que podría arreglarla con Vera.

Horohorin se mordió los labios: la verdad es que aquella noche tenía mala suerte. Pero como hombre razonable y resuelto que nunca retrocedía sin haber conseguido su objeto, decidió en el acto lo que tenía que hacer. La mención del nombre de Vera le ayudó a tomar su decisión.

—¡Escucha! —dijo apoderándose del cuaderno de la muchacha—. Tengo que hablarte.

—Vamos a ver —y con una sombra de sorpresa la muchacha se volvió, concluyó su té y se dispuso a escuchar—. ¿Qué es ello?

Horohorin perdió un poco de su aplomo.

—Pues verás, es el caso que Ana y yo nos entendemos de tal forma que por lo general yo no necesito mujeres. Pero esta noche tengo que acabar un trabajo urgente. ¿Quieres venirte conmigo?

Ella le entendió mal y preguntó ingenuamente:

—¿Adónde, Horohorin?

Él interpretó su pregunta de una forma positiva y contestó:

—A la sala de operaciones. Tengo una llave. Allí hay un diván.

La muchacha se estremeció, se ruborizó y clavó en él sus ojos redondos con una expresión de sorpresa y hasta de espanto.

—Horohorin, ¿estás loco? ¿Qué es lo que dices?

Él se agitó malhumorado.

—No pasa de ser natural que necesitando una mujer me dirija a ti de una manera franca, sencilla, honrada y amistosa. Ana no está aquí. ¿Por qué no has de hacerme este favor como una verdadera camarada?

Había en su voz cierto tono de sinceridad. La muchacha, sintiéndose ofendida, estuvo un momento sin saber qué contestar. Luego se apartó de él.

—¡Qué asco! ¿Por quién me has tomado, Horohorin?

—Siempre te he tenido y te sigo teniendo por una verdadera camarada. Si me acercara a ti a decirte que tenía hambre y que

tenía que trabajar toda la noche, ¿no compartirías tu pan conmigo?

La tremenda sencillez de su razonamiento dejó perpleja a la muchacha. Se sobrecogió ante sus palabras; pero mientras buscaba un argumento más fuerte replicó:

—¿Te parece la misma cosa?

—¡Pues claro! Este deseo es igualmente natural, igualmente fuerte, y tiene que ser igualmente satisfecho.

—Escucha —dijo ella ásperamente—, hay gente que enferma y se muere de hambre; pero nunca he sabido yo de nadie que enfermara ni se muriera de esos deseos animales insatisfechos a los que tú te refieres.

Horohorin titubeó un poco, pero contestó con la misma dureza y el mismo aplomo:

—Físicamente, no. Pero se puede perder el equilibrio mental. ¡Es absolutamente necesario!

—¡Como el alcohol para el borracho!

—El alcohol no es una necesidad...

—Pero llega a serlo poco a poco, como el tabaco, como la morfina, como la cocaína. Yo, por ejemplo, no tengo el menor deseo de ir a la sala de operaciones...

—¡Tú eres una mujer! Para las mujeres no es tan importante...

—Y tú eres un hombre, y, si supieras dominarte, tampoco experimentarías el deseo. ¡Déjame en paz, Horohorin! No quiero hablar más contigo sobre el asunto.

Fortalecida con todos estos argumentos, la muchacha sintió su superioridad y se levantó. Al marcharse, agregó reposadamente:

—No creo que haya mucho compañerismo en venir a hacerme una proposición semejante. ¡Es un insulto!

Horohorin la miró con desprecio. Le parecía que toda su perspectiva sobria, materialista, bien equilibrada de la vida suscitaba hostilidad. La muchacha le parecía digna de lástima, medrosa y estúpida. Ágilmente se levantó de la silla, crispó los puños como si se dispusiera a luchar efectivamente con alguien, y salió del aposento.

En el umbral se dio de bruces con Sulich. Este campesino típico, este hombre alto, de anchos hombros y bondadoso corazón, salía en aquel instante del gimnasio. Todavía respiraba pesadamente, y sus músculos accionaban bajo su chaqueta; pero no dejó de reparar en la resolución que se pintaba en el rostro de Horohorin. Sulich le detuvo, le estrechó la mano con acentuado descuido, al modo como un hombre fuerte suele estrecharle la mano a otro más débil, y después tiró de él hacia una mesa.

—¿Adónde vas? Siéntate conmigo. Tengo que hablarte. ¿Cuándo vas a acabar tu trabajo de química?

Horohorin no estaba nada predispuesto para una conversación abstracta sobre la química. Murmuró algo indistinto, pero se sentó, e inmediatamente se puso a hablar del asunto que a él le preocupaba.

—Escucha —dijo esforzándose por hablar con el tono natural y tranquilo que el tema de la conversación requería—. ¿Qué haces tú en relación con las mujeres?

—¿Qué quieres decir? —dijo Sulich sin comprender—. ¿En qué sentido? ¿Por qué me lo preguntas?

—Ya sabes que yo me entiendo casi siempre con Ana —dijo Horohorin—; pero en este momento no está aquí. Tengo que terminar un trabajo y necesito una mujer. ¿Qué haces tú en casos semejantes? No hay que pensar en exponerse con las mujeres de la calle. ¿Qué me sugerirías tú?

Sulich se dirigió al mostrador, cogió una taza de té, se bebió la mitad de un trago y sólo entonces meneó la cabeza.

—Yo no estoy muy ducho en esas cuestiones. Aunque también yo me encuentro a veces en el mismo caso, porque no me favorece la oportunidad. Por lo que a las mujeres de la calle se refiere, no quiero tener nada que ver con ellas, porque las detesto y, además, porque se puede pescar una enfermedad venérea.

—Entonces, ¿es que eres virgen?

—¡Hombre, no! Estoy casado. Me casé en 1920. Luego he estado dos años sirviendo en el Ejército Rojo y durante ese tiempo sólo tuve un permiso, que pasé con mi mujer.

—Bueno, y ¿qué haces ahora?



—Ya hace más de dos años que no veo a mi mujer —dijo Sulich riéndose—. ¡Dos años y cuatro meses! Pero preferiría esperar otros dos años antes que tener nada que ver con las mujeres de la calle sólo por satisfacer un deseo.

—¿Cómo diablos puedes vivir así?

—Estoy esperando un permiso. En cuanto termine el curso me lo darán. Y entonces pasaré con mi mujer todo el tiempo que quiera.

A Horohorin no le cabía aquello en la cabeza. Con tono condolido, Sulich le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas sin Ana?

—Hoy es el tercer día...

—¿Es posible? —exclamó Sulich soltando la carcajada—. Entonces, ¿por qué te quejas?

—¡Tú no comprendes! —dijo Horohorin, que empezaba a enfadarse—. ¡Esto es como el hambre! De ello depende mi equilibrio mental, mi capacidad de trabajo.

—¡Oh! ¡Déjate de tonterías! ¡Más te valdría ir al gimnasio a quitarte un poco de grasa! Puedes pasarte sin ello todo el tiempo que quieras. Hasta te será más conveniente. Hay que dominarse.

—¡Tú eres un hombre anormal! —dijo Horohorin secamente—. No puedes comprender el estado en que yo me encuentro.

Sulich se molestó un poco.

—¿Qué esperas entonces? ¿Por qué no vas a ver a Vera Vólkova? Tengo entendido que recibe lo menos a cuatro hombres en una sola noche.

Horohorin se sintió de pronto entristecido y débil. Le entraron ganas de contárselo todo a aquel hombre de fuerte voluntad y pedirle su parecer; pero de lo profundo de su debilidad surgió de pronto como de un océano la roca de su orgullo masculino: «¡Recibe lo menos a cuatro hombres en una sola noche y a mí no me ha querido aceptar!». Este pensamiento le enardeció y no dejó de darle vueltas con furibunda tenacidad. Sentía deseos de ir a poseerla por la fuerza; pero las tiernas rodillas de Vera, su bata de brillantes colores, sus manos ligeras, parecían alzarse como una muralla de piedra, y Horohorin exhaló un profundo suspiro.

—Quisiera preguntarte —empezó otra vez, volviendo a su tema original—, si tú sabes de alguna muchacha de la Universidad que accediera a marcharse conmigo.

—¡No! —contestó Sulich malhumorado—. Ni quiero saberlo.

Horohorin se encogió de hombros y se volvió a mirar a la gente, que empezaba ahora a llenar el salón. Su amigo llamó inmediatamente a alguien, preguntándole con interés y animación:

—¿Qué? ¿Cuál ha sido el resultado? ¿Korolev?

—Eso es, Korolev.

—Me lo figuraba. Korolev ganará el campeonato de la Universidad.

—No cabe duda. Juega como un demonio. La partida ha sido sencillamente fantástica.

—¿Y Tolka?

—¡Ah, Tolka! No es más que un chiquillo, que si no les hubiera enseñado unas cuantas cosas.

El estudiante llevó su taza de té a la mesa.

—Tolka sólo tiene miedo de una cosa: de las primeras jugadas. No conoce la teoría. Se le puede dar jaque a los primeros movimientos. Pero en cuanto ha sacado sus piezas, se terminan todos sus apuros, y es capaz de resistirle a cualquiera. Es un jugador estupendo.

Horohorin se les quedó mirando con ojos vacíos. No comprendía de lo que hablaban y les preguntó secamente:

—¿De qué se trata?

—Del torneo. Korolev acaba de terminar su partida con Gretz. ¡Menuda partida ha sido!

Todas las mesas se habían ocupado ahora. En el rumor general de voces, de tintineos de vasos y de risas oíanse nombres de ajedrecistas y términos técnicos. Horohorin miró en derredor, escuchó un instante, y de pronto comprendió que las piernas desnudas, la bata de vivos colores y las cálidas manos le separaban del resto del mundo. Pero su deseo personal, individualísimo, iba creciendo, como una bola de nieve al rodar por una montaña. No podía concebir que alguien se interesara por los torneos, por el ajedrez, por el atletismo; todo esto era estúpido y carecía de interés. Se dio cuenta de que ello era el resul-

tado de la pérdida de su equilibrio mental y recordó que tenía que luchar otra vez contra esto.

La idea de que necesitaba una mujer trajo a su mente el recuerdo de la habitación desordenada, de las piernas desnudas, de la bata, de la mano extendida, y Horohorin comprendió al fin que no necesitaba una mujer cualquiera, que no necesitaba a Ana o a Petrova, que lo que necesitaba eran las piernas desnudas, los ojos verdes que relucían bajo la luz eléctrica, todo cuanto pertenecía a Vera Vólkova.

Entonces se sonrojó y, como escondiéndose de todo el mundo, salió rápidamente del club, sin despedirse de Sulich.

Mirando distraídamente hacia las iluminadas ventanas, cruzó el patio de la Universidad. Todavía había luz en el laboratorio de química. Horohorin se detuvo delante de un macizo de flores cubierto de nieve y miró a las ventanas.

—No, no puedo —decidió—. Tengo que recobrar el equilibrio.

Esta idea, que hasta entonces le había parecido tan lógica y tranquilizadora, no le apaciguó ni le inspiró ningún plan de acción.

Con la cabeza caída sobre el pecho, Horohorin dio la vuelta al macizo de flores, y, siguiendo un sendero trazado en la nieve, se encaminó hacia el pabellón principal. Luego retrocedió, volvió a dar la vuelta, y se detuvo delante de la verja.

Se esforzó por no pensar en lo que había sucedido, en los brazos desnudos, en la bata de vivos colores; pero, sea como fuere, todo esto hallábase allí, en derredor suyo. No le dejaba en paz. No quería dejarle pensar en ninguna otra cosa.

—Tendré que pensarlo bien todo y rehacerme —se dijo, recalcando mentalmente cada sílaba como si estuviera pronunciando un discurso—. Tendré que aclararlo todo.

Franqueó la puerta de la verja. Un tranvía pasó haciendo ruido. En su estela, a través de un reluciente velo de lluvia de nieve, pudo ver, del otro lado de la calle, el rótulo verdoso del café, iluminado con una luz amarillenta y enfermiza.

Mirando a la luz, Horohorin pensó en sí mismo. Sobre ella, en los dos pisos superiores, encontrábase el dormitorio estudiantil donde vivía Ana. Por un instante ocupó su espíritu la

imagen sensible y sobria de ésta, siempre dispuesta a complacerle cuando andaba en busca de su equilibrio mental.

—¡Tengo que ir a buscarla! ¡Tengo que ir a buscarla! —se repitió con insistencia.

Y apelando a su habitual resolución, dio media vuelta y tomó un tranvía que acababa de aflojar la marcha para dejar pasar un trineo. Esta pequeña circunstancia favorable le reanimó, y se puso a hablar jovialmente con el cobrador del tranvía.

Nuevamente hallábase en el pasillo del vehículo con las manos extendidas en el respaldo de un asiento; pero esta vez no intentó fisgar en el periódico de nadie ni pensó en sentarse, aunque hubiera desocupados muchos sitios, como era habitual a aquella hora.

Horohorin debería haber ido pensando en Ana; pero en quien pensaba era en Vera. De no hallarse devorado por la excitación de aquella noche, repleta de insólitos acontecimientos, seguramente hubiera reparado en que su actual entusiasmo se debía principalmente, no al hecho de que fuera a ver a Ana, sino al lugar en que iba a buscarla; otra vez, la oscura y empinada escalera, el suelo de baldosines de la cocina, la mujer adusta junto al fogón y después una puerta blanca, el sillón agujereado, el amplio gabinete donde alguien se ponía una bata de vivos colores que dejaba al descubierto unos brazos y unas piernas desnudos.

Horohorin se frotó la frente, miró en torno y volvió a poner las manos en el respaldo de un asiento, como si esperara que una mano cálida e insistente las tocara.

Todo esto era extraño e insólito. Horohorin sabía todo cuanto tenía que saber un joven de su edad, de su educación y con una perspectiva sobre la vida como la suya; pero sin embargo no apartó las manos y sintió que aguardaba que se las tocaran.

El cobrador, anunciando las calles, le recordó dónde iba y por qué.

Entonces se sobrecogió, se encaminó hacia la puerta, se apeó del tranvía y, presurosamente, sin levantar la cabeza, cruzó la calle, cubierta de nieve.

VI  
LO QUE LE PASÓ A VERA

Vera estaba sentada en la cama con los pies enroscados bajo ella, cuando Ana y Zoya llamaron a la puerta. Dijo: «¡Adelante!»; pero no se movió del sitio y siguió pensando en lo que había sucedido. No se censuraba a sí misma por su innecesaria dureza y su enfurecimiento. Se acordó de la estúpida sonrisa de Horohorin, del botón que se olvidó de abrochar, de su mano tendida, y se rio hasta saltársele las lágrimas.

Con su sequedad habitual, Ana presentó a Zoya.

—¿Cómo estás? Ésta es Zoya Ossokina.

Vera, sin levantarse, estrechó la mano de Zoya.

—Ya nos conocíamos.

—¡Magnífico! Va a quedarse contigo un poco de tiempo, Vera —la interrumpió Ana yendo al grano y sin dejar meter baza a nadie—. Se ha marchado de su casa, la han expulsado de la Universidad, y el comité local no ha querido admitirla. ¡Su padre ha sido predicador! Ya le arreglaremos las cosas más tarde. ¿Tienes algún inconveniente?

Vera fijó su risueña mirada en los aterrados ojos de Zoya.

—Ninguno, Ana. Me da lo mismo.

—Zoya no va a meterse en tu vida privada —prosiguió Ana—. Puedes mandarla a la calle o hacerla esperar en el gabinete unos momentos. Aunque todas esas costumbres burguesas sólo conducen entre nosotros a una cosa y es a que tengamos personas como esta chica. ¡Yo las desprecio!

Ana se apartó de Zoya y sin despojarse de su chaqueta de cuero se sentó en el sillón. Vera consideró con sorpresa a su ruborosa invitada, y Zoya, más por consideración a Vera que por Ana, dijo:

—Es el amor, Ana. No puede haber nada sin amor. El amor es algo así como un billete de la lotería. Puedes ganar muchos miles, puedes ganar alguna otra cosa o puedes vender tu probabilidad por dos rublos al primer transeúnte...

Vera se reanimó perceptiblemente y Zoya concluyó con más firmeza:

—Puedes elegir entre esperar largo tiempo el amor de un verdadero amigo, lo que significa una gran felicidad, o intimar con el primer hombre que encuentres por pura curiosidad, únicamente por matar el tiempo y con la misma pasión que cuando se va al cine.

—¡Es mucho más sencillo todavía! —dijo Ana brevemente—. ¡En el cine hay que pagar y esto es gratuito!

—¡Qué comparación más estúpida! —dijo Vera.

—¿Por qué es estúpida, querida? —dijo Ana mirando triunfalmente a las dos—. ¡Todavía sois muy burguesas! Zoya es burguesa de pies a cabeza y tú, Vera, también te pones sentimental. Por eso no puedes comprender muchísimas cosas. ¡Hay que vivir violentamente! ¡Con toda la energía de la naturaleza!

—Perdona, pero... —empezó Vera, pero Ana la interrumpió con violenta obstinación:

—¡Eso es estúpido!

—¿El qué es estúpido? ¿Me decías a mí?

—¡A ti!

—¿Sobre qué?

—Yo detesto las expresiones burguesas. ¡«Perdona»! ¿Por qué voy a perdonarte? ¿Por qué? ¡Todo el mundo tiene derecho a sustentar sus convicciones! ¡Es estúpido pedir perdón nadie sabe por qué! Eso no hace más que reflejar los miles de años de pasada esclavitud! ¿No lo comprendes, Vera?

Vera se volvió a mirar a Zoya y las dos se echaron a reír. Ni una ni otra trataron de replicar a Ana. Zoya siguió sonriendo.

—Perdona —dijo Vera en serio, sin darse cuenta de que repetía la misma palabra y de que Ana se encogía de hombros—, perdona, pero ¿has pensado nunca en lo que pasa después de eso?

—Bueno, ¿qué es ello?

Agitando convulsivamente sus finos y crispados dedos, con la mirada perdida, Vera se acercó a ella: tenía el semblante lívido y sus ojos verdes, henchidos de odio, eran transparentes como el cristal:

—¿Has pensado nunca, Ana, en cómo te sentirías si después de tu borrascosa y activa vida tuvieras que soportar un repugnante aborto en un hospital y en cómo te lo efectuarían? Si

quieres verlo, te lo pueden enseñar... Entonces podrás ver piecitos y bracitos..., bracitos y piecitos...

Nadie tuvo tiempo de contestarla. Echó hacia atrás la cabeza, clavó la vista en el techo y, apretando los dientes, cayó de espaldas. Sin acabar de tenderse, ocultó la cabeza bajo las almohadas y se quedó silenciosa. Sus hombros se agitaban convulsivamente, pero no se la oía proferir un sonido. Ana meneó la cabeza tristemente:

—Los nervios. ¿Por qué no vas a ver a un médico? No me lo explico.

Zoya se acercó a la cama, y sin decir una palabra acarició el brazo que Vera había dejado colgar inerte. Al momento, Vera rechazó las almohadas, se arregló el pelo y dirigió una sonrisa a Zoya, tocándola tiernamente en el hombro.

—¿Te has asustado? No pasa nada. Lo he hecho por Ana. Me gustan las escenas dramáticas. Ya sabéis que tomo parte con frecuencia en obras de teatro...

—Te convendría ir a ver al médico, Vera —dijo Ana—. No trates de engañarnos.

—No trato de engañaros —repuso Vera volviéndose sin mirar a nadie, y después de secarse los ojos mudó de conversación—. ¿Queréis tomar un poco de té, camaradas? En un momento haré hervir el agua.

Vera cogió una tetera y sin aguardar respuesta desapareció en la cocina. No tardó nada en volver. Ana dijo severamente:

—¡No deberías dejarte ir por ese camino!

—¿Por qué camino?

—¡No deberías llegar a esa fase de los bracitos y los piecitos!

—¡Oh!

Vera se quedó mirando a Ana con los ojos vacíos como si fuera un objeto inanimado y resultara inútil contestar. Se sentó en la cama y, recostándose contra los barrotes, hundió la cara en sus frías y todavía trémulas manos.

—Hay muchas maneras...

—¡Cállate, Ana!

Zoya se acercó nuevamente a la cama y, sin apartar los ojos de los dedos de Vera, que se crispaban furiosamente en los barrotes, preguntó quedamente:

—¿Los has visto tú?

—¿El qué?

—Los bracitos y los piececitos, Vera.

Vera se estremeció; pero alzó la cabeza y dijo risueñamente:

—¿Por qué seguís hablando de los bracitos y los piececitos?

Pero Zoya, con una expresión de tristeza en el semblante, seguía de pie a su lado y le repitió más quedamente aún que antes:

—¿Por qué les dejáis hacerlo?

—¿Por qué? —dijo Vera oprimiendo con más fuerza los barrotes y mirando a Zoya. Sus ojos se encontraron e inmediatamente cambiaron de dirección, como si una luz recóndita les hiriera—. ¿Por qué? Mi marido me indujo a hacerlo —agregó en voz baja—. Si no, no hubiéramos podido seguir estudiando.

—¿Y tú accediste?

—Cuando alguien se pasa cuatro meses diciendo: «Es necesario, todo el mundo lo hace»...

Zoya crispó los dedos hasta que le crujieron las falanges. Ana se echó a reír.

—¡Qué burguesas sois! ¡Ése es el camino acertado! ¡Hasta que el Estado pueda hacerse cargo de los niños no hay otro remedio! ¿Qué tiene de malo? No podemos negamos el derecho natural...

Vera se abalanzó sobre Ana y la zarandeó por los hombros.

—¿Qué derecho natural? —bisbiseó—. ¿El derecho a matar? ¿A matar a futuros seres? ¿Quién te ha dado a ti ese derecho?

Ana se liberó de las manos de Vera, que le hacían daño:

—¡No se puede hablar contigo, Vera! Estás obsesionada por esta cuestión. Cualquiera diría que es algo importantísimo. Zoya —agregó volviendo la cabeza—, no le hables de eso... Se vuelve loca...

—Lo comprendo —contestó Zoya casi imperceptiblemente, sintiendo agudos dolores en las sienes y una frialdad nerviosa en el corazón—. Tiene motivos.

Vera estaba paseándose por la habitación sin escuchar lo que decían. Una especie de energía inquieta parecía corroerla. Sin



objeto ninguno cogía unas y otras cosas y las cambiaba de sitio. Zoya se aproximó a ella y, como si quisiera interrumpir sus desazonados movimientos por la fuerza, la cogió de las manos. Vera cedió sin resistencia y se apaciguó.

—¿Por qué nos hemos puesto a hablar de ello? —dijo sonriéndose con aire culpable—. ¿No hay otra cosa de qué hablar? ¡Siempre lo mismo!

—¡Tenemos que hablar de ello! ¡Tenemos que hablar de todo! ¡No sirve ocultarlo! Estamos hartos de cultura burguesa... Hemos oído ya demasiados cuentos de hadas acerca de cómo vienen al mundo los niños. Cuanto más francamente se haga todo, mejor.

—¿Todo? —preguntó Vera.

—¡Sí, todo!

—¿Por qué va a ser mejor?

—Porque fastidiará a la burguesía.

—¡Eres terriblemente estúpida, Ana! —dijo Vera sin enfurecerse—. Vamos a hablar de otra cosa.

—¡No, de ninguna manera! Tenemos que luchar, luchar contra todo.

Ana tenía las mejillas ardiendo, los labios secos y la voz ronca de excitación. Estaba sinceramente dispuesta a luchar contra todos y contra todo. Vera se levantó con aire fatigado.

—¡Déjalo, Ana!

—¡No quiero dejarlo! ¡Ya es hora de que superemos esas cosas! ¡No son más que convencionalismos idiotas! ¡Tenemos que decir y hacer las cosas de una manera franca y sincera! ¡Estamos hartos! ¡Ya hemos tenido organizaciones contra el pudor! ¡Y eso es lo que hay que hacer! ¡Al diablo todo! ¡Tenemos que luchar por una nueva vida!

—¡La falta de pudor no puede significar una nueva vida! —dijo Zoya en voz alta, e inmediatamente se tapó la cara con las manos como avergonzada de su exclamación—. Eso es un error —agregó dulcemente.

Ana miró a Vera esperando que dijera algo; pero ésta se limitó a sonreírse, y entonces Ana exclamó:

—¡Valiente pareja! ¡El amor y la bienaventuranza!

Ana sacó una cajetilla del bolsillo, la arrojó encima de la mesa, encendió un cigarrillo y se reclinó en el sillón con el aire de un maestro que acaba de contestar a un argumento pueril.

—No; yo tengo razón. Así es como nosotros miramos las cosas y nos ahorramos todos los sufrimientos del amor y de los celos. No tenéis más que pensar en las tragedias burguesas y en las borrascas pasionales que nos evitamos. Si necesitas comer, come. Si necesitas un hombre, sáciate y déjate de tonterías. ¡Hay que mirar las cosas de una manera simple! Todos hemos estudiado ya la historia del materialismo...

Zoya hallábase agitada en su fuero interno por una rebelión contra todo lo que decía Ana. Se olvidó de sí misma, olvidó sus cuitas y se esforzó únicamente por comprender qué era lo que la sublevaba en las palabras de Ana. Ésta la aniquilaba con sus convincentes y rotundos argumentos. Durante un penoso instante se sintió incapaz de discutir. Sintió que aquella parte de su espíritu que se rebelaba era heredada, que era el credo burgués de una familia que le había rodeado desde la infancia y que era la causa de su ostracismo. Agudo como un cuchillo, su odio por su familia volvió a abrasarla con el amargor de la vergüenza. Con gran alivio rememoró su fuga de casa, su carta a su padre, sus excitadas andanzas por las calles de la ciudad, su desesperación a la orilla del río, donde había estado contemplando a los hombres y a las mujeres que descargaban la madera cantando tristemente la canción popular del Volga, de Stenka y la princesa persa.

De pronto, Zoya había vuelto en sí: aquellas mujeres, aquella canción le habían suscitado la sosegada tristeza con que había ido al club. Por el camino no había dejado de pensar un momento. De repente comprendió por qué Ana estaba equivocada.

—¡Espera un momento, Ana, espera! —comenzó, hablando con tal precipitación que las otras dos se quedaron asustadas y no la interrumpieron—. ¡Espera un momento! Hace unas horas he visto unas mujeres que estaban descargando madera cantando... Cantaban la canción de la princesa persa... Ya la conoces. Es una canción maravillosa —Zoya hablaba rápidamente, tratando de encontrar el hilo de su pensamiento, y de súbito lo capturó—. ¡Sí! ¡Eso es! ¡El sacrificio de los placeres de la carne

por amor a la idea! ¡Por amor a la lucha! ¡Al diablo la princesa!, se quejan los hombres: nuestro jefe se ha vuelto blando y nosotros tenemos que seguir luchando... ¿Recuerdas el cuestionario de la Universidad del año pasado y después los informes y las conclusiones deducidas? Durante los años de la revolución y de la guerra civil la mayoría de la gente experimentó un embotamiento y una debilitación del deseo en su vida sexual...

Zoya estaba sin aliento. Ana lanzó burlescamente una bocanada de humo, y dijo:

—Bueno, ¿y qué?

—¡Pues ésa es la cosa! —dijo Zoya levantándose—. ¡El éxtasis revolucionario puede sustituir al éxtasis y al deseo sexuales!

Ahora recordaba Zoya todo lo que sabía, todo lo que había meditado, y no le era posible contener sus palabras, que brotaban de sus secos labios en una avalancha de ideas, ahogando la voz de la desesperación, que había estado a punto de estrangularla.

—Yo no soy una burguesa. ¡Tú sí lo eres! Porque sólo para los burgueses la libertad significa comer cacahuetes en el teatro, escupir en el tranvía y fumar en clase... Ése es el verdadero espíritu burgués: si surge una nueva vida, ¡abajo el pudor!; si el matrimonio y el divorcio son simplificados, ¡entrégate a diestro y siniestro! Es como el hombre hambriento que de pronto tiene que comer y se atraca hasta reventar. ¿De veras te parece eso necesario?

Zoya se interrumpió bruscamente. Ana dio una chupada al cigarrillo, y dijo:

—¡Eres una burguesa!

Zoya la miró sorprendida, y sin proferir una palabra más, se sentó a la mesa.

Vera se levantó, se acercó a ella, y, después de titubear un instante, la besó.

—Tienes razón, Zoya. También yo he estado esperando el verdadero amor. Día tras día, espero que se presente un hombre verdadero. Pero todos se ponen a besar enseguida o la llevan a una a la cama. Algunos empiezan incluso a desnudarse de antemano para más comodidad...

Y, como una chiquilla, se echó a reír, con una risa argentina y descuidada.

—¿Qué es lo que dices?

—Nada. No hacía más que tratar de describirte lo que suele suceder. ¿Podría yo decirte qué significa todo ello? No lo sé... Pero me apena tu situación —agregó cogiéndole la mano a Zoya—. ¿No podría hacer algo Horohorin por ti en el comité?

Zoya meneó la cabeza, pero Ana dijo:

—Tendremos que hacer un poco de presión sobre Horohorin. Si se lo piden por todas partes, se interesará por su caso. Puede que vuelvan a admitirla.

Vera la miró, y dijo pensativamente:

—Siento no haberlo sabido antes... Podría haberle hablado de ello: ha estado aquí hace un momento.

Ana se puso colorada.

—¿Quién? ¿Horohorin? ¿Ha estado aquí? ¿Para qué?

—¡Supongo que no me tirarás del pelo, Ana!

Vera consideró la desconcertada expresión del semblante de Ana. Evidentemente, ésta se había quedado sinceramente sorprendida, y sentía curiosidad y hasta miedo. Vera se echó a reír y salió de la habitación.

Cuando volvió con la tetera en la mano seguía sonriéndose aún.

—Ana, espero que no estés celosa. Tú no eres una burguesa.

—¡Oh, no temas por tu pelo!

—No temo.

Vera se sonrió, reflexionó un instante, y dijo:

—Me parece que será mejor que no te diga una palabra más sobre el asunto.

—Es lo mejor que puedes hacer. No me interesa —dijo Ana altivamente, observando con exagerado interés cómo Vera preparaba el té y sacaba las tazas—. Tengo mucha sed. Dame una taza de té y me marcharé a casa.

Zoya estaba inmóvil, contemplando la taza que tenía delante. Vera seguía trajinando alrededor. Ana, fingiendo una gran sed, bebía su té y decía:

—Yo no soy celosa, camarada. Si hiciera alguna pregunta sería por simple curiosidad.

—¿Por qué esa curiosidad? Todos vienen a lo mismo...

Ana apartó su taza ruidosamente.

—¿Es que quieres enfadarme a propósito?

—¿Por qué? ¿Vas a enfadarte por eso?

—¡Oh, no me enfado por la cosa en sí! Me enfado por tu ironía burguesa.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a tu deseo de demostrar que yo soy tan celosa como todas vosotras.

—¿Por qué molestarse en demostrarlo? —dijo Vera riéndose—. Quiero decir —agregó inmediatamente—, ¿por qué ha de dudar nadie de ti?

En aquel preciso instante se detuvo alguien delante de la puerta y llamó. Vera se puso en pie y entreabriendo la puerta miró.

—¿Quién es?

Las otras dos no pudieron oír la respuesta; pero Vera salió inmediatamente y, sin dejar entrar al visitante, cerró la puerta tras ella.

—¡Convencionalismos burgueses! —murmuró Ana enojada.

Esta observación no impidió a Zoya oír lo que Vera estaba diciendo.

—No puede usted entrar en este momento. Espéreme en la escalera. Saldré enseguida. Tengo que hablarle... Voy a ponerme el abrigo.

Sobre los baldosines resonaron pasos enérgicos, la puerta exterior se cerró y todo quedó en silencio una vez más. Vera volvió, y se puso rápidamente sus cosas.

—¡Vera, déjate de tus convencionalismos burgueses! ¿Quién es?

—¡Oh, un conocido! Un hombre al que quería ver. Enseguida vuelvo. Esperadme.

Ana se encogió de hombros y, encendiendo otro cigarrillo, se puso a fumar nerviosamente, arrojando espesas bocanadas de humo. Cuando lo hubo terminado, se despidió de Zoya, y se marchó sin esforzarse por disimular el desprecio que le inspiraban las actitudes burguesas de su amiga.

Zoya le dio las gracias, permaneció un rato contemplando el reloj, se acurrucó en el sillón, y pensó en su padre y en la carta. Luego, como en una película, vio a Korolev, la fábrica, la nueva vida y, habiéndose asegurado una vez más que tenía razón en su polémica con Ana, se sumergió en una profunda modorra.

El fatigoso día la había dejado rendida, y no se despertó hasta que regresó Vera. Ésta se reía y palmoteaba como si estuviera pensando en algo graciosísimo.

## VII EN LA ESCALERA

De pie en el reducido rellano de la escalera, Horohorin apenas tuvo tiempo de encender un pitillo cuando apareció Vera.

Sin decir una palabra ella le cogió del brazo y le hizo subir los empinados escalones de piedra. En el primer descansillo, entre dos pisos, se sentó en el alféizar de la ventana de modo que pudiera ver su puerta y, sin soltarle el brazo, hizo sentarse a su lado a su inesperado visitante.

Éste se desasíó violentamente, se apartó de ella y dijo malhumorado:

—¿Está Ana en su cuarto?

—¿Ha venido usted a ver a Ana?

Vera se le quedó mirando mientras se ajustaba el pañuelo, que se le había caído sobre la frente, y, a pesar de la oscuridad reinante, Horohorin pudo ver sus ojos, que, semejantes a una telaraña, dominaban todos sus sentimientos, sus ideas y sus deseos.

—Sí, claro —repuso con voz insegura—. La necesito.

Vera se echó a reír.

—¿Necesita usted una mujer cualquiera o a Ana en particular? A juzgar por el estado de espíritu en que se encontraba usted la última vez que le vi...

Horohorin se levantó.

—¡Haga el favor de llamar a Ana!

—Haga el favor de esperarse, querido. Le necesito muchísimo.

Vera le cogió la mano otra vez y le atrajo hacia sí. Horohorin no tuvo suficientes energías para repetir sus palabras ni para marcharse.

—¿Para qué me necesita usted? —preguntó, e inmediatamente sintió que toda aquella noche, todas sus extrañas aventuras, todas las absurdas conversaciones, todas sus idas y venidas se diluían en la neblina de una suposición: «¿Por qué no? ¿No puede sentir una mujer el deseo con tanta fuerza como un hombre?».

Vera tiró de él todavía más. Ahora Horohorin estaba tan cerca de ella que si se inclinaba podía besarla, podía apartarla el abrigo, podía hacer brotar su cara de la masa de pieles. Arrodiándose delante de ella podía contemplar la bata y sus cálidos senos, que anhelaba besar.

—¿Para qué me necesita usted? —volvió a preguntar con voz ronca sin aguardar la respuesta.

Ella siguió mirándole, y de pronto Horohorin pensó que le contestaba con los ojos. Un sentimiento de alegría salvaje recorrió todo su cuerpo, y alargó las manos hacia la cara de Vera, que de súbito se le aparecía irresistiblemente atractiva, anhelada y dulce. Se inclinó tratando de hallar su ardiente boca con sus labios. Sentía ya la amarga mordedura del deseo cuando, ligera y grácilmente, Vera se escurrió de sus brazos.

—Tengo que hablarle de algo importante y necesario.

Horohorin crispó los puños, e inmediatamente se los metió en los bolsillos. Si se atreviera la hubiese golpeado. Luego, hoscamente decidido a no volver a moverse, se sentó en el borde de la ventana, y con voz profunda preguntó:

—¿De qué se trata?

—No se apure. Ana se esperará. Le diré que está usted aquí. Hay otra persona con ella...

—¡He oído que recibe usted lo menos a cuatro hombres en una noche!

Recordando su decisión de no moverse del sitio, Horohorin no se volvió hacia ella y no pudo adelantarse a su gesto: con la agilidad de un gato, ella le dio una bofetada lo bastante fuerte para que sintiera un agudo dolor en la abrasada mejilla. Horohorin la cogió del brazo más arriba de la muñeca y se lo oprimió con todas sus fuerzas.

A pesar del dolor, Vera no se conmovió, pero exclamó:

—¡Fuera de aquí!

Horohorin la retuvo mirándola a la cara, y sintiendo la necesidad de desahogar de alguna forma la cólera que se había acumulado dentro de él. Vera se desasíó violentamente. Él volvió a sujetarla con más fuerza aún que antes, y luego, dándole un empujón en los hombros, la apartó. Vera cayó contra el alféizar de la ventana y él la cogió de la garganta. Olvidándose inmedia-



tamente de todo, y sintiendo tan solo que tenía su cabeza entre sus manos, se inclinó sobre ella.

Con un esfuerzo brutal, Vera echó hacia atrás la cabeza, y el cristal de la ventana saltó en añicos con estrépito. Horohorin retrocedió un paso, y la soltó. Vera se incorporó risueñamente y, cogiéndole de la mano, echó a correr escaleras arriba.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —bisbiseó ahogando la risa—. ¡Va a venir alguien! ¡Se pensarán que hemos sido nosotros y no cabe duda que el cristal se ha roto! ¡No cabe duda!

Sin pararse a tomar aliento, los dos siguieron corriendo hasta que llegaron a la puerta de la buhardilla. A Horohorin le daba vueltas la cabeza, estaba sin aliento. Aunque se encontraban en lo alto de la escalera, sólo tenía conciencia de una cosa: de que la mano cálida de ella seguía sujetando la suya.

—¡Esto es terriblemente estúpido! Supongo que nadie se habrá dado cuenta en nuestra cocina —dijo ella prestando atención—. No creo que nadie nos haya oído..

Horohorin seguía a su lado, temeroso de que cualquier movimiento suyo le recordara a ella que retenía su mano. De pronto, Vera la soltó.

—¡Debería darle vergüenza decirme esas cosas!

Horohorin la miró, y poniéndole las manos en los hombros le dijo con voz trémula:

—Algún día la mataré.

—Y el resultado será que cuatro hombres sufrirán todas las noches las torturas del deseo natural insatisfecho —repuso ella tranquilamente, apartándole la mano—. ¡Qué equivocación, Horohorin! ¡Qué falta de perspicacia! ¡Eso es despilfarrar los recursos naturales!

—¡Es usted un demonio!

—Una bruja —rectificó ella, y reteniendo su mano junto a su cuerpo se puso a bajar quedamente la escalera—. Vamos abajo. Temo que se marche Ana y no nos enteremos. ¿No quería usted ver a Ana?

—Sí.

—La llamaré dentro de un momento. Quiero decirle unas palabras sobre mi asunto. ¿Conoce usted a Zoya Ossokina?

—Sí.

—¿Por qué no la admiten en la organización?

Horohorin la miró sorprendido, pero contestó:

—El comité local no ha querido admitirla. Ha estado un año de aspirante y nosotros fuimos los que presentamos su nombre. Pero había otras consideraciones.

Horohorin hablaba seca y lacónicamente, sin pensar en Zoya, esperando con impaciencia que Vera le dijese lo que quería. Esta última le preguntó:

—¿A causa de su padre?

—Sí.

Vera suspiró.

—¡Qué lástima! ¿No podrían dejarla siquiera seguir trabajando en la Universidad?

—No.

Vera se detuvo en el mismo descansillo en que habían estado antes, recogió cuidadosamente los trozos de cristal y los depositó en el saliente de la ventana por la parte de fuera.

—Siéntese.

Se sentaron uno al lado del otro. Vera guardó silencio unos instantes y luego dijo quedamente:

—Escuche, Horohorin. Zoya es una buena muchacha. Vuelvan a admitirla. No pretenda engañarme: yo sé que puede hacerse.

Horohorin guardó silencio, encogiéndose de hombros por toda respuesta.

—Horohorin, es usted una calamidad, porque aún no hace mucho tiempo vino usted aquí y comenzó a desnudarse. Eso es proceder como los animales, Horohorin. Cuando hay amor, cuando hay pasión, es diferente. Pero la otra manera no es más que degeneración. Cuando yo vine andando a su lado me figuraba estar enamorada de usted. Todavía puede que llegue a estarlo, Horohorin. Haga el favor de servir a Zoya por mí. ¿De acuerdo?

En el piso de más abajo se abrió una puerta, y en la luz del dintel apareció Ana. Vera dejó de hablar, y mientras veía bajar a Ana la escalera se reclinó contra el hombro de Horohorin.

Un instante después Ana había desaparecido.

—¡Se ha ido Ana! —dijo Vera apretándose más contra el hombro de Horohorin—. ¿Qué le parece, Horohorin?

Éste recobró parte de su fuerza de voluntad y se levantó. Ella le retuvo.

—Ya tendrá usted tiempo de verla. ¡Pobrecillo! ¿De veras necesita usted con tanto apremio una mujer?

—¡La necesito a usted! —dijo brutalmente.

—Es usted graciosísimo —dijo Vera disimulando una sonrisa—. Pero ¿qué vamos a hacerle? Zoya está aquí. Y no voy a irme con usted a su casa. Se está haciendo tarde...

—¡Hace un rato no había nadie! —exclamó él.

—¡Olvide todo lo que ha pasado antes!

Ella se levantó vivamente y le besó.

—¡Es usted un buen muchacho, Horohorin! Ahora es cuando me ama... Ya es completamente distinto; pero Zoya está aquí. Es terrible. ¿No puede usted resolver su caso por consideración a mí? Es una muchacha competente y una buena camarada: usted la conoce. No hay que censurarla porque su padre fuera predicador y el de usted un obrero.

—Nadie la censura por eso.

—Bueno, ¿qué es lo que tiene que hacer entonces, querido? Haga el favor de darse prisa. Estoy cogiendo frío... Ana le estará esperando en casa. Diga, ¿qué es lo que tiene que hacer? ¿Dirigir una solicitud? ¿A quién? ¿A ustedes o al comité central?

—Al comité central; pero por nuestro conducto...

—¿Usted lo arreglará, Horohorin, verdad?

Vera se le quedó mirando a la cara, y él, mientras decía con indiferencia: «Sí, sí; lo intentaremos», clavaba la vista en sus labios, pensando únicamente en ellos.

—¡Magnífico! ¡Qué bueno es usted, Horohorin! Entonces ella podrá volver a su casa, yo me quedaré sola y usted podrá venir a verme. Adiós, querido.

Vera alzó en el aire sus manos, que brotaron como dos blancas palomas de las mangas de su abrigo, y se posaron en el cuello de él. Luego le besó en los labios, y este beso dejó atónito a Horohorin.

Riendo, Vera desapareció detrás de su puerta.

## VIII ANA

Tembloroso y excitado, Horohorin descendió la escalera, la misma escalera sucia y empinada que había subido unas tres horas antes. Se quitó el sombrero y dejó que le acariciara la cabeza el viento, que, al soplar, arrancaba la fresca nieve de los tejados. Por un instante se quedó inmóvil en el centro del patio y luego franqueó la verja, y experimentó una sola sensación: la alegría de aquel beso le había quebrantado y había minado sus energías.

No se paró a pensar adónde iba ni adónde debía ir, porque su camino estaba decidido de antemano: iba a ver a Ana. Fugaces pensamientos, junto con la frescura del aire y de los copos de nieve que se derretían en su rostro, no tardaron en devolverle sus energías. Poco a poco, la extraña excitación que acababa de experimentar se le figuró grotesca y estúpida.

—¡Romanticismo! ¡Sentimentalismo! —se repitió varias veces—. ¡Sentimentalismo! ¡Aburguesamiento! —dijo casi en voz alta, agregando inmediatamente—: Hay que ser francos: todo esto es el resultado de la pérdida del equilibrio mental.

Cuando llegó a la esquina se detuvo a esperar el tranvía, que ya mostraba sus rojas luces a través de la cortina de nieve.

Recordó que Vera y él se habían apeado en la misma esquina unas tres horas antes. Parecía imposible que todo aquello hubiera sucedido aquel día, en una misma noche, en tan corto espacio de tiempo, que ni siquiera el conductor y el cobrador del tranvía en el que Vera y él habían viajado habían dejado el servicio.

El tranvía, presuroso por llegar a la cochera, se detuvo sólo un instante. Horohorin apenas tuvo tiempo de subir. Todo el camino fue en la plataforma, con la cabeza expuesta al viento y a la nieve.

—¡Aburguesamiento, sentimentalismo! —murmuraba como un colegial que acabara de cometer una travesura y saboreara el pensamiento de que nadie se había enterado ni se enteraría nunca.

Horohorin se alegró al pensar que pronto se vería con Ana, le quitaría tranquilamente el libro de las manos, la echaría con alborozo en la cama y una vez más recobraría su equilibrio mental, y al día siguiente iría otra vez a la fábrica a dar su lección a los jóvenes obreros...

Sacudió la cabeza llevando el compás de sus pensamientos, y por primera vez en su vida se preguntó si amaba a Ana.

—Sí; es una buena camarada —asintió—. ¡No es como la Petrova! ¡Es el símbolo de la nueva Humanidad, una nueva mujer! ¿Vamos a tener comodidades burguesas, la felicidad burguesa y todas esas patrañas? ¡No! ¡El amor no es para nosotros!

El tranvía se detuvo delante de la plaza de la Universidad. Horohorin se apeó de la plataforma posterior, cruzó la calle corriendo, y sin titubear franqueó las puertas del edificio destinado a dormitorio.

Subió los escalones de madera hasta el segundo piso, y se detuvo bruscamente; sí, despertado por la esquiva proximidad de Vera, había resucitado el conocido e inconfundible deseo. Pero este deseo, ¿le conducía a Ana?

Se mordió los labios, y una vez más vio los brazos desnudos, la bata, el cristal destrozado, la escalera, los ojos verdes y los labios húmedos que abrasaban los suyos con líquido fuego. Le entraron ganas de rugir, de gritar, de despedazar algo, de hacer uso de su fuerza.

Con decisión, abrió la puerta y entró.

Ana estaba en casa. Véase la luz a través del montante. Horohorin llamó y, sin aguardar respuesta, penetró en la habitación.

Después de haber lanzado la primera mirada rápida en derredor, tan pronto como sus ojos tropezaron con los de Ana, comprendió que también aquí había cierto desequilibrio, que todo se hallaba trastornado. Ana no le sonreía. Ana no estaba leyendo. No se veía la tetera en el infiernillo sobre la mesa de Ana. En su lugar, veíase una carta con un sobre azul, que llevaba las hinchadas huellas de algunos copos de nieve derretidos.

—¿Qué ocurre, Ana? —preguntó Horohorin secamente.

—Ocurre que no me explico a qué has venido. ¿Se te ha olvidado algo aquí?

Horohorin se quedó perplejo.

—¿Qué quieres decir, Ana? Tú y yo... No es la primera vez que vengo a verte.

Se sonrió y agregó:

—¿Puedes decirme qué significa todo esto?

—Lo único que significa es que te ruego que no vengas a verme más.

—¿Por qué?

Ella se levantó y bruscamente dio media vuelta.

—¿A qué viene este interrogatorio burgués? ¿Qué derechos de propiedad tienes sobre mí? ¡No tengo el menor propósito de explicar nada! ¡No hay nada que explicar! ¡Tú eres tan burgués como todos los demás! Tú y Vera, ivaliente pareja estáis hechos! ¡Vete, que tengo que estudiar!

Horohorin se acercó a ella y le cogió las manos:

—¡Escucha, Ana, te necesito ahora...! ¡Como el aire, como el pan! ¡Vamos!

Desdeñosamente ella retiró las manos.

—No pierdas el tiempo. ¡Vete a otra parte!

—¿Adónde? —exclamó brutalmente—. ¿Adónde?

—¡Adonde quieras!

—¡Ana! —clamó Horohorin, avanzando hacia ella amenazadoramente—. Tú no eres una burguesa. Tú eres una mujer sensata. Tú comprendes que yo no puedo irme a la calle a buscar una mujer...

—¡Las hay baratas! —replicó ella con sorna—. ¡Y a ti no te importa gran cosa! ¡Lo mismo te doy yo que otra cualquiera!

Por vez primera, Horohorin pensó seriamente en la necesidad de entenderse con mujeres de la calle. Necesitaba a Ana más que nunca. Hasta este instante no comprendió cuántas y cuán importantes ventajas representaba Ana para él.

Acercándose lentamente hacia ella la abrazó de súbito y la apretó contra sí. Por un instante ella se sometió, como siempre, a su fuerza. Lleno de alegría, él la arrastró hacia el lecho. Entonces ella se desprendió brutalmente.

—¡Asqueroso!

—¡Ana, por favor! ¡Ana, es preciso!

Ella fue a la mesa, se sentó, abrió un libro y se tapó los oídos.

—¡Ana, no hagas el tonto! —gritó él furiosamente—. ¡Ana!

—¡No grites! ¡Todavía no soy tu mujer! —exclamó ella—. ¡No te lo consiento que grites! ¡No te lo consiento!

Ana golpeaba el suelo con el pie. Horohorin no se sentía nada avergonzado. Un auténtico y tempestuoso deseo se había posesionado ahora de él, y se quedó mirando al tabique que les separaba de la habitación contigua. Conteniendo su cólera, se acercó a ella.

—¡Oh, Ana! No te enfades, Ana... Ven, Ana, vamos a descansar un rato. Ana..., Ana...

Horohorin siguió a su lado repitiendo: «Ana, Ana», y sin encontrar las palabras necesarias para convencerla. Ella se apartó con énfasis exagerado. De pronto Horohorin experimentó un temor: todos estos acontecimientos, estas coincidencias extrañas, estos absurdos, que se acumulaban unos sobre otros, le estaban arrebatando los últimos restos de su energía. Se dio cuenta de lo pobre que era y esto despertó su ira. La ira le humilló todavía más, pero se sintió como exaltado.

Se acercó a la mesa y descargó en ella un puñetazo tremendo, que hizo saltar el sobre azul.

—¿Así que no estás dispuesta, Ana?

—¡No! ¡Vete a otra parte!

Horohorin la miró amenazadoramente y se marchó. Echó a andar por el largo corredor con la cabeza caída sobre el pecho y los dientes apretados: él sabía que detrás de cada una de aquellas puertas, en cada habitación, había una mujer, que cada una de ellas, probablemente, estaba en la cama y necesitaba un hombre; pero ninguna se atrevía a llamarle ni él se atrevía a entrar. No había nada más sencillo y al mismo tiempo más complicado. Se detuvo delante de una puerta; pero cuando oyó pasos dentro echó a andar otra vez.

—¡Esto es una pesadilla! ¡La pesadilla de la vida humana! —pensó, y salió corriendo a la calle como un loco.

A través de las abiertas ventanas del café llegaron hasta él vaharadas, ruido, rumor de conversaciones, y los entrecortados acordes de un cuarteto. Horohorin se palpó el dinero en el bolsillo y, franqueando la gradería, cubierta de una espesa capa de nieve, se dirigió a la puerta de la planta baja.

## IX BÚROV

Por extraño que pueda parecer, ni un solo autor, ni aun aquellos que abordaron el asunto desde un punto de vista científico, ni uno solo de los investigadores que estudiaron la vida de Horohorin día por día, examinaron nunca la siguiente cuestión: ¿dónde pasó Horohorin aquella noche y dónde estuvo entre las tres y cuatro horas que transcurrieron antes de que se viera nuevamente con Vera? El conocimiento de lo que pasó durante estas horas podía haber aclarado muchos hechos misteriosos y desconcertantes que a nadie le fue posible comprender.

Cuando Horohorin penetró en el café, donde olía a cocina, a tabaco y a ropa húmeda secándose encima de la gente, buscó una mesa con la vista, e inmediatamente divisó en un rincón, al lado de la ventana, el rasurado rostro de Búrov, que ya propendía al embotamiento.

Búrov le descubrió a él al mismo tiempo. Hasta aquella noche sólo se habían visto en la Universidad y en las reuniones del consejo. Apenas se habían cruzado entre ellos media docena de palabras, y éstas tocantes principalmente a asuntos relacionados con las discusiones o con el orden del día. No poco sorprendidos, ambos se saludaron con un gesto. Horohorin fue el primero en extrañarse, aunque enseguida recordó que más sorprendente hubiera sido encontrar a Búrov en cualquier otra parte. Comprendió que la presencia de Búrov iba a impedirle pensar, y deseando reconcentrar sus ideas, Horohorin se dirigió el extremo opuesto de la sala.

No había ninguna mesa desocupada. Ya se disponía a marcharse cuando un risueño camarero le señaló la silla de la mesa de Búrov, invitándole a no andarse con ceremonias.

Horohorin no tuvo más remedio que acercarse, y, después de pedir permiso, se sentó a la mesa.

—Me alegro mucho de tenerle a mi lado —dijo Búrov estrechándole la mano—. Siempre colocan a alguien en mi mesa —agregó sonriendo—. Supongo que lo harán para que los otros clientes no se asusten de mí.



Horohorin pidió cerveza, y sin sonreírse dijo:

—No sé por qué motivo ha de asustarse nadie de usted.

—Sin embargo, he observado que usted mismo no parecía muy deseoso de sentarse a mi mesa.

—No era por eso —contestó Horohorin con sinceridad—. He venido aquí a pensar un rato, a reconcentrarme un poco. Por eso hubiera preferido estar solo...

—¡Ah, eso es otra cosa! —dijo Búrov—. Pero ya que ha sucedido así acaso debemos ajustarnos al viejo refrán: una cabeza vale mucho, pero dos valen más. ¿Le ha ocurrido algo grave?

—No; nada de particular —repuso Horohorin evasivamente.

Bebió un vaso de fría cerveza y, enjugándose los labios agregó bruscamente:

—Pero puede que tenga usted razón. A veces la experiencia ajena sirve de algo.

—¿Sobre todo una experiencia como la mía? —preguntó Búrov con una sonrisa misteriosa, que hizo estremecerse al otro.

—¿Por qué sobre todo su experiencia? ¿Por qué? ¿Qué es lo que usted sabe?

—Probablemente lo mismo que usted.

—¿Quiere usted concretar qué es lo que quiere decir?

Horohorin no se movió. Aquella fantástica noche podía esperarse y estaba dispuesto a creer cualquier absurdo, cualquier coincidencia increíble. Sin embargo, Búrov no se proponía despertar su curiosidad y con toda sencillez repuso:

—¡Qué parecida es nuestra letra! ¿No lo ha observado usted nunca?

Horohorin exhaló un suspiro de alivio, y, al reparar en ello, Búrov comenzó a observar a su inesperado acompañante con reconcentrada atención.

Horohorin meneó la cabeza.

—No lo sabía.

—¿Es posible?

—Es verdad.

—Es extraño —dijo Búrov sorprendido—. Creía que se habría usted fijado...

—No; nunca he...

Y meneando la cabeza con indiferencia volvió a llenar su vaso. Miró a la luz pensativamente y se puso a beber. La cerveza estaba muy fría y había que beberla con mucho cuidado. Esto distrajo a Horohorin de sus pensamientos. Luego lanzó a Búrov una mirada henchida de curiosidad y se sonrió.

—¿Dice usted que nuestra letra es parecida? —preguntó como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de lo que decía el otro—. Es curioso. ¿Cómo es que usted conoce mi letra?

—¡Oh! Lo he observado por pura casualidad...

Horohorin se le quedó mirando atentamente. Búrov agregó:

—Creo que he visto las actas de una reunión escritas por usted...

—Bueno —le interrumpió Horohorin—, ¿quiere usted darme algo que haya escrito usted? Yo no tengo encima nada escrito por mí. ¡Tiene gracia!

—Lo mejor será que las comparemos aquí mismo, ¿quiere?

Búrov sacó su estilográfica y un cuaderno, y apartando los vasos escribió: «Nadie sabe», sin concluir la frase con ningún signo de puntuación. Horohorin cogió sonriendo la pluma y, después de poner una coma, agregó: «pero todo el mundo pretende saber y comprender».

La semejanza era sorprendente. Los dos hombres se miraron.

—De cien personas, no habría más de una que viera que esto ha sido escrito por dos personas diferentes —dijo Búrov cerrando su estilográfica y metiéndosela en el bolsillo—. Y aun ésa no daría crédito a sus ojos.

Horohorin terminó su botella. Búrov volvió a llenar los vasos.

—No se preocupe —le dijo—. Sírvase. Yo tengo cuenta aquí.

—¿Viene usted con frecuencia?

—Esto forma parte de mi rutina diaria.

Horohorin meneó la cabeza con aire meditabundo:

—Mire usted, confieso que quisiera estar en su lugar por lo que a su carrera científica se refiere; pero no me gustaría tener que pasar por lo que pasa usted en su vida privada...

—¿Se refiere usted a esto? —dijo Búrov indicando con la mirada las mesas contiguas—. No creo que resulte en efecto nada

atractivo. Pero puesto que está usted aquí, me parece que ya ha llegado usted a la segunda fase de mi vida sin haber pasado por la primera.

Búrov se echó a reír, pero inmediatamente agregó en tono serio y casi suplicante:

—¿No quería usted hablarme de lo que tenía en la mente?

Búrov tenía el rostro afeado, con profundas arrugas en torno a la boca y a los ojos; pero cuando se sonreía, su semblante resultaba atractivo. La absoluta llaneza con que había contestado a la insinuación del otro predisponía a la franqueza. Horohorin encendió un cigarrillo y, empezando a sentir los efectos de la cerveza, dijo con voz sosegada:

—No sé si realmente podría confesarme con usted.

—Vamos a intentarlo.

—Tendremos que olvidarnos por un momento de las diferencias de edad y de posición...

—De acuerdo.

—En ese caso, dígame ante todo, Búrov, ¿sabe usted lo que le aniquila, lo que le rebaja a nuestros ojos como hombre de ciencia?

El semblante de Búrov permaneció inalterable. Parecía como si supiera que la franqueza no podía haber conducido a otra cosa. Primero asintió con la cabeza, y luego repuso de súbito:

—La verdad es que sería extraño que no hubiera observado lo que los demás observan en mí...

—Pero, ¿se da usted cuenta...?

—¡Es usted muy cándido! Voltaire era ateo, no creía en Dios ni en el diablo, se reía de todas las supersticiones religiosas; pero sin embargo se ponía malo si veía tres cirios encendidos en la misma habitación, y se ponía nervioso si se le atravesaba un gato en el camino. La mente es una cosa y el subconsciente, regida por los instintos, es otra completamente distinta. De lo que pasa en la esfera de mi mente yo estoy tan enterado como cualquier otro.

—¿Una doble personalidad..., una parte de usted que pertenece al más allá? —dijo Horohorin sonriendo—. ¡No existe tal cosa! ¿Cuál de las dos predomina?

—Hay entablada una lucha —dijo Búrov encogiéndose de hombros—. ¡Una lucha continua! La razón y los instintos no siempre viven en paz. Acaso lo haya usted observado en usted mismo...

—Pero un hombre sensato... —comenzó Horohorin—. Por mi parte, yo no creo que sea necesario luchar contra los instintos cuando son naturales, y no acepto la existencia de ningún instinto antinatural. Yo creo que hay que satisfacerlos. Si tiene usted hambre, coma. Si siente deseo, búsquese una mujer.

Horohorin hablaba más para sí mismo que para su oyente. Era notorio que trataba de enardecerse, de curarse el golpe que había sufrido su amor propio. Continuó:

—Esto eliminaría todos los dramas, todas las tragedias amorosas, porque ya no habría amor burgués, el amor que rebaja a todo el mundo...

Búrov se sonrió.

—¿Sabe usted lo que es el amor?

Horohorin se encogió de hombros.

—Puedo imaginarme perfectamente lo que es...

Búrov se inclinó hacia él:

—El amor es una gran fuerza creadora. Una fuerza que ha creado la mayoría de las obras de arte, a la que se deben la mayor parte de los actos de abnegación...

—Pero usted... —dijo Horohorin sintiéndose ofendido—. Usted... ¿Qué me dice usted?

Búrov levantó tranquilamente la mano para interrumpirle:

—Eso ha demostrado únicamente que mis relaciones con la muchacha no pueden llamarse verdadero amor.

—¿Qué son entonces?

Con gran sosiego, Búrov comenzó:

—Mire usted, todas las cuestiones relativas a los problemas del sexo son muy complicadas. Es muy poco lo que sabemos acerca del asunto aunque todos nos demos cuenta de que el sentimiento sexual es un factor de la máxima importancia. El acto fisiológico, relativamente sencillo entre los organismos inferiores, se torna sumamente complicado en el hombre. La sensibilidad de éste es afectada no sólo por cosas como el sentimiento y la temperatura, sino también por la vista, por toda

clase de condiciones armónicas internas, por el aroma entero de la personalidad. Cuanto más culta es la persona, más complicada es la emoción que experimenta... El deseo sexual puro y localizado de los hombres de hoy no pasa de ser pura imaginación. Claro está que yo hablo solamente de los hombres normales.

Horohorin meneó la cabeza.

—Usted no sabe una palabra de eso ni lo desea —dijo Búrov bruscamente—. Sólo un conocimiento superficial de la biología puede conducir a la gente a la conclusión a que usted ha llegado.

—¿Qué conclusión? —le interrumpió Horohorin.

—La conclusión, por ejemplo, de que todo es muy sencillo: ¡no hay más que satisfacer el deseo sexual para que todo marche de primera! ¡Si supiera usted lo falso que es eso! El sentimiento sexual es tan complicado que el acto fisiológico no puede satisfacerlo por sí solo.

Haciendo una mueca, Horohorin se encogió de hombros. Búrov le miró con evidente desagrado.

—Me recuerda usted las viejas historias que solían contar de los comunistas: decían que el comunismo significaba la libertad de las relaciones sexuales, basada en la convicción de que todo ello era tan sencillo como tomarse un vaso de agua...

Horohorin dejó de gesticular y preguntó cautamente:

—Bueno, ¿y cómo es en realidad?

—En realidad es mucho más complicado de lo que yo podría hacerle creer a usted con una botella de cerveza... A esto se debe que, por lo que se refiere a nosotros, a las personas cultas, el acto natural escueto no sólo sea una función negativa, sino que es negativo desde el punto de vista biológico como una reacción, como un atavismo...

—Le había interrogado acerca de su amor...

—Enseguida llegaremos a eso. En algunos casos, no se halla justificado el sentimiento en toda su plenitud, y sólo es satisfecha una parte de la compleja combinación de deseos, sensaciones y emociones, parte con la que entra en conflicto el resto, un conflicto de carácter interno y en extremo doloroso... En tales casos, el aislamiento no es sólo un vicio sino un desastre, una flaqueza psíquica. Este tipo de reacción me ha hecho descender a mí a un nivel bajísimo, como sin duda ha observado usted, ya

que ha empezado la conversación por mí... Esto conduce a actos que se escapan al control del raciocinio. Sus amigos hacen bien cuando tratan de impedirme que me acerque a la muchacha...

Su voz se quebró, e interrumpiendo sus palabras con un suspiro extraño se volvió hacia la ventana. Luego, disimulando su agitación con lentos y calculados ademanes, llamó al camarero y señaló a las botellas vacías. El camarero cogió éstas con gesto profesional y no tardó en reaparecer con nuevas provisiones.

Búrov llenó silenciosamente los vasos.

—¡Pero usted parece hacerse cargo de la situación! —dijo Horohorin con tono de reproche.

—Visite usted un día nuestro hospital psicopático y hable con los pacientes. Algunos de ellos le hablarán de sus dolencias con tanta sensatez como los médicos.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Horohorin excitado.

—Terminaré este año la escuela y luego me iré a otra parte, muy lejos de aquí. No es posible seguir de esta manera.

Búrov se había excitado. Parecía querer poner término a la conversación. Se sonrió, y con gesto forzado miró el reloj.

—Será mejor que me vaya. Vivo en la Plaza del Soldado, ¿sabe...?

Horohorin aprobó con la cabeza. Sintió la necesidad de cambiar de conversación, y dijo afectuosamente:

—Sienta bien caminar bajo el frío. Pero no debe ser muy divertido por donde usted vive: todas las noches atracan a alguien.

—Sí; hay muchos ladrones. Pero llevo una pistola.

—Ya lo sé. Le conseguimos nosotros el permiso.

Disimulado detrás de un montón de cajones vacíos de botellas de cerveza, subidos uno encima del otro para diversión del público, los cuatro músicos estaban tocando un tango. Pensativamente, Búrov escuchó unos instantes. Luego se levantó, pero volvió a sentarse. Horohorin observó por vez primera que Búrov no estaba sereno del todo, aunque aparecía absolutamente tranquilo y no se traicionaba por ningún gesto ni ningún movimiento.

X  
LA ARAÑA

Búrov se cubrió la cara con sus anchas manos y permaneció unos momentos sin moverse. Luego, como si se acordara de súbito de la presencia del otro, se echó a reír, y sus ojos, chispeantes de ironía, se clavaron en Horohorin con una expresión de gratitud por el tacto de que había dado muestra.

—Ayer mismo he recibido una carta de mi hermana. Por algún motivo que ignoro se le ha ocurrido recordarme los días de mi infancia. Me ha recordado que solían burlarse de mí llamándome «maestro ciruela». ¡Simplemente porque era serio y porque amaba los libros! En fin, ¿qué se le va a hacer? Yo creo que vivía haciendo honor al apodo. Mi hermana me recuerda que siendo muy pequeño solía ir al estanque a coger ranas para realizar experimentos de anatomía y que las instalaba en una jarra de cristal donde las estudiaba. Una multitud de chiquillos andaban siempre detrás de mí. Y cuando cogía ratones los conservaba en una caja de dulces que le quitaba a ella del tocador. Una vez que había terminado tenía cuidado de devolver la caja a su sitio sin darme cuenta de que estaba manchada de sangre y sin pensar que no podía ser nada agradable tenerla encima del tocador...

Búrov se sonrió y agregó:

—Sí; sin duda podría y debería haber sido un sabio notable...

—Todavía lo es usted —dijo Horohorin.

—¿Pretenderá usted hacérmelo creer después del incidente de la facultad de la fábrica?

—De eso sólo tiene la culpa su desdichado amor...

—¡Eso no es amor! —interrumpió secamente Búrov—. No es más que pura atracción... Nunca saldrá de ahí nada nuevo.

—¡Esto es horrible! ¡Y usted se da cuenta de que es horrible! Es lo que no me explico —exclamó Horohorin con agitación.

—¿No se lo explica usted? —preguntó Búrov mirándole fijamente con ojos que parecían vacíos como si estuvieran clavados en algo ajeno al momento—. ¿No se lo explica usted? ¡Tampoco yo me lo explico!

Horohorin no tuvo sino una vaga idea de lo que quería decir y de lo que le hacía reírse. Búrov lo notó y, mudando de conversación, dijo en tono diferente:

—En la sencillez de las relaciones que existen entre los jóvenes de la Universidad he observado una buena cosa: el espíritu de independencia. El muchacho que se entiende con una muchacha no la considera con un sentimiento de propiedad privada. Ya no se emplean esas expresiones absurdas y anticuadas de: «Me he entregado a él», o «Ella me pertenece»... Nadie se entrega, nadie le pertenece a nadie...

Horohorin, complacido por las palabras del profesor, alzó los hombros y dijo:

—No hacen más que unirse y separarse: es muy sencillo.

—Sería preferible que no fuera tan sencillo. Consideran la cosa demasiado simplemente, y por eso mismo se unen demasiado pronto y demasiado pronto se separan, no comprendiendo que el acto sexual no es algo en sí, sino un proceso de creación...

Horohorin se sonrió en silencio. Pensaba en que como estudiante de Medicina tenía a su disposición tantos remedios seguros contra los inconvenientes de esta naturaleza que no valía la pena hablar de ello. Búrov, con la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y, recalcando mecánicamente cada palabra, dijo:

—Pero incluso usted tendrá que luchar contra el sentimiento heredado de que una mujer le pertenece... Es una lucha durísima. Le es a uno mucho más fácil trastocar sus ideas y pedir el retorno de los derechos arcaicos. Lo pide uno suplicando, implorando, rebajándose de toda clase de maneras... Sólo Dios sabe lo que no hará un hombre por tener derecho a decir una vez más: «¡Mía!».

Horohorin se estremeció. Las complicadas palabras que profería Búrov en su ligera embriaguez no eran del todo claras. Pero el súbito recuerdo de la serie de pequeñas indignidades que le habían sobrevenido y le habían herido aquella misma noche —Vera, la escalera, Ana—, todo esto le hizo mirar una vez más con horror y desesperanza a Búrov.

—A mí me parece algo asqueante, terriblemente asqueante —prosiguió Búrov en voz baja— que un hombre no pueda dejar



a una mujer que no le necesite... Y yo he conocido a muchos hombres de éstos. Por el día, en la oficina, detrás de mesas cargadas de teléfonos y montones de cartas pueden hacer grandes cosas... Frecuentemente son hombres listos, verdaderamente grandes... Pero por la noche cualquier muchacha estúpida y de cabeza vacía puede volverles locos, puede obligarles a hacer lo que ella quiera... Luego le abandona, y el hombre grande e inteligentísimo corre de un lado a otro como un loco, la persigue, abandona su trabajo, se arrastra de rodillas, ruega, suplica, implora... Y usted mira a la muchacha y se pregunta: «¿A qué demonios vendrá todo esto? No tiene nada de interesante: una nariz respingada, ningún cerebro, a veces una inmoralidad absoluta...». ¡Es horrible!

Búrov se encogió de hombros y se estremeció como si quisiera sacudirse un sufrimiento interno:

—En tales ocasiones puede uno matarla y matarse... O sólo a ella. Es un círculo vicioso, una tela de araña... Todos nosotros, los que seguimos imbuidos del sentimiento de la propiedad privada, caemos en ella tarde o temprano... Y esto no es amor; es otra cosa. ¡La escueta atracción animal! Ella es la que despierta en el hombre el deseo de la propiedad. ¡Ándese con cuidado!

—Usted mismo acaba de decir que la sencillez de nuestras relaciones nos inmuniza contra eso...

—Cuando esta sencillez es natural en uno y cuando uno es honrado consigo mismo... Pero si con esta sencillez y con palabras despectivas únicamente encubre usted su falta de fuerza de voluntad, su relajamiento..., en ese caso, ¡ándese con cuidado, Horohorin!

Horohorin se le quedó mirando compadecido. El rostro de Búrov, con las profundas arrugas que en él había impreso el sufrimiento, inspiraba en aquel instante verdadera lástima. Pero, irritado y defraudado por la blandura del hombre, Horohorin se limitó a decir:

—¿Cómo ha llegado usted a ese extremo?

Pero en voz más suave, para mitigar la dureza de sus palabras, agregó:

—Diga, Búrov, ¿cómo le ha sucedido esto?

—Ha sido muy sencillo... Todo ha empezado porque todo el mundo me llamaba profesor y quería mostrarme los verdaderos goces de la vida... En aquel entonces, dicho sea de paso, se creía necesario para la salud de todo joven visitar una casa de mala fama... En nuestra escuela el más simple grano se consideraba como prueba suficiente de que a un muchacho le hacía falta una mujer... El relajamiento sexual era una especie de virtud: no es de extrañar que durante varios siglos Don Juan haya sido el héroe de los poetas... Pues bien, yo también me relajé... ¡Es triste, es doloroso que en nuestros días nadie pensara en la educación sexual de los niños y los adolescentes!

Horohorin asintió con la cabeza. Búrov, sin tratar de disimular su agitación, que poco a poco iba transformándose en una amarga cólera, prosiguió su historia:

—Más exacto sería decir que todo el mundo tenía sus ideas sobre la cuestión... En nuestro colegio suscitaba la envidia de todos un condiscípulo nuestro cuya madre tenía una criada muy hermosa... Incidentalmente esto beneficiaba al trabajo escolar del muchacho, porque la criada sólo se mostraba complaciente cuando llevaba a casa buenas notas: por debajo de sesenta puntos la muchacha era absolutamente inabordable...

Búrov bebió un sorbo de cerveza, y conteniendo un suspiro sonrió amargamente:

—No quería acabar de contarle mi historia, pero todo esto es digno de meditación. Pues bien, un día acudí a mi padre y le dije que había incurrido en un vicio muy corriente. Él me escuchó, se metió las manos en los bolsillos y se alejó diciendo: «¡Todavía vas a resultar un idiota!».

—¿Eso fue todo lo que le dijo?

—Eso fue todo. Nunca volvimos a hablar del asunto.

Horrorizado, Horohorin miró a Búrov, el cual, accionando los músculos de la cara, continuó su historia.

—El año pasado examiné con mis colegas en la Universidad el cuestionario referente a las cuestiones sexuales, y puedo asegurarle que no era el mío un caso excepcional: ocurre constantemente, pero se oculta con todo cuidado. Pregunte usted a los maestros que tienen ocasión de observar a niños y adolescentes; pregunte a los médicos que operan abortos en niñas de trece

años; hable con los especialistas en enfermedades venéreas... Es una desdicha que cuando se pierde una vez la facultad de disciplinarse sea muy difícil recuperarla. Cuando se ha ido muy lejos es prácticamente imposible... Seguramente sabrá usted que el noventa por ciento de las mujeres hospitalizadas en nuestras salas psicopáticas padecen diversas enfermedades psíquicas y nerviosas por motivos sexuales... ¿Conoce usted por un casual a Vera Vólkova? —preguntó inesperadamente.

Horohorin se quedó desconcertado y tardó un rato en contestar.

—No muy bien... Podrá parecer una coincidencia extraña, pero no la he tratado hasta esta tarde...

Búrov bajó la vista y con voz forzada dijo:

—¿La ha tratado usted de igual manera que todos los demás?

Horohorin se encogió de hombros.

—Yo no sé nada de todos los demás... —murmuró.

Búrov vació su vaso de cerveza y lo dejó en la mesa con tal fuerza, que se hizo añicos sin el menor ruido, como si fuera de barro. Echándose a reír llamó al camarero, que quitó los trozos de cristal y llevó otro vaso. Después de aquello parecía absolutamente inoportuno hablar con él de Vera.

—Ella también está enferma —dijo Búrov—. Yo la conocí en la clínica de un médico donde estaba sometida a tratamiento por una dolencia nerviosa... A veces es un resultado del aborto artificial... De todas formas en mi vida sexual hay algo de horrendo. Cuando aprobé los últimos exámenes en la escuela superior mi nodriza me dijo que no se me acogía nada bien en casa. Mis padres habían tratado de desembarazarse de mí de toda clase de maneras; pero había sido inútil... Yo me enteré de esto demasiado tarde, pues de lo contrario les hubiera librado antes de mi presencia.

Búrov se sonrió, con la mirada fija en los ojos de Horohorin, desencajados por el horror.

—No se asuste —le dijo secamente—. La cosa no es tan terrible. Todos nosotros hemos pasado por el callejón del Perro. El que más y el que menos ha pasado por él... Lo único que hay que hacer cuando se llega allí es saber dominarse a tiempo. Cuando termine el año escolar, en mayo o en junio, me iré al Sur. ¡Es

cosa decidida! Creo que hasta el consejo ha dado algunos pasos en este sentido de una manera extraoficial.

—Sí; algo se ha dicho de eso.

Horohorin se quedó silencioso. Por un momento se enorgullecíó de su superioridad sobre aquel hombre enfermo; pero inmediatamente, como el destello de un relámpago, surcó su mente el recuerdo de toda aquella noche y se quedó aterrado: por él, por Búrov, por todos los hombres como ellos que se hallaban cogidos en la tela de la monstruosa araña blanca y engañosa llamada sexo, que sorbía, no la sangre, sino el cerebro; lo mejor del hombre: el cerebro.

No veía muy bien a través del aire gris cargado de humo y de vaho, y se le figuró que el rostro de Búrov comenzaba a flotar y lividecer, convirtiéndose en una cabeza de araña. El tintineo de los vasos le volvió a la realidad. Cogió el suyo y lo vació de un trago. Esto le reanimó.

—¿En qué pensaba usted cuando vino aquí? —preguntó Búrov.

—¡Oh! No me acuerdo.

—¿No puede usted intentarlo?

Horohorin pensó en Ana, en la Petrova, en las mujeres del dormitorio, en todas las casas, en todos los cuartos, que no querían salvarle de la horrible reacción que estaba padeciendo Búrov; pero no se sentía con fuerzas suficientes para hablar de ello. Se frotó la frente con una mano que ardía, y se quedó mirando a Búrov.

—He entrado aquí para ver si podía encontrar una mujer adecuada...

—¡Oh! —dijo el otro con indiferencia—. Háblele al encargado... Le buscarán alguna... Conocen a todas ellas. Yo me retiro...

Búrov se levantó con un movimiento seco, pero estrechó cortésmente la mano de Horohorin.

—Adiós. No quiero molestarle en sus planes, y además ya es hora de que me vaya...

Al dirigirse hacia la puerta hizo un gesto al camarero, que le contestó con la respetuosa familiaridad debida a un cliente regular, y abrió un alargado cuaderno para anotar la cuenta.

Horohorin cambió de sitio, y, concluyendo la cerveza, miró al escenario, medio oculto por las cajas vacías, en el que acababa de aparecer una mujer muy maquillada con un traje escocés que dejaba al descubierto sus desnudas piernas.

El fatigado cuarteto comenzó a tocar una danza escocesa, y la bailarina se puso a girar en derredor, acompañada por la risa animadora de la embriagada concurrencia.



## SEGUNDA PARTE: GENTE SENSATA

### I UNA NUEVA VIDA

A medio kilómetro de la ciudad, en la misma orilla del Volga, semejante a una atalaya en la lejanía eternamente brumosa, álzase nuestra famosa fábrica de la Compañía Manufacturera de Starogradski. Cuando fueron echados los cimientos de esta gigantesca edificación de ladrillo de varias plantas, se encontraron vestigios de la invasión tártara bajo una fina capa de arena.

En la estrecha franja de la arenosa ribera, al pie de la montaña, se encuentran los muelles y las gabarras. Las gabarras desembarcan en la orilla pesadas balas de algodón, que parecen conservar aún el polvo del Turkestán. Los caballos de la fábrica, sudorosos por el esfuerzo, acarrean las pesadas cargas pendiente arriba.

El muelle amontona en los impacientes vapores carga tras carga de hilo recién tejido. Los grandes barcos, de imponente aspecto, transportan su cargamento río abajo durante un centenar de kilómetros hasta la aldea de Goli-Karamish, donde, en los ratos de ocio, centenares de campesinos tejen en sus chozas las incomparables telas de Starogradski, sirviéndose de simples telares de madera.

En la administración se enseña a todos los visitantes y curiosos grandes manojos de muestras de este duradero material. Y en la durabilidad, en la inagotable riqueza de los vivos colores y aun en la uniformada sencillez de los dibujos, exigida por el anticuado instrumental, el visitante no puede por menos de percibir el aroma de la antigüedad sepultado en las herbosas montañas del bajo Volga.

—No disponemos del equipo necesario —suele explicar uno de los directores de la fábrica—. Por eso ya no hacemos el tejido de seda... El tejido que se hace ahora no tiene el acabado debido...

Y con aire pesaroso, conduce a los visitantes hasta la puerta y se los confía al inspector, el cual guía a los excursionistas de uno en otro piso, descubriendo los secretos de la transformación del algodón en el más fino de los hilos.

Entre la fábrica y la Universidad, entre el pueblo que se había formado en torno a la fábrica y el club de los estudiantes, existían relaciones de gran amistad, que dieron motivo a que a su debido tiempo fuera construida la Universidad. Mediante una decisión del soviet municipal, el dinero recibido por renta territorial de la fábrica era entregado para atender las necesidades de las diversas organizaciones estudiantiles.

Después de la revolución, las relaciones amistosas y sociales que unían a la fábrica y a la Universidad adquirieron una base más sólida, que todavía conservan. Conviene llamar la atención del lector acerca del hecho de que uno de los rasgos sobresalientes de la vida de nuestra Universidad es esta estrecha relación con la fábrica, factor totalmente inadvertido por todos los investigadores que, a raíz de la misteriosa y horrible tragedia que tuvo lugar, vinieron a estudiar la vida de la gente joven.

Estas relaciones nacieron de una manera espontánea, sin que ninguna de ambas partes hiciera el menor esfuerzo por motivarlas. Fueron iniciadas por los estudiantes procedentes de la fábrica y fortalecidas por el espíritu de rivalidad entre los equipos de fútbol, entre los patinadores, esquiadores y jugadores de ajedrez, que andaban siempre compitiendo unos con otros. Por último, fueron difundidas entre la masa estudiantil y obrera por nuestro grupo de aficionados al teatro.

Este grupo, organizado en el club de los estudiantes, donde teníamos un escenario reducido y pobremente equipado, no estaba mal del todo. (Más tarde representó la obra a que ya hemos hecho alusión, que estaba consagrada a estos mismos acontecimientos.) Este grupo tomaba parte en todos los estrenos del club de la fábrica, que en tales ocasiones se llenaba por completo de obreros y estudiantes.



Si se recuerda que todos los estudiantes comunistas eran enviados regularmente a dar cursos nocturnos en el club de la fábrica, así como a las conferencias voluntarias pronunciadas allí por profesores de la Universidad, se pondrá de manifiesto el importantísimo papel que desempeñaba la fábrica en la vida de la Universidad, así como la función que la Universidad desempeñaba en la vida del pueblo fabril, por no hablar del club obrero.

Horohorin formaba parte de los estudiantes que enseñaban en la fábrica. Daba clases fijas de rudimentos de ciencia política a los obreros jóvenes. Así se daba el caso de que la noche siguiente a los acontecimientos ya mencionados tenía una clase en el club de la fábrica.

El automóvil de la fábrica, que era enviado siempre en busca de los profesores, le llevó al edificio en quince minutos; pero ni la alocada velocidad ni las ráfagas de aire frío, saturado ya de la humedad primaveral, parecieron reanimarle.

La sensación de repugnancia profunda con que había salido del pequeño pórtico del pabellón de madera situado a espaldas del café, donde complacientes prostitutas ayudaban a toda prisa a sus clientes a recuperar su equilibrio mental, no le había abandonado en toda la noche. Ni el jabón ni el agua caliente consiguieron librarle de la sensación de suciedad. Con esta sensación se quedó dormido al amanecer, y con la misma sensación se levantó de noche, cuando oyó el ruido del motor delante de su puerta.

Mientras le llevaba por las amplias calles, el automóvil retemblaba y escupía. Horohorin no prestaba atención, no veía las calles, sino que con los ojos fijos en la espalda del chófer se absorbía en sus pensamientos, como si se preparara para lo que había de decir en clase.

—Búrov debe de tener razón... Sí; tiene razón —se dijo, recalcando mentalmente cada una de sus palabras—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido pensar nunca en ello? El acto escueto no sirve de nada, no calma a nadie. Por el contrario, lo que en realidad pasa es que por dentro todo entra en pugna...

Se acordó de Ana y, naturalmente, de Vera: todo había terminado por lo que se refería a las dos. Ana era terca: no era

posible convencerla ni tampoco valía la pena intentarlo. Vera se reía y se burlaba —no cabía la menor duda de ello—, y, además, pensar en ella significaba pensar en Búrov, en la araña, en el pabellón de madera, en todas aquellas cosas que se congregaban en una sola, personificándose en la horrenda imagen de una araña agazapada en su tela.

—No; tendré que empezar una nueva vida —decidió Horohorin—. ¡Hay que empezar todo de nuevo!

La idea de una nueva vida implicaba el problema de una nueva mujer: era imposible prescindir de este requisito. Horohorin no abrigaba ninguna duda sobre el particular: no siendo así no podía haber equilibrio mental, y sin equilibrio mental no era posible ningún género de vida ni de trabajo.

—Eso significaría verse como Búrov —pensó malhumorado, apeándose del coche—. ¡Nada menos!

—Hemos llegado demasiado pronto —dijo el chófer—. Todavía están trabajando. Pase usted a la oficina...

Horohorin sentía frío. Entró en la oficina, pero en ella no hacía mucho más calor. Al cabo de un corto rato subió los escalones de hierro y se puso a pasear por la fábrica.

Concluyendo su última hora, millares de husos zumbaban con un interminable y monótono rumor, que llenaba por entero los cinco pisos. Costaba trabajo hablar y era imposible oír. Horohorin sonreía en silencio a los obreros a quienes conocía, y cuando le decían algo se limitaba a saludarles con la mano. Anduvo de piso en piso, admirando las notables máquinas que trituraban gigantescas montañas de algodón y observando los centenares de ágiles manos que sacaban los carretes completos.

Horohorin pensó en el Volga, en las estepas, en el tejido casero, que había sido hecho famoso por tejedores cuyos huesos se pudrían en la tierra vecina.

En el último piso, una muchacha que, llevando a la cabeza un pañuelo de color rojo vivo, con los brazos desnudos y la garganta al aire se encontraba de pie entre dos máquinas, le hizo pensar en los bateleros del Volga, amantes de la libertad, que habían transmitido a sus descendientes un apasionado deseo de vivir y la alegre energía de triunfar riendo.

Horohorin se la quedó mirando con envidia. La muchacha bajaba por un estrecho pasadizo, y al pasar por delante de un joven le puso los brazos en los hombros. Este movimiento bastó para reavivar en Horohorin el apasionado deseo de una mujer.

La muchacha reparó en él y le saludó con la cabeza. Horohorin la contestó reconociéndola: era una de las alumnas de su clase.

—¡Busca y encontrarás! —pensó, y sonriendo a la muchacha siguió andando.

Ella alzó la voz;

—¡Vamos a acabar enseguida!

Horohorin volvió la cabeza, reparó en la mirada sombría y colérica de un obrero que le seguía y no contestó. Un instante después la sirena, como un eco lejano, ahogó los ruidos de la fábrica, y una tras otra las máquinas se detuvieron. Horohorin, entre una multitud de obreros que llenaban los estrechos peldaños de hierro, se dispuso a salir de la fábrica.

—¡Camarada Horohorin!

Volvió la vista casi seguro de que era ella y vio que no se había equivocado. Abriéndose paso entre la gente, la muchacha llegó hasta él.

—Vamos a lavarnos un poco y bajaremos al club. No empiece sin nosotros...

Horohorin asintió con la cabeza, sintiendo que aquel ruido familiar de la activa fábrica, saciado de esfuerzo físico, le reanimaba. Sonrió a la muchacha, e inclinándose hacia ella como el viajero del desierto sobre una insospechada fuente, dijo:

—Claro que me esperaré.

Y luego agregó inquisitivamente:

—¿Varia?

La muchacha se echó a reír, pero sus ojos fulguraron con esa alegría especial que sienten los niños cuando se les habla como a personas mayores: una agradecida prontitud para contestar con devoción.

—Sí —dijo—. ¿Cómo es que se acuerda usted?

—Pues ya ve usted.

—¿Y mi apellido?

Horohorin titubeó un instante, y luego exclamó como un hombre que se zambullera en agua fría:

—¿Su apellido? Ya me acuerdo: Polovtsova.

La sólida masa de gente que bajaba la escalera les obligó a juntarse, y caminaron uno al lado del otro, tropezándose entre sí y con los demás. Horohorin se inclinó hacia ella y le cuchicheó al oído con tono casi excitado:

—El verano pasado vino usted a verme para pedirme unos libros para su biblioteca, ¿no se acuerda?

—¡Ya lo creo!

La muchacha levantó la vista, henchida la mirada de admiración. Por un fugaz instante Horohorin pensó: «¿Cómo podría...?». Pero dijo alegremente:

—Y yo pensaba venir a la fábrica un par de días después para ir a dar un paseo en barca con los muchachos...

—¡Pero no vino!

En la voz de la muchacha se percibía un matiz de resignación y de contristado reproche. Horohorin se palpó suavemente el pecho: el corazón se le encogió, acometido por una fría oleada de pesadumbre.

—Sí; tuve que marcharme —contestó—. Tenía que hacer un trabajo en el campo... Y lo mismo me pasa ahora: sólo trabajo, estudios, el diablo sabe qué más, y sin disponer de tiempo ninguno para mí mismo.

Dejó caer la mano y oprimió la de la muchacha:

—Ahora nos veremos con frecuencia, ¿verdad?

Ella se ruborizó y no contestó, pero no retiró la mano. Deteniéndose junto a la puerta, Horohorin dijo con sencillez y sinceridad atrayentes:

—Precisamente ahora necesito una amiga, una amiga como usted... En cuanto penetro en la fábrica me siento completamente distinto. Aquí hay gente de verdad, una vida verdadera. No como en la Universidad...

La muchacha permaneció en silencio con los ojos bajos hasta que le oyó a Horohorin preguntar:

—¿Le gustaría que estudiáramos, que pensáramos, que paseáramos juntos? Tengo que venir aquí más a menudo, pero no quiero estar solo. ¿Quiere?

—Claro que sí —contestó ella.

—¡Y necesito una amiga, necesito una amiga! —repitió oprimiéndole las manos—. ¡Si supiera usted cómo la necesito!

—Tal vez necesite yo también un amigo —contestó ella con una especie de audacia infantil en la voz, retirando las manos.

—¡Varia! —exclamó él, agradecido.

Ella se echó a reír y se alejó; pero esta fugaz conversación bastó para que Horohorin se acordara de la muchacha siempre que pensaba en su nueva vida: se acordó de ella camino de la clase, en el club, durante toda la noche.

El automóvil llegó más temprano que de costumbre, y Horohorin sintió tener que terminar la clase.

Dieciséis muchachos que llevaban corbata roja le acompañaron hasta la puerta del club, mezclando risas y bromas con sus preguntas. Varia les siguió hasta el pórtico. Sonriéndose como un viejo amigo, Horohorin le estrechó la mano, y los ojos centelleantes con que ella le siguió parecían sonreír al universo entero.

—¿El miércoles? —exclamó ella.

—¡Sí, el miércoles, como de costumbre!

El automóvil carraspeó, se estremeció y echó a andar. Horohorin se encasquetó el sombrero, se subió el cuello, se enrolló la bufanda a la garganta y guareciéndose en el calor de sus ropas permaneció todo el camino sin moverse.

Alegremente llamó a la pequeña puerta de la casa en que vivía. La patrona le abrió la puerta con desusada prontitud.

Haciendo crujir bajo sus pies las congeladas tablas, Horohorin entró corriendo; pero ella le detuvo:

—Le están esperando a usted.

—¿Quién? —preguntó él casi gritando, mientras el corazón le daba un vuelco.

La patrona meneó la cabeza. Precipitadamente, Horohorin franqueó el oscuro corredor y penetró en su reducido cuarto. Hallábase éste a oscuras y sólo penetraba en él a través de la ventana la luz borrosa de la calle; pero ésta bastaba para que Horohorin reconociera a su visitante, sentada a la mesa: era Vera Vólkova.

Atónito, se detuvo en el umbral. Vera se le quedó mirando con curiosidad. Horohorin balbució:

—¿Cómo está usted?

Vera se echó a reír.

—¡Es usted un hombre extraño, Horohorin! ¡Cuando no debe, se quita usted casi todo; y cuando debe, ni siquiera se quita usted el abrigo! ¿Está usted en sus cabales?

Horohorin se aproximó a ella:

—Vera, ¿por qué ha venido usted aquí?

Hablaba con voz entrecortada. Vera volvió la cabeza, no sin un tierno recato, y quedamente, casi con resignación, contestó:

—¿Tiene usted que preguntarlo?

—¡Vera!

Horohorin dio un paso hacia ella y se apartó luego otro paso, se quitó el abrigo, el sombrero y la bufanda, los arrojó en un rincón, y después, por vez primera en su vida, cayó de rodillas delante de una mujer. Esto pareció conmover a Vera. Ella le acarició la cabeza y la puso en su regazo.

—La verdad es que eres muy cariñoso.

—¡Vera! —exclamó él separándose—. ¡Vera! ¿Por qué has venido aquí? ¿Para hablarme de Zoya Ossokina? ¿Para burlarte de mí...?

—¡Para lo primero, lo segundo y lo tercero! —dijo ella.

—¿Y lo tercero? —exclamó él.

—¡Y lo tercero! —contestó ella resueltamente, pero con cierto temblor en la voz.

—¿Y vienes a verme...?

Ella le miró con enojo, pero acto seguido se sonrió:

—Mientras Zoya Ossokina esté conmigo tendré que venir a verte; no hay otro remedio...

—¿Y después de que se vaya?

—Después vendrás tú a verme a mí... Pero, después de todo, ¿por qué discutes? —agregó ella irritada—. ¿Por qué?

Vera desplegó su abrigo de pieles y con agilidad de serpiente lo dejó caer de sus hombros. Horohorin, más que verla, adivinó la bata de vivos colores. Entonces se abalanzó sobre el pecho de Vera y, bruscamente, riéndose de alegría, con la misma facilidad y sencillez con que trataba a Ana, arrastró a Vera a su lecho.

## II LOS QUE AMAN

Aquella noche era decisiva para nuestro torneo de ajedrez y el club se llenó mucho antes de la hora señalada para empezar. Aunque los que habían seguido el torneo no dudaban apenas del triunfo de Korolev, su partida con Ochkin, que ya entonces era considerado un maestro del arte, había suscitado un interés excepcional, sobre todo a causa de la exhibición que había hecho Korolev durante el torneo.

Una vez que Korolev consiguiera el campeonato de nuestra ciudad y posteriormente de las provincias del Volga, se esperaba poder enviarle a Moscú al torneo entre las ciudades; pero los acontecimientos que entre nosotros tuvieron lugar nos impidieron llevar a cabo este proyecto. Para nosotros era indudable que la reputación del joven mexicano que había llamado la atención del mundo entero no hubiera quedado intacta de haberse hallado presente nuestro campeón.<sup>1</sup>

Aquella noche Korolev estaba excitado y un tanto nervioso. Se frotaba las manos, trataba de reír y bromear; pero contestaba a las preguntas como si no las oyera y ni siquiera reparó en Zoya hasta que ésta llevaba ya un rato en el club.

Cuando al fin la vio se estrecharon la mano y él dijo en voz baja:

—Me alegro mucho de que hayas venido. Haz el favor de no marcharte hasta que termine la partida.

—¿No perdiste ayer?

—No —contestó él.

Luego la miró a los ojos, se echó a reír de súbito, y dijo con sereno aplomo:

—Tampoco ahora voy a perder. Tú me has traído nuevas fuerzas. Lo noto.

---

<sup>1</sup> Seguramente Carlos Torre Repetto, joven ajedrecista retirado a los veintidós años de edad, y que precisamente había competido en un torneo internacional en Moscú en 1925, quedando en la quinta posición. | N. de la E.

Inmediatamente se apartó y, como si anhelara probar sus energías, exclamó:

—¿Cuándo vamos a empezar? ¡Ya es hora!

—¡No ha venido Ochkin! —dijo el director con un gesto desesperado.

—¿Dónde está?

—No ha llegado todavía.

Gretz, que se encontraba en la sala, se acercó y dijo:

—¡Anda! ¡Pues yo le he visto hace una hora viniendo hacia aquí!

—¿Iba solo?

—¡No, con la Grinevich!

El director silbó entre dientes y meneó la cabeza.

Korolev se encogió de hombros y murmuró enfadado:

—No sé cómo no se cansan nuestros muchachos de correr detrás de las faldas. Esa chica no es más que una muñeca...

—¿No se habrá olvidado del torneo el maldito?

—Es posible —dijo Gretz riéndose—. Una vez se olvidó de la diferencia entre su bolsillo y el tesoro.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Korolev—. ¿Qué ocurre?

—Horohorin es el que lo ha dicho. Yo no lo sé. Lo único que yo sé es que Berg se ha encargado ahora de los fondos... ¿De dónde si no iba a sacar toda esa ropa y esas corbatas?

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Qué le pasa a Horohorin?

—Aquí estuvo anoche delirando como un loco; pero hoy no ha aparecido. Ana le ha mandado a paseo. Eso es lo que le pasa.

Disgustado, Senia se abrió paso entre los estudiantes que escuchaban, y ya se disponía a alejarse cuando el director gritó:

—¡Vamos a empezar! ¡Aquí está Ochkin...! ¡Sentarse, camaradas!

Todos los presentes se tranquilizaron. El roce de pies cesó. Rodeados de un tropel de espectadores, los jugadores se sentaron a la mesa.

Zoya se metió en primera fila, y se dispuso a contemplar el juego.



A Ochkin le tocaron las blancas. Uno que estaba detrás de Zoya lanzó un suspiro de compasión por Korolev, pero inmediatamente otro cuchicheó enfurecido:

—¡No le entierres tan pronto! ¡Fíjate cómo ha empezado!

El acicalado adversario de Senia comenzó con un caballo. Este moderno movimiento tiene por objeto abrir paso a la torre; pero amortigua el desenvolvimiento del centro y debilita el peón.

Dándose cuenta de pronto de lo que estaba haciendo, Ochkin se puso a jugar con cuidado. La concurrencia se quedó silenciosa. Al decimocuarto movimiento, después de enrocar, movió el peón y bloqueó el alfil. La jugada de Senia no ofrecía dudas: acompañado de un murmullo general de aprobación de los presentes movió el caballo. A partir de entonces, el ala derecha de las blancas quedó bloqueada y bajo una amenaza constante.

Ochkin encendió nerviosamente un cigarrillo. Senia fortificó su posición antes de iniciar el ataque final. El avance, bien planeado, no comenzó hasta la jugada vigesimoprimer. No sabiendo cómo salvar el rey, el caballo blanco empezó a saltar de un sitio en otro.

—Ya es tarde —cuchicheó alguien a espaldas de Zoya.

Las negras iban dando cuenta magistralmente del enemigo. Aun con la ventaja de una pieza, Ochkin no tenía la defensa necesaria. Antes de que la concurrencia pudiera pensar en un final hermoso y enérgico se levantó.

—¡Renuncio a seguir! —dijo con voz ronca.

Una ovación atronadora acogió a Korolev, que se levantó para estrechar la mano a su adversario. Aceptando las felicitaciones, se abrió paso hasta donde se encontraba Zoya.

—Ochkin ha jugado muy mal —dijo precipitadamente—. ¿Qué demonios le pasará hoy? Yo no sabía cómo se me iba a dar, pero la cosa ha resultado sencillísima... ¡Yo que contaba con un empate! Vámonos de aquí porque si no, no van a terminar nunca las felicitaciones y las conversaciones... En realidad, no hay motivo para ser felicitado.

—Puede que no haya motivo para ser felicitado; pero toda jugada perfecta es hermosa —dijo Zoya cuando hubieron salido

del club y caminaban por la silenciosa calle—. Cuando se trata de una verdadera obra maestra —agregó— no importa en qué consiste. Puede ser un zapatero haciendo un par de zapatos o el doctor Samsónov operando a un paciente... Lo mismo da que sea jugando al ajedrez que recitando poesías: ¡el maestro conquista siempre el corazón de todos!

—¡Es un gran juego! —contestó Senia.

Sobre ellos se extendía un cielo altísimo tachonado de estrellas verdosas y alumbrado por una luna azul. En los resquicios de piedra de las calles brillaban algunas luces.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—Lo mismo da...

La calle desembocaba en una plaza negra. Zoya, un poco delante y apoyada en el brazo de él, encaminábase hacia una casa blanca con empinados escalones de piedra y blancas columnas. Dirigiendo una sonrisa a Senia, le dijo:

—¿Quieres que nos sentemos aquí un rato?

Senia no contestó, pero extendió su abrigo en uno de los escalones. Zoya se sentó a su lado. El muchacho le cogió la cara entre las manos y la volvió hacia él.

—¡Zoya!

—¿Qué?

Él se echó a reír.

—Lo único que siento es que no puedas ver tú lo hermosa que estás en este instante.

—¿Sólo en este instante?

Zoya tenía la cara junto a la de él, y sus húmedos labios le daban el vértigo. Senia colocó sus fuertes manos en los hombros de ella y la atrajo hacia sí.

—Dime, Zoya, ¿qué puedo hacer para que me ames?

—No tienes que hacer nada.

—¿Me amas, Zoya?

Ella no tuvo que contestarle: sus labios habían sellado ya los del muchacho. Por encima de su cabeza alzábanse las blancas siluetas de las columnas, que se perdían en los cielos, donde la luna recogía la luz verdosa de las enojadas estrellas.

En los ojos de Zoya brillaban lágrimas semejantes a gotas de rocío.

—Zoya, ¿por qué lloras? —exclamó él.

—No lo sé...

—¿No te ha besado nunca nadie?

—¡No! ¡Nunca!

—¿Tienes miedo de mí?

—No.

—¿Cuántos años tienes, Zoya?

—Dieciocho.

—¿Y no has amado nunca a nadie?

—No.

—Zoya, ¿por qué hay lágrimas en tus ojos?

—No lo sé, Senia. No lo sé...

La muchacha se apoyó en su hombro y se levantó:

—Vas a coger frío, Senia. Vámonos.

Zoya le abrochó el abrigo. Él le besó las manos y dijo con toda seriedad:

—Mi amor no ha de durar mucho tiempo: isólo hasta que me muera!

### III LA LLEGADA DE LA PRIMAVERA

Considerando el material correspondiente a las diferentes fases de los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en nuestra ciudad, nos encontramos con un rasgo redentor, que es el de no ser necesario relatar los hechos ulteriores con la misma minuciosidad con la que hemos tenido que describir los primeros.

Contando con la enorme ventaja sobre los demás de no tener que relatar lo que ya es de sobra conocido, podemos seguir directamente el curso general de los acontecimientos con la misma rapidez con que se desarrollaron en la realidad, teniendo en cuenta únicamente los hechos más importantes y aquellos que habían pasado inadvertidos o que no han sido descubiertos hasta ahora.

Pero sería pecar de injusticia con los diversos autores atribuir totalmente a la ignorancia los puntos flacos de sus descripciones.

Su deseo, tanto consciente como inconsciente, de aminorar la importancia de los acontecimientos, de amortiguar la acritud del problema, de reducir el alcance de las consecuencias y de considerarlo todo a la luz de un simple suceso criminal, que sólo merecía la atención de todos por lo difícil de la solución, desempeñaba también un importantísimo papel.

El simple hecho de que nuestro diario *La Tarde* utilizara estos argumentos para un folletín, confirma nuestra opinión.

Por el contrario, nosotros, que ya conocíamos la existencia de esas sociedades tituladas «Abajo el pudor» y «Abajo la inocencia», incluso antes de que fueran mencionadas por el camarada Bujarin en el informe por él presentado en el último Congreso del Partido acerca de las Juventudes Comunistas, y que probablemente sabíamos más de este asunto que lo que pudiera saberse en Moscú, no considerábamos en modo alguno el aspecto criminal de estos sucesos como un factor primordial y ni siquiera de importancia.

Nosotros no podemos concebir que se saque a los personajes principales de su ambiente, de su vida cotidiana y de su entorno, como suele hacerse en las historias policíacas estereotipadas. Por esto no podíamos prescindir de la población fabril, de Varia Polovtsova y de algunas cosas que hacen diferir nuestra historia del tipo usual de las noticias ofrecidas en el periódico corriente.

El resto de nuestra historia demostrará si nuestras ideas son acertadas o no.

En nuestra comarca —el bajo Volga— la primavera llega con cierta brusquedad. A continuación de las más duras heladas y de los más furiosos vendavales, el indolente sol surge de pronto en el cielo azul, y los carámbanos empiezan a caer en los montones de nieve formados bajo los aleros como si los cortara una mano invisible. El color de los caminos se torna más oscuro y éstos se van cubriendo de barro, que surge nadie sabe de dónde. Las carrileras se convierten en arroyuelos y pronto las calles enteras quedan cubiertas de agua. La falda de la montaña se llena de ruido con las minúsculas cascadas. En las aceras empiezan a bosquejarse oscuras sendas, y la gente joven abandona los chanclos y empieza a mostrarse con bruñidos zapatos de flamante aspecto.

Llega a hacerse insoportable contemplar a los niños en sus juegos callejeros a través de las ventanas cerradas y oscurecidas por la suciedad de todo el invierno.

La ventana de Vera llevaba abierta toda una semana y sólo era cerrada por la noche. Con un almohadón bajo el pecho, Vera descansaba sobre el alféizar, contemplando la calle.

Zoya se paseaba de un lado a otro de la habitación: sentíase como un gato que hubiera sido encerrado en una caja de madera sin motivo ni necesidad. Sentía deseos de arañar y de morder; pero comprendiendo que nada podía contra aquellas sólidas paredes, se limitaba a suspirar profundamente:

—¡Oh, querida! ¿Cuándo llegará el fin? Prometió venir aquí por la mañana.

—¿A qué viene lodo este alboroto, Zoya? La última vez que he visto a Horohorin me ha prometido que te concederían el reingreso.

—¡Ya no quiero reingresar!

—¿Qué es lo que quieres?

—¡Quiero trabajar! ¡No necesitar recomendaciones de nadie!

—¡Palabras, palabras, y nada más que palabras! —dijo Vera bostezando, y de súbito se echó a reír—. Pero si hablas en serio, ¿por qué demonios he ido yo a verle?

—¿Fuiste por causa mía? —dijo Zoya prestando gran atención.

Vera se levantó de la ventana y se quedó mirando a su amiga:

—¡No lo pienses! Hubiera ido a verle de todas formas: esto sólo fue un buen pretexto. Se volvió completamente loco... Querida mía, ¡cómo los odio a todos ellos!

—¿Por qué?

—¡Por lo de siempre!

—¿Las manitas y los piececitos?

—Sí, eso es —dijo Vera irguiéndose como si se dispusiera a sostener la sinceridad de sus palabras—. ¿Crees que hay más de dos de cada cien que vivan o se casen con una mujer con el objeto de tener hijos?

Zoya se sonrió:

—Yo creo que hay más de dos.

—Yo lo dudo.

Vera se llevó las manos a las sienes y meneó la cabeza.

—¡Zoya! ¡Qué repugnante es todo esto! Yo no tenía ninguna necesidad de semejante cosa hasta que me casé. Pero él me enseñó y me estropeó, y desde entonces la cosa ha seguido una y otra vez. ¡Cuánto tiempo absorbe esta repugnante vida privada! ¡Cuánta energía y cuánta fuerza nerviosa se lleva! Antes yo tenía energías suficientes para concluir mi trabajo en la Universidad. Con esta misma energía nerviosa hay gentes que escriben poesías, que pintan cuadros, que hacen cosas importantes. Pero ¿es lo que hacemos nosotros?

Entristecida, miró por la ventana y dijo:

—Ya viene Korolev.

Después se quedó silenciosa. Zoya salió al encuentro de Senia y los dos entraron juntos.

—Pues claro —decía él—. Pues claro, Zoya. Mañana puedes ir a la fábrica y empezar a trabajar. ¡Enhorabuena, enhorabuena! ¡Estás empezando una nueva vida, todo nuevo, real y verdaderamente nuevo!

Korolev sonreía y le oprimía las manos.

—Zoya, algún día me lo agradecerás. He jugado doce partidas de ajedrez con él antes de que pudiera hablarle del asunto. Confieso que nunca había pensado que pudiera sacar algo tan concreto de mis partidas de ajedrez —agregó riéndose y levantando el dedo—. ¡Pero no he hecho nada feo, camaradas! ¡He perdido sólo una partida! Y la he perdido honradamente. Estaba distraído y no le vi mover la torre —agregó con el aplomo de un profesional—. Ésa fue la única razón.

Zoya se puso a bailar por la habitación, y besó primero a Vera y luego a Korolev. Éste entornó los ojos, volvió a abrirlos y se quedó serio otra vez.

—Espera, espera un momento. Todavía queda otra cuestión importantísima. ¿Ha estado aquí Horohorin? —preguntó volviéndose hacia Vera, que meneó la cabeza negativamente—. No tardará en llegar. Tenemos que hablar antes de que se presente. Zoya, ¡has sido readmitida!

Vera ahogó un grito, y Zoya abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa.

—¡Tienes que elegir! ¡La fábrica o la Universidad!

Zoya repuso tranquilamente:

—Ya me he decidido: iré a la fábrica.

—¡Bueno! —exclamó Korolev—. Entonces voy a deciros lo que ha pasado en la reunión del comité central al estudiarse tu solicitud...

Senia se echó a reír, suspiró y comenzó a pasearse por la habitación, lanzando de cuando en cuando divertidas miradas a Vera, que se hallaba de pie junto a la ventana sin moverse.

—Horohorin se volvió loco y se presentó bajo una luz muy extraña. Antes de nada, agregó tal informe a tu solicitud que el presidente desencajó los ojos y dijo: «¿Por qué diablos la colocarán en primer término?». Luego recibieron poderosísimas recomendaciones del comité local. Una proeza magnífica, informaban de que tú no vivías ya con tu padre. Todos los del

comité se limitaron a encogerse de hombros y decidieron dirigir una reprimenda al comité de la Universidad...

—Temo que Horohorin se haya excedido —dijo Vera sonriendo.

—Verdaderamente viene hacia aquí como un conquistador.

Vera dio un salto y crispó las manos con tal fuerza que las falanges de sus dedos crujieron. La sangre afluyó a su cara, que enrojeció de tal forma que Zoya se la quedó mirando sorprendida. Esta mirada devolvió a Vera el dominio de sí. Sentándose dijo con una sonrisa altanera:

—Bueno; ya lo veremos...

Senia se volvió de súbito hacia Zoya.

—Así que ya ves, Zoya, puedes volver a la Universidad sin ningún inconveniente... Allí miran estas cuestiones muy sencillamente: ¿qué importa que él haya sido predicador? En primer lugar ya no lo es, y en segundo lugar ella no vive ahora con su familia... No tienes por qué ruborizarte. ¡Puedes elegir sin miedo!

Korolev se quedó delante de ella sonriendo y sin abandonar su tono jovial. En su fuero interno no estaba nada tranquilo, pues sólo deseaba una cosa: dejar que Zoya eligiera libremente. Le parecía que perdería la tranquilidad de espíritu para el resto de sus días si la influenciaba en uno u otro sentido en aquel momento. Apenas dudaba de su elección; pero sabía que con una palabra Zoya podría infiltrarle para siempre un sentimiento de duda acerca de su sinceridad.

La muchacha reflexionó un instante.

—¿Qué hay que elegir?

Senia no la comprendió y con mal disimulado azoramiento dijo:

—¡Decídate sin miedo, Zoya!

—Ya me he decidido.

—¿Qué has decidido? —preguntó él con impaciencia.

Ella se volvió hacia él con ojos que resplandecían como el cielo azul en el exterior.

—¡Ir a la fábrica! —exclamó ella—. ¡Ir a la fábrica, Senia! ¡Y ahora más que nunca! Quiero vivir, amar, estar alegre, trabajar



y acudir a la Universidad como todos los demás, no como una excepción...

Korolev se cubrió la cara con las manos y dijo:

—¡Basta! No hay más que hablar. Otra cosa ahora: he visto a Horohorin desde el tranvía, y por su expresión me figuro que venía hacia aquí. ¿Qué vamos a decirle?

—¿Qué quieres decir? ¿Si vuelvo o no a la Universidad?

—Sí, sí. Así quemaremos todos los puentes detrás de nosotros...

Zoya se acercó a la ventana y se quedó un instante pensativa.

—Lo más grave es —dijo— que voy a estar días y semanas sin ver a cierta persona...

—¿De quién hablas? —preguntó Senia con una sonrisa seductora de chiquillo.

—Eso es lo de menos —dijo ella volviendo la cabeza—. Lo importante es la cuestión en sí...

—Y además vas a estropear la piel de las manos...

Zoya levantó la cabeza.

—Senia, no me preocupan más mis manos que nada de lo que tenga que hacer para conservarme limpia y sana. Y el trabajo no es nada nuevo para mí. Hasta es probable que me encuentre mejor que ahora. Eso es...

Senia se acercó a ella.

—Así que la cuestión importante es si cierta persona va a ir a verte todos los sábados, ¿no es eso?

—¿Vas a ir, Senia?

—¡Es lo más probable, Zoya!

Zoya le oprimió las manos y se volvió hacia la ventana: ahora, sólo ahora, al cabo de dieciocho largos años de existencia, junto con el amor, invadía su ser una percepción profunda del atractivo de la calle, de la belleza del cielo primaveral, en comparación con lo cual todas sus experiencias anteriores resultaban insulsas y exentas de colorido.

—Bueno, ¿qué vamos a decirle a Horohorin, camaradas?

Vera, que había permanecido callada hasta entonces, saltó:

—¡Magnífico! ¿Te has decidido definitivamente, Zoya?

—Sí.

—¿Definitivamente? ¿No te lamentarás después de ello?

Zoya se sonrió con aire orgulloso. Vera agitó la mano.

—Entonces, bueno. Yo misma le hablaré a Horohorin. Todo saldrá a pedir de boca.

—Tú encárgate de hablarle —dijo Korolev dando permiso a Vera con fingida seriedad e importancia—. Y nosotros nos iremos, Zoya. ¿No quieres dar un paseo? ¡Hay charcos enormes, chicos que juegan en ellos y un sol radiante! ¡No vas a tener otra ocasión hasta el próximo domingo!

—Eso lo hará parecer todavía mejor.

—Ponte tus cosas.

Zoya se vistió con alborozada precipitación. Vera se la quedó mirando, así como a Korolev, que la ayudaba, y sintió envidia de los dos. Un pensamiento indefinible y desagradable surcó su mente. Sin sondearlo, se aproximó a Korolev, le asió por la manga y le gritó en pleno rostro:

—¡Escucha, Korolev! Si alguna vez..., si alguna vez... —y señaló a Zoya con la cabeza—. Si alguna vez le haces... hacer esto —y su voz subió históricamente de tono—, las manitas y los piececitos, te degollaré con mis propias manos.

Vera le soltó la mano y volvió a la ventana. Sorprendido, Korolev se volvió hacia Zoya. Ésta tiró de él calladamente hasta un rincón y le cuchicheó:

—No hagas caso... Habla de ella misma... Se refiere a los abortos. Cree que tú y yo..., que haremos lo mismo que hacen otros...

Senia comprendió muchísimas cosas. Reposadamente se acercó a Vera, le tocó la mano y dijo en voz baja:

—Escucha, Vera... Te doy mi palabra de honor de que no tendrías que hacer eso. Lo haría yo mismo mucho antes de que tú pudieras.

Vera se incorporó. Tenía el rostro humedecido como un día de primavera. Se sonrió.

—¡Qué felices sois!

Luego, volviéndose hacia la ventana otra vez, agregó quedadamente:

—Daría cualquier cosa por poder salir a dar un paseo por las calles como vosotros..., por contemplar todas las cosas con nue-

vos ojos, por comprender los juegos de los chiquillos... El sol calienta. La primavera se aproxima...

Una llamada en la puerta la interrumpió. Se acercó a ella, y después de preguntar quién era, echó el cerrojo inmediatamente y dijo en voz alta:

—Un momento. Me estoy vistiendo.

Senia la miró sorprendido. Ella le empujó precipitadamente y susurró:

—Salid por el gabinete. Allí hay otra puerta que da a la escalera de atrás... ¡No quiero que os vea! No quiero que sepa que me he enterado de nada. Marcharse.

Zoya y Senia salieron por el gabinete ahogando la risa y tropezándose en la oscuridad.

Vera cerró la puerta tras ellos, y al momento de salir la oyeron decir:

—¡Adelante! ¡Ya estoy preparada!

Cogidos de la mano como chiquillos, Korolev y Zoya bajaron la escalera riéndose.

IV  
LA ARAÑA TEJE SU TELA

Ya aquel día, todo el que hubiera observado atentamente a Horohorin hubiese podido notar el cambio que había sufrido: se estaba quedando flaco y pálido. Se movía sin su antiguo aplomo, tornábase acalorado, distraído e impaciente.

Ni siquiera la gran excitación que le consumía al entrar en el cuarto de Vera podía disimular su estado.

Vera le sonrió escépticamente mientras se saludaban.

—No parece que hayas recuperado el equilibrio mental —dijo ella.

Horohorin apretó los dientes y, sin contestarla, dijo:

—Ya he arreglado lo de Zoya Ossokina.

—¿De veras? Me alegro mucho —repuso ella con indiferencia—. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna —dijo él enarcando las cejas sorprendido—. ¿No deseabas que se hiciera?

—¿Por qué no había de desearlo? También tú lo has deseado y no cabe duda que habrás trabajado de firme por conseguirlo.

—Sí; pero...

—Sí; pero hay una cosa que no me explico —dijo ella interrumpiéndole—. ¿Por qué me traes a mí la noticia y no a ella?

—Lo he hecho por ti, Vera.

Ella se echó a reír.

—¡Vera! —exclamó él acercándose a ella—. Cuando viniste a verme..., incluso antes, dijiste...

Horohorin trató de cogerle las manos y atraerla hacia sí. Ella se apartó y se dirigió a la ventana.

—Escucha —le dijo indolentemente—. Escucha. Es verdad que he ido a verte; pero hay otras cosas que también son ciertas, querido...

Y mirando de soslayo agregó pensativa y quedamente como si hablara consigo misma:

—Otra de las cosas que son también ciertas es que hoy no te necesito, Horohorin.

Éste se quedó desconcertado. Sus brazos colgaron inertes. Completamente aturdido repitió:

—¿Que no me necesitas hoy? ¿Qué quieres decir, Vera?

Ella se encogió de hombros.

—¿No está claro, querido? Pues que no te necesito; eso es todo. No te necesito como hombre, y como persona en general no eres muy interesante, sobre todo en este momento. ¿Está claro?

—¡Vera!

Con los puños crispados avanzó hacia ella; pero retrocedió sin saber qué hacer.

—¡Qué demonios! —exclamó ella—. Vosotros los hombres podéis venir a ver a una mujer cuando la necesitáis. ¿Por qué no he de poder decirte yo que no te necesito?

—Sí; eso es lógico —repuso él con una sonrisa huraña.

—Entonces, ¿qué más quieres?

Horohorin descargó un puñetazo encima de la mesa:

—¡Yo no necesito una mujer! ¡Te necesito a ti!

Mirándole con fingida curiosidad, Vera le dijo tranquilamente:

—¡Por Dios, Horohorin! Supongo que no estás enamorado, ¿no?

Con un profundo suspiro Horohorin se sentó en el sillón, dejando caer las manos sobre sus rodillas como si fueran cosas inútiles y totalmente innecesarias.

—No lo sé. Pero no es posible que hagas eso, Vera. Me estoy volviendo completamente loco. Voy a las clases sólo con la esperanza de verte. He venido aquí dos veces, pero he visto a Zoya por la ventana y no he querido entrar... Me paso las noches sentado en casa y me estremezco cada vez que alguien llama a la puerta pensando que puedas ser tú.

Vera le interrumpió fríamente:

—Eso es inútil; no te preocupes, que no iré a verte más.

—¡Vera!

—Ya sé que me llamo Vera —dijo ella encogiéndose de hombros—. Y además, si te preocupa tanto, puedo asegurarte bajo palabra de honor que no iré a verte ni te invitaré...

—Supongo que habrá otros, ¿no?

—Claro. Siempre hay ranas donde hay una charca...

Horohorin se puso en pie de un salto.

—¡Una charca, una charca! Ahora lo has dicho: ¡una charca!

Horohorin se acercó a la ventana. Justamente delante de él se encontraba el arrugado almohadón en que había estado reclinada Vera. Dejó caer en él la cabeza y cerró los ojos.

—¡Escucha, Horohorin! —dijo ella a su lado, mirando tristemente por la ventana—. Tú eres un hombre atractivo y simpático y no debería costarte trabajo encontrar una mujer adecuada. Hay muchas mujeres como Ana para ir tirando... Tú no sabes lo que es el amor ni lo sabrás nunca. Yo he visto a otras personas enamoradas y sé lo que es eso. El amor las eleva, mientras que tú te dejas arrastrar por repugnantes deseos al fondo de una charca, porque has hecho bien en llamarla así. ¡Y no puedes imaginarte qué clase de charca es! Me has dado a entender que tenías algo que ver con una muchacha de la fábrica. ¿O sólo lo dijiste por hacerme rabiar?

Horohorin permaneció silencioso.

—¿Es verdad o no? —insistió Vera.

Horohorin asintió desesperadamente con la cabeza.

—Si se trata de una muchacha decente es una pena. Pero no creo que ninguna muchacha decente quiera tener nada que ver contigo, y si pertenece a alguna de vuestras sociedades será lo que a ti te hace falta, porque no mereces nada mejor. Se habla mucho de esas sociedades vuestras, todos sabemos lo que son... Son el producto de cerebros como el tuyo y el de Ana...

Horohorin levantó la mano y ella continuó precipitadamente:

—Sí; son el resultado de vuestras ideas sobre la simplicidad de las relaciones entre el hombre y la mujer. La lucha contra la burguesía, como dice Ana...

Vera se detuvo bruscamente y se echó a reír.

—¿Estoy filosofando demasiado?

Como si hubiera tomado una decisión, Horohorin se levantó y extendió las manos:

—¡Vera, vamos a vivir juntos! ¡Lo mismo que los demás! Vamos a casarnos si es necesario...

—¡Querido, vas demasiado lejos! No ya Ana, sino hasta Zoya se echaría a reír si se enterara de eso.

—¡Vera!

HoroHorin trató de cogerle las manos y de acercarse a ella, pero Vera le esquivó con delicada firmeza.

Por último, él se apartó y se quedó meneando la cabeza.

—¡No! ¡Es imposible vivir de esta manera, es imposible! ¡Vera! —exclamó en voz tan fuerte que ella tuvo un sobresalto—. ¡Vera! ¡No te das cuenta de que puedo marcharme en este mismo instante y nunca nos volveríamos a ver!

Vera hizo crujir sus dedos y le miró con sincera compasión:

—Querido, puedes hacer lo que gustes. Ya te lo he dicho: no te necesito más...

—¿Supongo que vendrá Búrov a sustituirme? —gritó él.

Ella se quedó sorprendida, pero no perdió la calma.

—Bueno, si ha de ser Búrov, que sea Búrov —dijo Vera lentamente—. ¿Qué más te da? Pero le tengo miedo —agregó inesperadamente—. ¿Qué es lo que le pasa?

—¡Es una araña!

—¿Cómo? —dijo ella sin comprender.

—¡Es una araña! —repitió él enfurecido—. ¡Una araña! ¡Una araña sexual!

Vera se sonrió y agitó la mano:

—¡Todos sois lo mismo, querido! Yo tengo motivos para saberlo porque he visto a muchísimos hombres. ¿Acaso no eres tú también una araña? —agregó volviéndose bruscamente hacia él—. ¿Qué dices de ti?

—¿De mí? —preguntó él aturdido.

—¡Sí, de ti! Mírate en el espejo, querido.

Y Vera agregó encolerizada:

—¡Márchate, HoroHorin! ¡Da asco verte!

Dicho esto se volvió hacia la ventana como si realmente esperara que él se fuera.

HoroHorin permaneció inmóvil inclinado sobre la mesa. Sentía que se estaba hundiendo en una charca inmundada y que todo desaparecía: el mundo, el sol, la primavera, el aire... Y sabía que sólo con que esta mujer le abrazara el sol volvería a resplandecer y el mundo entero recobraría su existencia.

Esta extraña sensación de dependencia le hizo estremecerse. Aquella mujer era como un nudo corredizo en torno a su garganta: casi le parecía asfixiarse.

En aquel preciso instante fue cuando por vez primera surcó su mente la idea de sacar la pistola del bolsillo y matarla a ella y suicidarse.

—Eso sería lo mejor —dijo en voz alta, tratando de asustarla.

Pero como ella no le hizo ninguna pregunta, Horohorin agregó:

—Adiós.

—Adiós, Horohorin.

Vera dijo esto tan simple y sinceramente que, casi fuera de sí de rabia, Horohorin se llevó la mano al bolsillo, en que le pesaba la pistola como una tremenda carga.

Ella se le quedó mirando con curiosidad, casi con miedo. Su mirada le hizo pensar a Horohorin en la otra muchacha: así le miraba Varia cuando él hablaba de la lucha de clases, del socialismo, del mundo futuro... Durante cada lección, se verificaba siempre un intercambio invisible: aquellos ojos, hinchidos de miedo, se encontraban con sus caricias.

Horohorin se avergonzó de sí mismo y de Varia. Sin proferir una palabra más salió del cuarto con hosca resolución, aunque no pudo resistir la tentación de dar un portazo.

Vera se encogió de hombros desdeñosamente, pero acto seguido se echó a reír, se dirigió a la ventana, se reclinó sobre el almohadón, y, apoyada en el alféizar, sin ninguna idea en la mente, dejó que sus ojos siguieran a las nubes en el cielo crepuscular.

El claro y rosáceo ocaso prometía un sereno día de sol.



## V HOGUERAS EN LA NOCHE

Las decisiones maduran en las noches de insomnio; pero, ¿cuántas personas las llevan a cabo en una mañana soleada, en una tarde muerta o a la borrosa luz de un crepúsculo misterioso?

Horohorin siguió moviéndose entre el callejón del Perro y la fábrica, apareciendo rara vez en la Universidad. Sentíase completamente aislado del resto del mundo: ni siquiera le interesaba el escándalo relacionado con el desfalco de la caja de los estudiantes. No le era posible recobrar su equilibrio mental, cosa de la que tanto se había enorgullecido siempre. Antes al contrario, comenzaron a surgir destellos de alucinada melancolía en las tenebrosas cuencas de sus ojos.

Sentía que iba perdiendo las fuerzas, y, después de dar orden a su patrona de que no le molestara nadie, se pasaba días enteros encerrado en su cuarto, y apretándose las sienes hasta que le dolían.

Nadie iba a verle. Luego, cansado de su desdicha y su inactividad, pretendía trabajar. El automóvil de la fábrica, que se detenía delante de sus ventanas y le conducía a los talleres, al club, al lado de Varia, le devolvía físicamente agotado, pero con una sensación de vacío en el espíritu: constantemente veía las blancas luces del callejón del Perro.

Mientras tanto, todo seguía en la Universidad su curso acostumbrado.

Nuestro grupo de aficionados al teatro se pasó toda la primavera ensayando la vieja obra *El pueblo de la fábrica*, destinada principalmente a los obreros.

Unas dos semanas antes de la representación, que había quedado señalada para fines de abril, justamente cuando los tilos están en flor y cuando la primavera amenaza transformarse en un calmoso verano, la ciudad quedó literalmente inundada de carteles, impresos en vivos colores, en los que se anunciaba la obra.

El sábado fue elegido como el día adecuado: venía después el domingo y luego dos días festivos de mayo, serie de fiestas que se celebraban desde hacía mucho tiempo en nuestra localidad con gran regocijo e imponente pompa.

Los obreros de la fábrica trabajaban en dos turnos. El sábado por la noche —día que se hizo memorable para muchos de los actores de nuestra historia— las ventanas del quinto piso de la fábrica proyectaron su luz hasta hora muy avanzada. Desde lejos, se fundían en una sola llamarada, que semejaba una hoguera en la montaña.

Korolev llegó a la fábrica mucho antes de que sonara la sirena. Anduvo paseándose por el pueblo, se bañó en la luz lechosa de los arcos voltaicos, bajó hasta el hospital a través de una arboleda, subió a la cresta de la colina, dio la vuelta a la escuela y volvió al punto de partida. Korolev comprendió por qué la fábrica parecía una vigilante hoguera en la infinitud de las estepas: en la iglesia de madera hallábase instalado el club obrero; en el campanario, en lugar de la cruz —símbolo de esclavitud y violencia— se alzaba una fina aguja con una bandera roja, que ondeaba al viento; en el sitio del altar se había consagrado un rincón a Lenin; a lo largo de las paredes había estantes de libros, y en el centro, una amplia mesa cubierta de revistas y periódicos.

Detrás de la valla se erguía un enorme columpio, donde, al fulgor de la hoguera nocturna, una muchacha risueña flotaba en la oscuridad gritándole a un muchacho:

—¡No puedo, no puedo! ¡Tengo que trabajar en el teatro!

Senia se detuvo y la siguió con la vista. De pronto, surgiendo nadie sabe de dónde, Zoya corrió hacia él:

—No nos habíamos puesto de acuerdo. Yo no sabía dónde íbamos a encontrarnos. Creía que vendrías al teatro.

Zoya respiraba con esfuerzo a causa de la carrera, y tendiéndole torpemente la mano agregó:

—¿Cómo estás?

—¿Sigues trabajando aún en la sala de clasificación?

Ella asintió con la cabeza y los dos echaron a andar juntos.

—Ése es un trabajo duro —dijo él—. Yo he estado allí trabajando seis meses. ¿Qué tal te encuentras?

Korolev hizo la pregunta con toda calma, pero Zoya reflexionó unos momentos antes de contestar: a su memoria volvieron todas las penalidades que había sufrido desde que había abandonado su casa. Con tono positivo, como si lo resumiera todo, contestó:

—¡Me encuentro espléndidamente, Senia! ¡De veras! Claro que el trabajo no es nada ligero... Las dos primeras noches no he podido dormir de lo cansada y lo excitada que estaba... Pero me siento muy bien. Ahora he trabado amistad con una muchacha de aquí y estoy mejor que nunca... Es una muchacha que está enamorada de Horohorin... —agregó quedamente.

A través de la oscuridad de la arboleda surgieron las luces de las ventanas del teatro y los sonos metálicos de una banda de música llegaron hasta sus oídos. Siguió una vereda y llegaron a la iglesia, la vieja iglesia, que ahora era utilizada para ensayos, para ejercicios gimnásticos y para reuniones del club. Sentados a la puerta, en bancos de color claro, una docena de obreros, que tocaban trompetas, flautas y tambores, estaban ensayando laboriosamente un aire marcial.

—Ahí tienes —decía Senia en voz baja cuando atravesaban la silenciosa y transparente arboleda—. Ahí tienes, me interesaba terriblemente que te decidieras por ir a la fábrica.

Zoya meneó la cabeza. Él la cogió del brazo y cuidadosamente la condujo por el sendero, cubierto de las hojas muertas del año anterior y de ramas secas desprendidas de los árboles.

—¡Te amo, Zoya!

Ella se estremeció cuando él le apretó más el brazo.

—Por eso me preocupaba tanto el asunto. Te amo y te amaré toda mi vida. Antes solía pensar que nunca podría enamorarme de una muchacha perteneciente a otra clase. Esas muchachas no me gustan, no puedo comprenderlas. Y tú eres una de ellas aunque te hayas vuelto de los nuestros...

Con tono serio, Senia prosiguió:

—Algunos compañeros nuestros tienen muy mal gusto. Andan siempre corriendo detrás de muchachas que no forman parte de su clase. Eso refleja un mal gusto tremendo. Es lo mismo que cuando en los viejos tiempos un conde se casaba con una criada. Toda la sociedad se escandalizaba: «¿Cómo demo-

nios será posible? Ese hombre se ha olvidado de todas las tradiciones. Es inadmisibile. Debería avergonzarse de sí mismo». Así es como miraban entonces estas cosas... Y nosotros debemos fomentar el mismo punto de vista. Pero tú eres de los nuestros: ¡tú eres una muchacha obrera!

Zoya se apoyó en su brazo y miró nerviosamente en torno suyo.

—Vámonos de aquí. Está oscuro y hay parejas detrás de cada arbusto.

Siguiendo la vereda, se acercaron a la entrada del teatro. Un tropel de muchachos andaba en derredor. En la taquilla se estaba formando una cola, y dentro del local, que todavía no había tenido tiempo de caldearse tras el severo invierno, los primeros espectadores iban ocupando sus sitios.

Senia tenía dos entradas laterales. Sobre la cabeza de Zoya colgaba un gran cartel blanco escrito con pretensiones artísticas: «Los niños menores de dieciséis años no son admitidos a las conferencias y a los mítines generales. Para ellos se anunciarán especialmente los espectáculos adecuados».

Zoya se sonrió. Las luces fueron encendidas e inundaron el teatro. Senia miró el cartel y Zoya le susurró al oído:

—¡Niños menores de dieciséis años! Anteaer, una niña, que no podía tener más de catorce o quince años, se presentó en el hospital de la fábrica y llamó a la comadrona, a la que dijo: «Quiero que me haga usted abortar; pero haga el favor de darse prisa, para no llegar tarde a la escuela». Ésas son las que deberían asistir a las conferencias en vez de ir al cine.

Al lado de ellos hallábase sentado un hombre de aire serio. Zoya dejó de hablar. Senia se volvió a su vecino y le preguntó:

—¿Vive usted aquí?

—Sí.

—¿Trabaja en la fábrica?

—Sí.

—También yo he trabajado en ella no hace mucho —dijo Senia riéndose—. Pero las cosas han cambiado bastante desde entonces. Precisamente ahora acabo de dar un vistazo a todo: el teatro, el club, el comedor, la cooperativa, hasta una barbería con espejos en las paredes. Una escuela, un hospital. Unos dor-

ditorios magníficos. No se encuentran habitaciones como éstas en la ciudad por ningún dinero. La verdad es que marchan ustedes bien.

—Nos hemos desembarazado del antiguo régimen para poder vivir mejor —contestó hurañamente el obrero volviendo la cabeza para otro lado.

Alguien abrió las puertas laterales; una ráfaga de aire húmedo penetró en el local. Zoya salió tranquilamente al pequeño balcón de hierro y se apoyó en la barandilla, mirando, más allá de las luces del pueblo, en la alegre oscuridad de la noche. Aun desde allí podía oír el rumor de la lejana orilla del Volga.

Zoya clavó la vista en la lejanía al tiempo que escuchaba la voz de Korolev, que sostenía una animada discusión con su huraño vecino.

—La bebida, ante todo, debilita a los luchadores —decía—. Debilita la voluntad. Un hombre borracho no puede responder de sí mismo. ¿Por qué bebía antes la gente? Entonces la vida era monótona, camarada. Entonces éramos esclavos... No había ningún rayo de luz y todo el mundo quería estar alegre... Cuando se tomaba un vaso todo aparecía mejor de lo que era... Ahora es muy distinto, camarada...

El teatro empezaba a llenarse de un rumor alegre. La voz de Senia iba haciéndose cada vez menos clara. Zoya no podía distinguir ya las palabras. De pronto oyó en la arboleda una voz dulce que acompañada por una guitarra cantaba la famosa canción de *Stenka Razin*.

La muchacha prestó atención y vio las olas del Volga devorando a la princesa persa. Entonces se le figuró sumamente sencillo y fácil renunciar a todos los placeres del mundo para consagrarse al deber y atender a la grandiosa lucha.

## VI INUNDACIÓN

Ana subía los crujientes escalones que conducían al pequeño balcón seguida de un hombre alto y musculoso que llevaba los brazos al aire hasta más arriba del codo. Zoya observó que durante la conversación que mantenían el hombre contemplaba a Ana minuciosamente de pies a cabeza: era evidente que acababa de conocerla.

—¿Tienes localidades? —preguntó Ana.

Zoya asintió con la cabeza.

—Yo no he conseguido una entrada a tiempo —dijo Ana, y mirando hacia abajo se asomó a la barandilla—. ¿Podría entrar contigo? ¡Este trasto tampoco tiene entrada! —agregó señalando al hombre, que se echó a reír.

—¡No vale la pena! ¿Es usted de la ciudad?

—Sí.

—¿Ha venido usted exclusivamente a ver la obra?

—¿Qué otra cosa puede verse aquí?

El hombre prescindió de Zoya por completo y se quedó al lado de Ana mirándola y hablándola.

—¿Es usted comunista?

—¿Y usted?

—¡Lo mismo!

—¿Para qué quiere usted ver la obra? —dijo él.—. ¿No ha visto usted nunca *El pueblo de la fábrica*? Mejor será que nos vayamos a dar un paseo.

—Ya habrá tiempo para pasear después de la representación —contestó Ana.

A Zoya se le figuró que el hombre se estremecía; pero luego se echó a reír y rodeó con sus brazos a Ana.

—¿Qué es lo que le pasa? —dijo Ana sin hacer la menor tentativa por libertarse—. Parece ser que tiene usted prisa.

—Hace frío aquí —dijo él bromeando.

—Ana —cuchicheó Zoya—, hay gente todo alrededor.

Ana se echó a reír, y mirando con súbito interés a una silueta que se paseaba abajo, dijo:

—¿Quién está ahí? ¿Lo ves tú?

—No.

—Me parece que es la muchacha de la fábrica. La he visto con Horohorin... Debe de estar esperándole.

—¿Por qué te interesa tanto?

—No me interesa nada. No hago más que hablar. Mejor será que te vayas adentro —dijo Ana, y dando media vuelta miró al hombre de pies a cabeza—. Bueno, ya que no podemos conseguir entradas nos iremos a dar un paseo. No es cosa de estarse aquí toda la noche.

—¡Vámonos a la arboleda! —suplicó el hombre excitadamente—. Allí están ahora todos nuestros muchachos... La verdad es que yo opino que ir al teatro no es más que una costumbre burguesa.

—¿Quiénes son los muchachos que están allí?

—¡Pues camaradas!

—¡Oh! —dijo Ana—. ¿No pertenece usted a ninguna sociedad?

El hombre pareció quedarse sin saber qué decir. Ella se inclinó hacia él.

—¿Es usted del club «Abajo el pudor»?

—¡Venga! ¡Podrá usted convencerse por sí misma!

Las puertas del teatro empezaban a cerrarse. Zoya saludó precipitadamente a Ana con la cabeza y entró en el local. Ana examinó una vez más al hombre, y echando a andar delante de él, dijo:

—¡Al diablo todo! ¡Vamos allá! ¡No es cosa de estarse pasmados aquí!

El hombre la siguió, pisando con estruendo los escalones. Zoya se asomó corriendo a la puerta y gritó:

—¡Entra, Ana! ¡Hay muchos sitios!

—¡No los quiero! —contestó Ana desapareciendo en las sombras de la espesura.

Zoya se volvió en silencio y se sentó. Los labios le temblaban de disgusto. Korolev la miró y le dijo:

—¿Qué te pasa?

Zoya le contó en breves palabras lo que acababa de ver. Él se limitó a agitar una mano:

—¡Bah! Durante una inundación sale a flote toda clase de morralla; pero vuelve a hundirse enseguida.

Horohorin apareció en el escenario y se adelantó a las candilejas. El público guardó silencio. Horohorin se apartó el pelo de la frente, se metió las manos en los bolsillos, volvió a sacarlas, y cuando se hubo acostumbrado un poco a la concurrencia, comenzó a hablar.

La gente rara vez presta atención a la introducción a una comedia, y precisamente aquella noche Horohorin tosía y tropezaba a cada palabra como si lo hiciera a propósito.

—El Partido va a retirarle del consejo —cuchicheó Korolev—. ¿Por qué diablos se habrá hecho todo añicos?

Horohorin se encontraba en ese estado de espíritu en que un hombre, aunque habiendo perdido el dominio de sí, puede verse a sí mismo igual que le ven los demás. Se daba cuenta de que estaba pronunciando un discurso lamentable y se esforzaba por acabar lo antes posible.

El local se estremeció con unos cuantos aplausos y volvió a quedarse mudo. Horohorin desapareció por una puerta lateral.

Se alzó el telón. Zoya puso su mano sobre la de Senia y le dijo con voz apenas perceptible:

—¿Cuántos actos?

—Creo que cuatro.

—No es mucho. A mí me da lástima siempre que se acaba la función. Quisiera seguir escuchando continuamente...

Durante el entreacto, que en todas las representaciones de aficionados dura muchísimo, Korolev y Zoya salieron a tomar un poco el aire. En torno a la entrada y en los balcones, cubiertos de una alfombra de cáscaras de cacahuets y pipas de girasol, hallábase una risueña y excitada muchedumbre de obreros, casi ocultos en una espesa nube de humo.

Korolev y Zoya se abrieron paso a través de la gente. A sus oídos llegaron fuertes bromas, indirectas, carcajadas e imprecaciones.

Senia encendió malhumorado un cigarrillo, y sin haberlo acabado lo arrojó al suelo.

—Vámonos adentro otra vez.

Silenciosamente, pasaron sentados el resto del entreacto.



VII  
LA EMBOSCADA

En cuanto Horohorin terminó el discurso abandonó sin dilación el teatro. Vera participaba en la obra y en aquel entonces no se encontraron ni él quería verla siquiera en el escenario.

No bien hubo franqueado la puerta se detuvo. Atraída por la claridad, Varia apareció inmediatamente. Horohorin corrió hacia ella al salir del pórtico. La muchacha despedía un aroma de jabón perfumado y se veía que acababa de asearse. Horohorin alargó ambas manos para cogerla y dijo con voz jadeante:

—¡Varia! ¿Estabas esperando?

—¡No! ¡No! —denegó ella precipitadamente—. ¡No! ¿Has terminado tu discurso?

—Sí...

—Siento habérmelo perdido. He llegado tarde. Tuve que trabajar en el segundo turno...

—No te has perdido gran cosa. No valía la pena escucharlo...

—A mí me gusta mucho cómo hablas —dijo ella con gran seriedad, dando media vuelta y echando a andar a su lado—. Eres muy inteligente. Ojalá tuviera yo una cabeza como la tuya...

La muchacha era mucho más pequeña que Horohorin y tenía que ponerse de puntillas cada vez que quería mirarle a éste a la cara, para lo cual había de detenerse.

Horohorin la cogió por los hombros y la besó. Ella no supo contestarle y Horohorin sintió unos labios blandos y secos, por lo que la apartó casi enfurecido.

Ella se encogió y se tornó todavía más pequeña de lo que era. Bruscamente Horohorin dijo:

—¡Ni siquiera sabes besar!

—¿Es necesario? —preguntó ella.

—¡Sí, claro que lo es! —contestó él a regañadientes—. ¡Lo es! Tú y yo somos personas sensatas y no podemos cerrar los ojos ante los hechos de la existencia. Los hombres no nos acercamos a las mujeres solamente para entablar conversación... Para hablar tenemos a los demás hombres. Es inútil venir desde la ciudad únicamente para hablar... Además, todos sabemos leer,

¡iqué demonio! Coge un libro y en una hora aprenderás más que todo cuanto yo pueda enseñarte en una noche entera.

Ella se apoyó en su brazo, inclinó la cabeza y no contestó: puede que después de todo tuviera razón.

De pequeña, niña desobediente y curiosa, había observado a sus padres con disimulo cuando reposaba por la noche en una reducida y atestada habitación. No comprendía lo que pasaba, y esto le ponía de mal humor: ¿por qué no le dejaba madre a padre que le hiciera aquellas cosas? Ella estaba asustada. Todavía recientemente, al correr a través del pueblo y después por el pasillo del dormitorio general, pasando por delante de las puertas amarillas que ostentaban rojos números de hierro, no podía por menos de pensar que lo mismo estaban haciendo allí, siempre, siempre lo mismo, con aquella terrible sencillez, acaso en aquel mismo instante, detrás de aquella puerta, detrás de aquella ventana.

—Una persona sensata debe conducirse sensatamente — repetía, por encima de su cabeza, el hombre que sabía hablar, que tanto había aprendido, que conocía tantas cosas—. De nada sirve esconder la cabeza en la arena como el avestruz. ¿Por qué te esfuerzas en no pensar ni hablar de ello?

—No lo sé.

Ella no hablaba de ello, pero no pensar, no pensar en ello era ahora imposible, puesto que aquel hombre, el personaje más importante de todo el universo, el hombre mejor, el más inteligente, lo exigía, sin darse cuenta de lo intolerable que era para ella rendirse.

Horohorin caminaba a su lado a lo largo del sendero, bañado por la luz de la luna, y hablaba sin cesar, bajando la voz cada vez que se cruzaba con alguien.

—¿De qué tienes miedo? ¿De tus amigas? ¿De las consecuencias? ¡Dímelo! ¿Es que voy a tener que echarte un sermón cada vez que te vea?

Ella retiró la mano y se irguió.

—¡Yo no tengo miedo de nada!

Como para convencerle, al igual que la niña que cede su muñeca favorita a su entristecido padre cuando éste finge llorar, Varia le puso las manos en los hombros y dijo con un suspiro:

—Bueno, está bien. Está bien. Puedes hacer lo que quieras.

Todavía serio, pero ablandado, Horohorin le cogió las manos. En aquel preciso instante a uno de los lados del camino alguien se echó a reír y una voz ruda dijo:

—¡Varia! ¡De paseo con los estudiantes! ¡Espera y verás...!

Horohorin se sobrecogió y se volvió a mirar: una sombra desapareció detrás de un granero. Varia doblegó la cabeza.

—¿Quién era? —preguntó él.

—No lo sé —repuso ella con lágrimas en los ojos—. Un muchacho que anda por aquí... Trabaja conmigo...

—¡Le voy a romper la cabeza!

Con aire paternal, Horohorin le cogió la mano. Ella se dejó llevar. Lo más importante había sido dicho ya: la conversación quedaba partida en dos. Horohorin caminaba a su lado guiándola como su señor, y ella le seguiría, esperaría con silenciosa repugnancia a que todo hubiera terminado, y él se sentaría a su lado, encendería un pitillo y se desperazaría, saciado y henchido de masculino orgullo.

—Yo no sabía que hubiera que hacerlo tan a menudo —dijo ella obligándose a sí misma a hablar con claridad—. Yo creía que sólo se hacía cuando se quería tener un niño...

—Es verdad. Para las mujeres no es tan necesario... —repuso él—. Pero no se hace por tener ningún niño...

—Pues yo lo he creído siempre así y lo sigo creyendo —dijo ella con firmeza, encogiéndose al cruzarse con ellos alguien—. Y lo creeré siempre. Siempre he querido hacerlo de esa manera. Nunca he sentido deseos de casarme, pero sí he querido tener un niño. Pensaba ir al hombre más guapo, más listo y más cariñoso y pedirle que lo hiciera, que me amara sólo por un instante... Supongo que era una tontería. Pero aun ahora...

—Aun ahora, ¿qué? —preguntó él.

—Pasaré por ello para tener un niño. Debería aguardar un poco más porque todavía soy muy joven y como gano poco va a serme muy duro... Sé muy bien lo duro que me va a ser —dijo suspirando—. Pero pasaré por todo ello. Lo único que deseo es que sea chico.

Horohorin la interrumpió bruscamente:

—Si quedas embarazada puedes ir a que te hagan abortar. No digas esas tonterías. ¿A qué viene hablar de un niño?

Ella se sonrió y apretó los labios, creyéndose con la suficiente astucia para salirse con la suya, por lo que no contestó. Ya había tomado su decisión y se daba cuenta de que era inútil hablar más del asunto. Hubiera sido mejor hablar de cualquier cosa, no perder el tiempo; pero ella comprendía que debía callar, que no debía hacer preguntas, sino seguirle obedientemente, en silencio, aguardando risueña a que todo aquello terminara y a que aquel hombre importante encendiera su pitillo con un suspiro y le contestara luego a todas las preguntas que ella quisiera hacerle. Y las preguntas que ella iba a hacerle hoy eran: «¿Por qué han puesto estos conos de hierro con luces verdes y blancas en el Volga? ¿Para qué son? ¿Cómo se llaman? ¿Quién los enciende?».

Varia se sonrió a través de sus lágrimas, oprimió el brazo de él y penetró en la arboleda.

En aquellas noches de los sábados estivales, aquella arboleda, que cubría la falda de la montaña del otro lado del puente, se llenaba de una vida intensa y extraña. Tranquila desde fuera, apenas cubierto el suelo de fresca hierba y llena del olor de las hojas secas, por dentro hallábase animada por el murmullo de voces humanas, de ahogadas risas y de bromas.

La luz de la luna tejía su tela en torno a las entrelazadas ramas. Detrás de los árboles y de los matojos veíanse parejas de enamorados.

Varia no levantaba la vista del suelo. Horohorin caminaba precipitadamente, quebrando ramas y apartando la maleza. La luz de la luna y las parejas en torno le arrastraban a una ciénaga terrible e infranqueable. Estaba furioso y desesperado.

Varia le seguía. Horohorin le apretaba la mano cada vez con más fuerza. Ella podría —así lo creía él aún— devolverle su equilibrio mental, su serenidad, su tranquilidad de espíritu, su antigua alegría.

Llegaron a lo alto de la montaña. Todo estaba en silencio. No había nadie en derredor. Horohorin se dejó caer en la fresca hierba sin soltar la mano de Varia y la hizo sentarse a su lado.

Ella le apartó, y entonces él forcejeó con ella, primero cariñosa y jovialmente y luego con ira y brutalidad. Por último se levantó:

—¡Si no te dejas de todas esas tonterías me marcharé!

Ella no le miró; pero apretando los dientes se llevó las manos a la nuca y crispándolas allí se tendió en la hierba.

—¡Yo no pretendo violarte a la fuerza! —gritó él con voz enojada sentándose a su lado—. ¡Cualquiera sabe lo que pensaría la gente si nos viera!

Ella no contestó.

Disponiéndose a pasar aquel sufrimiento, cerró los ojos y la boca y se esforzó por pensar en otra cosa.

...Se imaginó que era mayor, que era ya una mujer hecha y derecha. Había sido elegida delegada. Todo el mundo la conocía y la estimaba. Con gran sorpresa de los hombres había sido designada para hacerse cargo de una sección, y realizaba su trabajo tan bien como los demás. Luego, en su reducida habitación, recibía, sólo por una vez, al hombre más listo, más guapo y más cariñoso, exactamente igual que lo soñaba cuando era joven...

...El nene había nacido y la habitación estaba llena del ruido de sus lloros. Ahora andaba ya, diminuto y maravilloso, exactamente lo mismo que un hombre. Quería cogerlo todo, hacía preguntas sobre todas las cosas, sus ojos eran grandes y reflejaban una insaciable curiosidad, lo mismo que los de ella de pequeña, cuando solía preguntar: «Si la Tierra es redonda y estamos cabeza abajo por la noche, ¿por qué no nos caemos?»...

...Su hijo estaba sobre sus libros estudiando. Ya había crecido, ya sabía más que su madre. Sabía que en la luna sólo hay animales y que cierta clase de seres nos han enviado desde Marte un mensaje, y que la Tierra había enviado una notable máquina voladora llena de sabios...

¿No vale todo esto un minuto de dolor?

Horohorin estaba encendiendo una cerilla. Ella abrió los ojos y sintió tener que abandonar sus sueños.

—¡Amado mío!

Él se inclinó precipitadamente sobre ella y le besó los fríos y apretados labios.

## VIII EL NUDO CORREDIZO

Lo más terrible del papel cazamoscas es que sólo consiste en una mezcla de resina y trementina extendida sobre una hoja de papel: no tiene nada de dulce. Sin embargo, es inútil que las alas transparentes se obstinen en zumbar hacia la luz una vez que las patas han quedado indefectiblemente cogidas en este mortífero instrumento de engaño.

Desde lo alto de la montaña, a través de los árboles, veíanse las luces eléctricas de la entrada del teatro, que oscilaban al viento. Horohorin las contemplaba con la mirada perdida pensando: «Es imposible vivir de esta manera», y escuchando lo que le decía Varia. Ella apoyaba la cabeza en su pecho. Estaba mirando hacia arriba, todo derecho, y diciendo:

—¿Es posible que haya seres humanos allí lo mismo que en la Tierra? He leído que hay habitantes en Marte. ¿Serán como nosotros? Dime, ¿es verdad?

—Puede ser.

—Alguien ha dicho que un sabio riquísimo de Norteamérica amontonó una cantidad enorme de leña en la cumbre de una montaña y encendió una hoguera gigantesca. En aquel entonces Marte pasaba cerca de la Tierra. Y al año siguiente los astrónomos vieron la misma luz en Marte... —Varia se estremeció—. ¿Es posible que contestaran?

—Yo no he oído nunca nada de eso, pero es posible que haya ocurrido algo por el estilo.

—Ni siquiera tú lo sabes todo —suspiró ella—. Yo quisiera saberlo todo, todo aquello que es posible saber. No me cuesta trabajo estudiar. Lo comprendo todo, tengo buena memoria. A veces repito tus explicaciones para mí sola, casi palabra por palabra. Cualquiera día te repetiré una de ellas si quieres...

—¡Magnífico!

—Pasado mañana hay una excursión. Vamos a ir a la ciudad y en cuanto me quede libre correré a verte...

—No vengas a verme —contestó él precipitadamente—. Tengo que estudiar. Tengo que hacer un trabajo. Ando retrasado...

—¡Oh! Debe ser enormemente agradable estudiar...

—He perdido el equilibrio mental...

Ella echó hacia atrás la cabeza para poder verle los ojos, y dijo:

—Sí... Pero ahora lo has recobrado, ¿verdad? Ahora podrás estudiar. Ya sé que lo necesitabas. Yo me hago cargo de las cosas, ¿verdad? Antes no podía explicarme cómo podían hacerlo las demás; pero ahora también yo te dejo...

Varia cerró los ojos. Ahora que el sacrificio estaba consumado podía saborear su heroísmo.

Horohorin se inclinó sobre ella y pensó desconsolado: «¿Por qué diablos la habré metido en esto?». Pero dijo serenamente:

—¡Vámonos, Varia! La función debe haber terminado. Se está haciendo tarde...

Ella se levantó sin proferir palabra. Horohorin se puso a andar deprisa. Ella empezó a quedarse detrás. Él quería salir de la arboleda lo antes posible. Atravesó el puente y tomó un atajo.

Cerca de allí oíanse risas y ruido. Horohorin miró en la dirección contraria; pero una voz familiar llamó su atención. En un paraje perfectamente visible Ana se debatía en los brazos de alguien, gritando enfurecida:

—¡He dicho que basta!

A la luz de la luna Horohorin pudo ver su cara: aparecía redonda, exuberante y satisfecha. Horohorin volvió la cabeza vivamente y arrastró a Varia tras él. Ana no había reparado en ellos; seguía debatiéndose y gritando:

—¡Basta! ¡Vete!

Varia tropezó, cayó al suelo, y con un gemido se puso a resregarse la dolorida rodilla.

Horohorin se apoyó contra un árbol y la esperó. En la mezclanza de luz de luna y de tinieblas, entre el ruido de ramas que crujían bajo los pies, la lucha continuaba todavía.

Horohorin no oía ya a Ana. Le costaba trabajo comprender que todo aquello estaba sucediendo efectivamente.

Varia le tocó suavemente la mano.

—¡Vámonos! ¡Ya se ha pasado!

—¿Eh? ¿Qué es lo que se ha pasado? —preguntó él asustado.

—Mi rodilla. No es nada. ¿Por qué corres tanto? Aquí no hay nadie, salvo unos cuantos muchachos de la fábrica...

Horohorin se volvió. Una fuerza irresistible le atraía hacia la arboleda. Pero no bien había dado un paso cuando se vio fulgurar la lumbre de un cigarrillo seguida de otra explosión de risas. Entristecida, Varia trató de contenerle.

—¿Adónde vas? ¡Vamos por aquí!

—Pero ¿qué es lo que pasa allí? —protestó él torpemente, aunque sometiéndose y siguiéndola.

—Siempre lo mismo —dijo ella con un suspiro ahogado—. Vámonos de aquí...

En la arboleda oíanse más risas. No queriendo oír las groseras bromas, Varia se tapó los oídos y echó a correr delante. Parecía en cierto modo desprenderse de la horrible red, y Horohorin, al salir tras ella al camino descubierto, exhaló un suspiro de alivio.

Un torrente de figuras humanas se diseminaba en todos sentidos procedente del teatro. Los acordes metálicos de la banda de música, que tocaba un pasodoble, se derramaban por las ventanas de la vieja iglesia. Más allá, junto a las puertas de la iglesia nueva, oíanse voces y se veían siluetas en torno al columpio. En cuanto estuvieron cerca una voz gritó:

—¡Aquí estamos, Horohorin!

Sulich, que se columpiaba a gran altura, era el que les llamaba. Horohorin, no sabiendo qué hacer con Varia, franqueó la verja sin ninguna finalidad concreta. Varia le siguió como una sombra; pero en cuanto estuvieron dentro la llamó Zoya, que estaba sentada en un banco. Varia se sonrió agradecida y se sentó a su lado.

Horohorin se volvió en su busca; pero no bien se hubo acercado al banco, una figura femenina, envuelta en un chal negro y que estaba sentada al lado de Korolev, alargó la mano y le cogió de la chaqueta. Horohorin se estremeció, reconociendo inmediatamente aquella mano.

—¡Horohorin, ven aquí!

Él no opuso resistencia. Una vez más se sintió agitado por una débil esperanza y se detuvo delante de Vera.

—¿Qué quieres?



—¡Estoy terriblemente cansada! —dijo Vera, que, efectivamente se encontraba cansada, casi enferma, después de la función—. Escucha, ¿puedes acompañarme hasta el tranvía? Quiero irme a casa antes de que se acabe el servicio... Pero me asusta irme sola. Todos los estudiantes han decidido quedarse...

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué quieres que te acompañe al tranvía?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quieres acompañarme?

—¿Y después?

—¿Después? ¡Tiene gracia! Pues una de dos: puedes volverte o tomar el tranvía conmigo...

Horohorin se quedó sin aliento. Le parecía tener metidos los pies en algo viscoso y que no le era posible apartarlos.

—¿Para ir adónde? —preguntó hurañamente.

Ella se levantó.

—¡La verdad es que estás hoy estúpido! ¿Vienes o no?

Horohorin se restregó la frente y flaqueando dijo:

—¡Sí, vamos! ¡Yo también tengo que irme! ¡Tengo que volver a la ciudad!

—¡Gracias a Dios que al fin te has decidido!

Los dos se despidieron de todo el mundo. Vera besó a Zoya y le estrechó la mano a Varia.

—¿Trabajas en la fábrica?

—Sí.

—Eres muy simpática. ¿Trabajas con Zoya?

—No; pero vivimos juntas en el dormitorio.

Silenciosamente Horohorin les dio la mano a todos. No quería ver a nadie. Reteniéndole la mano, Korolev le dijo con tono afectuoso:

—No sé por qué te encuentro hoy más flojo que de costumbre, querido.

Horohorin no contestó. Los ojos de Varia le horadaban la nuca con su fuego. Franqueada la verja, se reunió con Vera y se puso a caminar a su lado.

—Trabajar en el teatro es terriblemente cansado... —decía ella—. Hay que trabajar con todo el ruido alrededor... Estoy hecha trizas. ¿No podrías cogerme del brazo?

Sin decir una palabra él la obedeció. Silenciosamente los dos salieron al camino que llevaba a la ciudad. A lo lejos veíanse las luces de un tranvía.

—De todas formas éste lo perdemos ya —dijo ella aflojando el paso—. ¿Ha estado bien la función?

—No la he visto.

—¿Dónde has estado?

Horohorin guardó silencio un instante y luego repuso con voz ronca:

—Una vez me dijo Búrov, al que encontré en el café, que el acto escueto no es nada más que una reacción. Realmente es una brutalidad.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que está viéndose todo alrededor...

—¿Dónde?

—Allí, en la arboleda, entre nosotros, en la Universidad, en mi casa, en tu cuarto...

—¿De qué estás hablando?

Horohorin no la contestó enseguida; pero cuando lo hizo cada una de sus palabras sonaba clara y distintamente.

—A lo primero hay un deseo natural, es verdad. Pero poco después se convierte en un fin de por sí, en un pasatiempo, en una diversión. ¡Es asqueante!

¿Por qué? —preguntó Vera burlonamente—. Ana dice que es razonable: el cine cuesta dinero y esto es gratuito...

—¡No es completamente gratuito! —exclamó él excitado y muy serio—. Puede costar y cuesta muchísimo... Es un camino escurridizo, por el que el hombre puede resbalar...

—¿Empiezas a descubrirlo ahora?

Horohorin se la quedó mirando y se rehízo.

—Todavía no he descubierto nada; estoy tratando de descubrirlo.

—Más vale que te dedicaras a algún trabajo en la Universidad —dijo ella con desprecio—. Eso sería mejor.

Horohorin se esforzó por encontrar un pretexto para su preocupación:

—Actualmente éste es el más grande y más importante problema.

—Tendría importancia que alguien inventara una máquina de vapor, la pusiera en marcha y luego se sentara junto a ella sosteniendo que era la cosa más importante de la tierra. A mi juicio, todo descubrimiento importante conduce siempre a alguna parte.

Por primera vez Horohorin observó que Vera era inteligente y no carecía de recursos, y se quedó contemplándola como si fuera la primera vez que la veía. Ella se echó a reír.

—¡Horohorin! ¡Yo te tenía por listo! ¡Pero ni siquiera has leído nada, salvo acaso el *ABC del Comunismo*!<sup>2</sup>

Horohorin le oprimió suavemente el brazo.

—¡Escucha, Vera! Permíteme que te diga...

Y agregó con la insistencia de un hombre decidido a confesarlo todo:

—Acabo de estar con una muchacha...

—¿Cuál?

—Ésa a la que has hablado tú al marcharte...

Vera se le quedó mirando sorprendida y encogió los hombros con un estremecimiento nervioso.

—¡Horohorin, pero si es una chiquilla!

—No sé. Dieciocho años, puede que diecisiete... ¡Eso es lo de menos!

—¡Horohorin, eres todavía peor de lo que yo me imaginaba!

Absorto en sus pensamientos, él apenas la oyó.

—Y es una lástima, porque tú eres la única que yo necesito.

Ella se echó a reír.

—¿Incluso ahora?

Horohorin no hizo caso de su risa.

—¡Pero no es sólo un deseo físico! ¿Es posible que sea amor?  
—agregó.

---

<sup>2</sup> Obra divulgativa de Bujarin y Preobrazhenski, con la que se educó toda una generación de jóvenes comunistas soviéticos. | N. de la E.

—Es un desequilibrio sexual y debes ir a que te vea un médico —le interrumpió ella bruscamente—. ¡No eres más que una bestia, Horohorin! Siento no ser Sulich, porque te mataría a golpes por causa de esa muchacha.

Vera se desprendió violentamente y echó a andar adelante. La parada del tranvía estaba próxima. El pequeño pabellón de la estación hallábase vacío: acababa de salir un coche. Vera se sentó en un rincón, se envolvió en su chal y permaneció silenciosa.

Enfurecido, Horohorin encendió un cigarrillo.

Comenzó a pasearse de un lado a otro, crispando los puños y rechinando los dientes. Poco a poco la estación se fue llenando de gente. Mordiendo el cigarrillo, Horohorin salió a la vía.

De la ciudad llegaba un tranvía con las luces encendidas. A cierta distancia los rayos del faro se proyectaban sobre los rieles. Contemplando éstos, Horohorin pensó que lo mejor que podía hacer era echar a andar, salir al encuentro del tranvía en las tinieblas, poner la cabeza en la vía y marcharse de este mundo de miserias, de dolores y de muerte.

## IX ES IMPOSIBLE ESTUDIAR

En un artículo titulado *Imposible guardar silencio* —y que apareció en el periódico al día siguiente de los trágicos acontecimientos a que nos acercamos ahora—, en aquel sesudo artículo, ni siquiera se mencionaba el nombre de Búrov.

Verdad es que había unas cuantas personas que podían acordarse de todo. Todos sabíamos que Búrov estaba preparado para marcharse cualquier día. Todos le considerábamos ya como desaparecido de nuestro horizonte. Incluso él se sentía de igual manera, sin dudar de que aquí todo había terminado para él.

Pero cuando tuvo hechas las maletas y sacado el billete y las paredes y el suelo de su cuarto quedaron dismantelados y sucios, una sensación de irremediable desdicha se apoderó de Búrov.

Desde las primeras horas de la mañana se hartó de cerveza, pero esto no le calmó e incluso pareció no producirle el menor efecto. Finalmente, momentos antes de su marcha, se levantó resueltamente de la mesa que ocupaba junto a la ventana del café, pagó la cuenta al camarero, le oyó cortésmente desearle un buen viaje, se descubrió y franqueó la puerta.

Atravesando el raquítico parque que rodeaba los pabellones de la Universidad, llegó lentamente a la calle de Moscú, la calle principal de nuestra ciudad. Según todas las apariencias, iba a darse un último paseo por la localidad; pero más tarde muchas gentes que le conocían recordaron que andaba sin fijarse en nadie, sin contestar a ningún saludo.

Ni siquiera se dio cuenta de que pasaba por el trozo de más tráfgo de la calle de Moscú. Eran las ocho de una calurosa noche de mayo. En la primavera, en las primeras horas de la noche, nuestra calle principal se llena de parejas. La acera del trozo más activo parece moverse por sí sola: hay allí un interminable fluir de jóvenes que pasean cogidos del brazo sin ninguna finalidad visible.

Por encima de las cabezas se cierne constantemente una densa nube de humo de tabaco. En la algarabía de la calle, entre las risas y las conversaciones, es imposible oír o ser oído. Diseminadas por doquier en el pavimento se ven cáscaras de cacahuetes, colillas y cerillas.

La gente que tiene preocupaciones serias camina siempre por el centro de la calle o da un rodeo. Pero la gente joven parece preferir esta calle a nuestra hermosa plaza, situada cerca de allí, o a las calles que tienen grandes y frondosos álamos, o a los jardines, que tanto abundan en nuestra ciudad.

Sería necesario llevar algo insólito, completamente raro, en el magín —la abstracción de [Johann Heinrich] Pestalozzi o la facultad de concentración de Arquímedes— para caminar a través de esta muchedumbre sin reparar en ella.

Sin embargo, Búrov no la vio. Atravesó tranquilamente la plaza, cruzó diversas bocacalles y siguió por una de ellas hasta llegar a un callejón. Miró las casas y franqueó la puerta de una verja. Después de cruzar el patio, subió una empinada y sucia escalera y llamó a la campanilla. Luego atravesó una cocina, dio las gracias a la anciana por haberle abierto la puerta y se detuvo delante de la habitación de Vera.

Únicamente entonces pareció darse cuenta de dónde se encontraba. Por un instante permaneció irresoluto. Luego llamó a la puerta y entró.

Vera se le quedó mirando con ira y extrañeza. Luego, en vez de saludarle, se fijó en su sombrero de fieltro, encasquetado cómicamente, y se echó a reír. Arrojando encima de la cama un libro que tenía en las manos, exclamó:

—¡Es imposible estudiar!

Búrov no se quitó el sombrero ni el abrigo. Se detuvo un momento en el umbral y luego se acercó al sillón y se sentó serenamente diciendo:

—He venido a verte, Vera. Espero que me perdones...

Ella se encogió de hombros.

—¿Crees que estoy ciega? ¡Ya veo que has venido a verme! ¡Pero esto es horrible! —agregó alzando las manos—. ¡No hace nada acabo de deshacerme de Gretz! ¡He visto a Karishev por la ventana y no le he dejado entrar! Cuando menos me lo piense se

presentará aquí Horohorin... ¡Y así todas las noches! ¡Es imposible estudiar!

Búrov apretó los labios.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella.

—Me voy mañana, Vera.

Adoptando una expresión de seriedad, ella asintió con la cabeza.

—He oído hablar de ello. ¿Vas a Yalta?

—Sí; voy al Sur.

Ella reflexionó un instante y luego avanzó hacia él.

—Lo siento. En fin, no hay otro remedio —y acercándose a él le dio una suave palmada en la mejilla—. ¡Cómo has envejecido! Conviene que te cuides. ¿Sigues bebiendo aún?

—Sí.

—Es una pena.

Búrov no pudo contenerse y le cogió la mano; pero al ver que ella retrocedía la soltó inmediatamente.

—Es lo mejor que puedes hacer. ¡También yo estoy harta de este sitio!

—¡Vera!

Un temblor nervioso recorrió el pesado cuerpo de Búrov.

—¡Vera, ven, vente conmigo! ¡Vivamos como seres humanos! ¡Amémonos como se aman los demás!

Ella se echó a reír, se acercó a la ventana y volvió hacia él, esta vez con una expresión de gran seriedad en el semblante.

—¿Por qué he de irme? —preguntó—. ¿Por qué no hacéis más que molestarme todos, uno después de otro? Yo tengo un cuarto y una beca. Quiero estudiar, quiero trabajar en el teatro. Tengo una ventana, el cielo, las estrellas...

Búrov crispó las manos en el sillón.

—¡Vera, te estoy hablando por última vez! ¡Te pido seriedad y franqueza! ¡No bromees!

—No bromeo.

—¡Vera!

De pronto, desmañadamente, pero con resolución y con emoción sincera, Búrov se dejó caer del sillón y se abrazó a las piernas de Vera.

—¡Vera! ¡Vera! —decía apretando la cara contra las rodillas de ella—. ¡Vera! ¡Dime que quieres que me quede! ¡Dime que me necesitas alguna vez! ¡Vera!

Búrov no encontraba las palabras que quería. Se apretó contra ella con más fuerza cada vez, sabiendo que Vera permanecía silenciosa y sumisa.

Si hubiera alzado la vista, podría haber visto una extraña sonrisa en los labios de la mujer y un frío fulgor de satisfacción en sus ojos. Vera le consideró con una mirada de compasión y de desprecio, sentimiento que había sucedido a la sorpresa que le había producido al pronto la hondura de la emoción de Búrov.

—Vera..., Vera..., Vera... —murmuraba él.

Ella se desprendió brutalmente. Búrov se quedó solo en el centro de la habitación y no se levantó hasta que la vio alejarse sin tratar de disimular el estremecimiento de desprecio que recorría todo su cuerpo.

La mirada y el semblante de Búrov se ensombrecieron.

—Bueno, ¿qué contestas? —exclamó.

—¡Que no! —repuso ella secamente.

Búrov avanzó un paso hacia ella.

—¿Crees que no estoy enterado, que no veo lo que ha pasado? ¿Crees que voy a marcharme perdonándotelo todo? Yo, un hombre cuerdo, un sabio al que le esperaba una brillante carrera, que a los veintitrés años abrió un nuevo capítulo en la biología... Y ahora quedo reducido a la nada, aquí, a tus pies...

Búrov se tapó la cara con las manos, pero un instante después dijo casi fríamente:

—¿Ya no me necesitas?

—¡No!

Vera se quedó silenciosa un momento como si reflexionara, y repitiendo la negativa se sentó.

—¡Ya no te necesito! Una vez estuve dispuesta a amarte y hasta es posible que te amara. Pero de verdad. Se me figuraba haber salido a una calle llena de sol desde un sótano oscuro. ¡Qué buena parecía la vida...!

—Eso era amor —bisbiseó Búrov.



—¡Sí, lo era! ¿Y qué hiciste tú? Me conociste en la clínica de Gruzinski, yo estaba mala, temblaba de debilidad. Apenas podía tenerme de pie... Tú me viste a la puerta y me pediste permiso para venir a verme... Me besaste la mano y aquella noche me la pasé junto a la ventana contemplando el cielo y las estrellas y pensando en ti. ¿Y qué hiciste tú? Al día siguiente te presentaste con una botella de vino. Yo estaba tan mala que el beso que me habías dado en la mano me había hipnotizado y me había impedido dormir en toda la noche. Y tú me hiciste emborracharme y me poseíste... Pues bien, ¿qué es lo que quieres ahora? —gritó—. ¡Has conseguido lo que querías y ya puedes marcharte! ¡Yo no te necesito, no necesito a nadie!

—¿Me amabas, Vera?

—¡Oh! ¡Eso creía yo!

—Vera, pero yo no puedo vivir sin ti...

—Eso no es cuenta mía.

Búrov respiraba con esfuerzo, incapaz de hallar las palabras adecuadas.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Allá tú! Yo no tengo nada que ver con eso.

Búrov guardó silencio un instante.

—Siempre lo mismo, una y otra vez... —dijo apartándose de ella—. Mejor sería poner fin de una vez a toda esta comedia.

—Cuanto antes mejor.

—¿Cómo?

Búrov se tropezó con su mirada y bajó la vista.

—Muy sencillo... —contestó ella secamente—. Márchate y déjame que viva mi vida...

—¿Y yo? ¿Dices que ya no me necesitas?

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Búrov apoyó las manos en los brazos del sillón, como si se dispusiera a levantarse.

—¿Y cuando necesites un hombre irás a llamar a cualquier otro?

—¡Pues claro!

Búrov se levantó.

—Vera —dijo recalcando las palabras—, Vera, ¡no puedo marcharme de esta manera! ¡No puedo irme así!

Y volvió a sentarse como si sólo se hubiera levantado para dar más valor a sus palabras.

—¡Bueno, pues sigue aquí! La cosa es la misma por lo que a mí se refiere.

Búrov la miró con ojos de locura, tratando de hacerle comprender lo que no hubiera entendido en sus palabras. Vera no reparó en sus ojos: alguien se había acercado a la puerta y llamó.

Vera se oprimió las sienes, miró a su visitante y luego al libro que yacía abandonado encima de la cama y murmuró:

—¡Es imposible estudiar!

—¿Quién es?

—Supongo que será Horohorin.

Búrov se levantó vivamente y echó el cerrojo.

—¡No te atrevas a dejarle entrar!

Vera le miró amenazadoramente. Él hizo ademán de abalanzarse sobre ella, pero luego agitó la mano desesperadamente:

—Bueno, es lo mismo. ¡Adiós! Me iré por aquí.

Búrov penetró en el gabinete, apartó la ropa y abrió la puerta que estaba detrás. Vera cerró irritada tras él la puerta del gabinete, recorrió el cerrojo de la entrada, cogió el libro y fingiendo leer gritó:

—¡Adelante!

La puerta se abrió de par en par, dejando paso a Zoya. Vera se la quedó mirando y soltó una carcajada.

—¡Temía que fuera Horohorin! —exclamó con un suspiro de alivio y besando a su amiga.

Zoya hizo un mohín al oír el nombre de Horohorin, pero inmediatamente se tranquilizó y dijo:

—¡He venido sólo un instante! Quería saber si me han enviado mis cosas de casa.

Vera se sonrió.

—Hay una carta para ti; pero las cosas no han llegado todavía.

X  
EL PADRE

El departamento de investigación criminal se halla instalado en el antiguo palacio del príncipe Kutkin, en el centro de la ciudad. Está a corta distancia del callejón del Perro; mas para Piotr Pavlovich Ossokin, desde que su hija había abandonado su casa, esta distancia resultaba infranqueable.

Al llegar por la mañana a hacerse cargo de su trabajo, Ossokin, antes de nada, miraba por la ventana como si esperara ver a su arrepentida hija a través de las pétreas paredes. Pero como no veía nada más que tejados y chimeneas, y como, a excepción de una breve nota rogándole que enviara sus cosas al callejón del Perro, número 6, cuarto 9, no había sabido nada de su hija, exhalaba un suspiro y se sentaba a su mesa.

La tarde de aquel memorable día, que tal sensación causó en todo el país, Ossokin llegó a la oficina alrededor de las siete —el departamento de investigación criminal funciona a menudo por las noches—, miró por la ventana como de costumbre, suspiró y se sentó a su mesa, encima de la cual se leía: «Inspector del segundo distrito».

—¿No ha vuelto aún su hija? —le preguntó el inspector del distrito cuarto sin levantar la vista: se suponía la respuesta, pero hacía la pregunta por pura costumbre.

—¡No! —contestó malhumorado Ossokin tecleando con los dedos en la mesa—. ¡No!

—¿No tiene noticias?

—Sí, me ha mandado una nota —dijo bruscamente Ossokin, y el otro alzó la vista sorprendido.

—¿Qué dice?

—Quiere que le mande sus cosas: vestidos, ropa interior... Y lo más importante de todo, algunos libros. Me indica las señas. Mis informes eran exactos: vive con una amiga suya en el callejón del Perro...

—¡Está en su mismo distrito!

—Justamente. Da la casualidad de que conozco tanto la casa como el cuarto. Una vez tuve que ir a interrogar allí a una persona...

No había curiosos en la habitación y los hombres hablaban con franqueza de sus asuntos familiares.

—¿Le ha mandado usted las cosas? —preguntó el inspector del distrito cuarto.

La expresión de Ossokin se enfrió de súbito.

—Perdone usted, pero eso es lo que no puedo explicarme. Si ella quiere llevar una vida propia y ha renegado de su padre, no sé por qué razón hemos de escribirnos. Si quiere sus cosas, ¿por qué no viene a por ellas? Yo no tengo recaderos. Y en cuanto a mí me voy haciendo viejo y además no quiero ir allí. Eso es exactamente lo que le he escrito...

—Es usted demasiado intransigente para con los hijos, Ossokin.

—Tengo derecho a serlo. Yo los he mantenido, los he criado y creo que puedo exigir que se me tenga algún respeto... Si ella no necesita mi cariño yo no la necesito a ella.

—¡Eso es mucho hablar! Si a ella le pasara algo y recurriera a usted, usted la perdonaría de todas formas.

—¿Quién? ¿Yo?

—Claro.

—Eso no sucederá nunca —dijo Ossokin secamente, poniendo término por el momento a la conversación.

El otro inspector le consideró con curiosidad: en la grisácea rutina de su trabajo cotidiano todo el personal había acabado por interesarse desusadamente por el drama personal de Ossokin.

—¿Qué demonios le ha hecho usted a su hija? —dijo un detective junto a la ventana encendiendo un cigarrillo y esperando pasar el tiempo en una conversación interesante—. Usted no suele ser duro con la gente...

El secretario del jefe asomó la cabeza por la puerta del despacho privado.

—¿Hay algún detective?

—Creo que sólo Petrov —dijo el inspector.

—¿Dónde está Prachkin?

—En un caso de robo.

—¿Y Brandt?

—Está trabajando en un caso de asesinato desde esta mañana.

—Envíe a Petrov.

La cabeza desapareció. Ossokin se sonrió y prosiguiendo la interrumpida conversación dijo burlonamente:

—Alguien ha descubierto el gran misterio de mi pasado y ha acusado de ello a mi hija: ¡desciende de una mala familia...!

—¿Qué clase de misterio es ése?

—¿No sabían ustedes que yo he sido predicador?

—Sí, pero colgó usted los hábitos.

Ossokin se encogió de hombros y dijo:

—Mi hija nació cuando yo era todavía predicador. Ahora hay muchos que cuelgan también los hábitos. Eso no tiene nada de particular.

—Eso es verdad —dijo el otro inspector, y meneando la cabeza agregó con tono afable—: ¿Cómo es que se hizo usted predicador? La verdad es que no parece sentarle muy bien.

—¿Qué remedio me quedaba? Mi padre no hacía más que decirme que iba siendo viejo, que esperaba morirse de un momento a otro y que yo debía sustituirle. Se fue a ver al obispo y él mismo arregló las cosas. Me buscaron una novia y me vi casado y a cargo de una iglesia antes de que pudiera decir esta boca es mía.

—¿Y usted dejó seguir las cosas?

—¡A ver! Estaba sencillamente hipnotizado. Es más que probable que todavía seguiría de predicador si mi mujer no hubiera muerto...

—¿Creía usted en lo que predicaba?

—¡Vamos, ande! —dijo Ossokin agitando la mano—. Pocos son los que creen. Pero ¿qué importa? ¿Qué más da cómo se gana uno el pan de todos los días? Sin embargo, cuando murió mi esposa y vi que tendría que pasarme el resto de mis días sin una mujer en casa, me puse a pensar... Trabé amistad con un maestro de escuela, pero ya saben ustedes lo que pasaba entonces en los pueblos. Un chismoso mandó un anónimo al obispo.

Entonces el obispo se echó encima de mí... Yo renuncié a todo y pedí que me depusieran.

En aquel instante entró en la sala un sujeto corpulento y de pelo rojizo. Perezosamente, el inspector del primer distrito le dijo que se sentara a su mesa. Los otros dos, interesadísimos por la historia de la vida de su colega, se acercaron más a Ossokin.

Éste les sonrió, encendió un cigarrillo y continuó en voz queda:

—Estuvieron algún tiempo sin dejarme marchar. Me llamaron tres veces para hablar conmigo. El obispo me dijo que tuviera en cuenta lo que diría la gente. Yo le contesté que él llevaba la vida de un santo y sin embargo también daba lugar a murmuraciones. El hombre se mostró conforme y se marchó. Cuando me llamaron por tercera vez, me corté el pelo y fui a verles vestidos de seglar. Ante aquello no hicieron más que quedarse pasmados y me dejaron en paz.

Todos se echaron a reír. El hombre del pelo rojizo se marchó y el detective anunció que habían llegado algunos detenidos. El inspector le dijo que esperara y el que se había perdido parte de la historia mientras hablaba con su visitante comenzó a hacer preguntas:

—¿Cómo es que se metió usted en el departamento de investigación criminal?

—Muy sencillo. Cuando colgué los hábitos conseguí un empleo en el despacho del fiscal. Allí hice todo mi aprendizaje en la materia: tenía que copiar todos los papeles relativos a los diferentes casos y muchas veces tenía que ayudar a interrogar a los detenidos. Llegué a subsecretario y de pronto estalló la revolución y me quedé otra vez sin empleo. Al principio me alisté en el departamento de policía y luego fui trasladado al departamento de investigación criminal... No hay que darle vueltas: me interesa esta clase de trabajo.

—¡El jefe le ha puesto a usted el apodo de Sherlock Holmes!

—Ya lo sé —dijo Ossokin no sin orgullo y consciente de su importancia—. Me llama así desde el caso del banco, cuando probé la culpabilidad de Ulibashev.

Enorgullecido, Ossokin se echó a reír. Con curiosidad profesional, el detective preguntó:

—¿Cómo se las arregló?

—Habían robado en el banco haciendo un butrón por el tabique de atrás. No se tenía el menor dato. Yo me fui a un café por la mañana temprano y basándome en ciertas sospechas practiqué una detención. No había ninguna prueba; pero el hombre tenía en las uñas un poco de suciedad que parecía polvo de ladrillo... Yo le interrogué y le limpié las uñas. Luego examiné la suciedad al microscopio: polvo de ladrillo y argamasa... El hombre aseguraba que había pasado la noche borracho entre mujeres y que no había realizado ningún trabajo...

Los otros inspectores menearon la cabeza y se echaron a reír. Ossokin agregó:

—Sí, me gusta mi trabajo y no tengo de qué quejarme.

No sin ironía el detective dijo:

—¿Cómo va a quejarse usted? El mes pasado ha recibido de porcentaje sobre artículos recuperados más de lo que gana de sueldo.

—Ha sido un buen mes —dijo Ossokin riéndose y frotándose las manos—. Un mes estupendo.

Los otros inspectores se miraron y sonrieron también. El detective se adelantó hasta el centro de la sala y adoptando una postura interesante, como si se dispusiera a pronunciar un discurso, dijo:

—Este sistema del porcentaje es verdaderamente magnífico. Todo el mundo trabaja con más ahínco... Y la gente parece que empieza a darse cuenta del asunto. Antes era otra cosa... Cuando robaban algo que valía cien rublos el perjudicado decía que valía doscientos... Pero en cuanto han visto que tenían que pagar un tanto por ciento por la recuperación ha cambiado todo de medio a medio... ¿Recuerdan ustedes ese caballo robado que le hemos devuelto a un cochero anteayer? Pues bien, se me ha ocurrido ir a preguntar a una cochera cuánto vale un caballo como ése...

—¿Y qué? —preguntaron los inspectores interesados.

—Un caballo como ése vale unos doscientos cincuenta rublos, pero el granuja del cochero lo tasó en setenta y cinco.

—Se le debía llevar a los tribunales y cobrarle el dinero que falta —dijo Ossokin enfadado.

Todo el mundo se echó a reír.

Ossokin se quedó serio. El recuerdo del mes anterior le hizo pensar por algún motivo en su hija, y volviéndose a los otros gruñó:

—Mi hija no quiere depender de su padre, ha renegado de él. En otros tiempos le habría dado una lección; pero ¿qué voy a hacerle ahora?

Con un suspiro, tendió la mano hacia los papeles de su mesa.

Uno de los inspectores ordenó que se hiciera entrar a los detenidos. Bostezando y desperezándose, cada cual se puso a trabajar.

Ossokin estaba interrogando a un sujeto que se hallaba delante de su mesa y anotaba sus respuestas. Mantenía una expresión de gravedad y ni siquiera se sonrió cuando en respuesta a su pregunta: «¿Cuál es su ocupación?», el interrogado contestó:

—Ratero.

Terminado el interrogatorio, y después de haber hecho retirarse al detenido, Ossokin se estiró y encendió otro cigarrillo. No podía olvidar ni por un solo instante el acontecimiento que había alterado el apacible curso de su existencia y pensaba que Zoya hasta entonces no había dado muestras de pesadumbre ni de arrepentimiento.

Suspiró y se puso a teclear en la mesa con los dedos. Cuando su vecino dejó un momento de escribir, Ossokin aprovechó la ocasión para decirle, como reanudando una conversación interrumpida:

—Mi hija no parece comprender que me está causando grandes preocupaciones. Puede abandonar a su padre si se le antoja; pero al menos debería tener el decoro de hacerle saber dónde está y cómo se desenvuelve.

—Ya no es una chiquilla. No puede pasarle nada de particular. Además, tiene muchos amigos.

—Sí. Son los mismos que le han inducido a hacer lo que ha hecho —gruñó Ossokin—. Mejor sería que no tuviera ninguno.

—Nada hay de malo en tener amigos.

—Sí, pero...



Ossokin chupó prolongadamente el pitillo, lanzó una bocanada de humo y no terminó lo que había empezado a decir. En su lugar miró en derredor: todo el mundo estaba trabajando y no tenía tiempo de condolerse de su tragedia personal. Ossokin exhaló un suspiro.

—Sí, los tiempos han cambiado. Dentro de poco no va a ser posible distinguir lo blanco de lo negro.

—Supongo que no querrá usted sermonearnos.

—¡Hay que ver! Una hija abandona a su padre, huye de él y el padre ni siquiera tiene derecho a disgustarse por ello ni nadie se compadece de él. Y mi orgullo no me permite...

Aunque el discurso de Ossokin formaba parte de la rutina cotidiana, todos los presentes fingían escuchar.

Iban a dar las nueve y ya los detectives se disponían a marcharse cuando sonó el teléfono. El inspector de servicio contestó.

El aparato zumbaba y todos los demás inspectores trataban de colegir por las respuestas de su colega de qué se trataba.

—¿La policía? —preguntó Ossokin.

El inspector asintió con la cabeza y dijo en el receptor:

—¿Callejón del Perro?

Ossokin se interesó inmediatamente.

—¿Número 6? —repetía el otro.

Ossokin se puso en pie y se inclinó sobre su mesa.

—¿Cuarto número 9? Está bien, enseguida vamos.

El inspector colgó el receptor. Asustado, Ossokin le miró y preguntó:

—¿Qué ha pasado allí? ¿Qué ha pasado?

—Se ha suicidado una muchacha... O puede que haya sido asesinada. No se sabe todavía. ¡Es su distrito, Ossokin! ¡Hala, vamos allá!

Ossokin dio un salto, echó a correr como una tromba a través de la estancia y desapareció antes de que nadie hubiera tenido tiempo de tenderle el sombrero ni de darle ningún dato.

Entristecido, el inspector meneó la cabeza y le siguió.

XI  
ES IMPOSIBLE VIVIR DE ESTA MANERA

—He visto a Horohorin en la escalera —dijo Zoya sin aliento—. Parece que está loco: no ve a nadie. Dame mi carta.

—Todos están locos —contestó Vera con indiferencia, y sacando la carta de debajo del tapete de la mesa se la tendió a Zoya—. ¿De quién es?

—De mi padre —contestó Zoya mirando el sobre—. No puedo entretenerme, Vera. Cuando Horohorin está aquí quiere decirse que la reunión ha terminado ya. Senia me estará esperando en el club... Vengo derecha de la fábrica...

—¿Qué reunión?

—La de las elecciones. Horohorin ha sido destituido y ha habido que nombrar a otro. Adiós.

En el umbral, Zoya se dio de manos a boca con Horohorin, que ni siquiera la reconoció. Estaba pálido como de costumbre, pero nunca se había sentido tan débil, tan falto de fuerza de voluntad y de decisión.

Cuando hubo entrado miró en derredor como si viera por vez primera a Vera, la habitación, las imágenes de la pared, el sillón, la mesa redonda. Con un suspiro murmuró:

—Es imposible vivir de esta manera —y se acercó a la ventana: parecía un largo y huesudo pez recién sacado del agua por un afilado anzuelo.

Sin ninguna conmiseración, Vera se le quedó mirando.

—¿Qué te ha pasado, querido?

—¡Nada!

—¿Cómo que nada? ¿Cómo ha terminado la reunión?

—¡Ha sido elegido Korolev!

—¿Y tú?

—¿Yo? —dijo él mirándola con notoria extrañeza agitando la mano—. ¿Para qué sirvo yo ahora? ¡Para nada! Todo ha terminado ya para mí...

Vera se sentó en la cama y recostándose contra los barrotes consideró a Horohorin con ira y desprecio exagerados.

—¡Escucha! —dijo—. ¡Escucha! Tengo que estudiar y si no puedes vivir sin contarme tu historia, anda, cuéntala y vete.

Horohorin la miró y sintió que crecían en él la ira y la resolución.

—Si lo quieres puedo contártela —dijo con los labios trémulos—. Acaso te interese: creo que estoy enfermo...

—¿Qué quieres decir?

Ella echó hacia atrás la cabeza como si se esperara un golpe.

—¡La pregunta es estúpida! Si se tratara de un caso de sarna no te molestaría y si fuera el tifus me iría al hospital.

Vera rechinó los dientes y preguntó en voz queda:

—¿Cuánto tiempo llevas enfermo?

—Supongo que bastante. Mañana sabré el resultado del análisis... Si te interesa puedes indagar... Aquí...

Horohorin arrancó una hoja de un cuaderno y la arrojó encima de la mesa.

—Toma este papel. ¡No me marchó! Ya no pienso irme a ningún sitio y maldito lo que me hace falta ya. Voy a poner fin a todo.

Vera se acercó a él y le miró con los ojos hinchados de horror:

—¿Y yo? ¿Estaré enferma también?

Horohorin se encogió de hombros: no podía resistir a la tentación de hacerle tanto daño como ella le hacía a él. Con tono serio contestó:

—Es muy probable...

—¿Estabas enfermo ya cuando viniste a verme?

Y Vera le oprimió la mano con tal fuerza que él la retiró involuntariamente:

—Sí.

—¿Y lo sabías?

El rostro de Vera, desfigurado por la ira, resultaba terrible. Horohorin la apartó de un empujón: casi sentía miedo de aquella mujer.

Algo había ciertamente de pavoroso en el odio horrible, en la iracundia que transformaban su semblante, enrojecido por el miedo y la vergüenza.

Inconscientemente, Horohorin se alejó de ella.

—¡Víbora! —bisbiseó ella—. ¡Víbora!

Horohorin no pudo disimular el sentimiento de la venganza satisfecha que se reflejaba en su semblante. Vera reparó en su expresión y se rehízo.

—¿Estás mintiendo, Horohorin? —preguntó meneando la cabeza.

Él permaneció silencioso.

—¡Te pregunto que si estás mintiendo! —repitió Vera casi a gritos—. ¿Estás mintiendo?

Él se estremeció, pero siguió sin contestar. Su silencio era peor que todo cuanto pudiera decir. Una fría sensación de horror pareció recorrer el cuerpo de Vera, que seguía aguardando.

Horohorin dobló la cabeza y no profirió una palabra. Entonces ella le preguntó serenamente:

—¿Dónde lo has cogido?

Él apenas le dio tiempo a terminar la pregunta, pues gritó históricamente:

—¿Dónde? Donde lo coge todo el mundo... Sólo una vez me he entendido yo con una mujer de la calle... ¡Y fue por culpa tuya!

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha sido? —rugió ella.

—¡Cuando tú me echaste de aquí! ¡Entonces fue cuando sucedió! Tú hiciste que Ana me dejara y no quisiste entenderte conmigo... ¡Te está bien empleado! Los dos deberíamos haber tenido en cuenta nuestra salud en vez de representar una de esas farsas burguesas...

—¡Canalla!

Vera se irguió en un arrebato de cólera, abrasada de súbito por una horrible repugnancia hacia aquel hombre. Él se echó a reír.

—¡Es demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! —dijo—. Bueno, ¿y qué más da?

Estas palabras serenaron a Vera. Meneó la cabeza y se puso a pasearse por la habitación.

—¡Espera! —murmuró como si hablara consigo misma—. Espera... Yo no he notado nada... No he observado ningún síntoma... A mí no se me podía haber pasado.

Horohorin experimentó una torpe satisfacción contemplando su agitación febril, y esforzándose por disimular su odio dijo:

—Es muy fácil no fijarse en los síntomas.

—¡No! ¡Es imposible! ¡Yo sé que estoy bien!

—¡Ya aparecerán!

—No, espera, espera. Déjame calcular. ¿Cuándo ha pasado? ¿Cuánto tarda la infección en manifestarse? Yo lo he estudiado todo ello; pero no me acuerdo, no me acuerdo de nada...

Vera corrió a una pequeña estantería y en silencio, precipitadamente, comenzó a sacar los libros uno a uno.

—¿Dónde está mi *Strümpell*?<sup>3</sup> —exclamó—. ¿Dónde están nuestros apuntes sobre las enfermedades venéreas?

Vera encontrábase de rodillas y se frotaba la frente tratando de reconcentrar sus pensamientos.

—¡Alguien me los ha pedido prestados! ¿A quién se los he prestado? No me acuerdo de nada, no me acuerdo... ¿No es todo mentira? —volvió a gritar—. ¿No es todo mentira?

Horohorin señaló el papel que seguía encima de la mesa:

—¿Crees que he ido allí por guasa?

Ella dio un salto. Los libros que tenía en el regazo cayeron al suelo. No se cuidó de levantarlos. Le hacían pensar en sí misma al deslizarse cada vez más abajo sin nada que los detuviera.

—¡Espera! —gritó—. ¡Espera! ¿Y la muchacha de la fábrica? ¿Va a pasarle lo mismo a ella?

Irritado, Horohorin agitó la mano.

—¡Yo qué sé! Es muy probable.

—¡Qué bicho más repugnante eres, Horohorin!

—¿Quién tiene la culpa de todo ello sino tú? —exclamó él con desesperación—. ¡Tú has sido la que me has lanzado por ese camino!

Vera tenía puesta la bata de vivos colores. Horohorin la veía con silenciosa irritabilidad andar de un lado a otro.

---

<sup>3</sup> Seguramente se refiera a algún manual de Ernst Adolf Gustav Gottfried von Strümpell (1853-1925), neurobiólogo germano-ruso. | N. de la E.

—¡Tú! ¡Tú! —repetía obstinadamente—. ¡Tú! Nunca me había acercado yo a las mujeres de la calle, porque no soy un chiquillo... Tú hiciste que Ana me abandonara. Ni tú misma sabes lo que quieres: no te sacias nunca de hombres. ¡Tú has destruido mi vida! ¿Por qué fuiste a verme aquella noche? ¿Por qué?

Ella se apartó de él con desprecio.

—¡Tú...! ¡Tú...! —repetía él agitando las manos—. ¡Tú! Tú eres una verdadera burguesa, me has arrastrado a esta charca...

Vera daba vueltas por la habitación sin escucharle. Al fin se detuvo. Aquel instante de silencio se le apareció a Vera con la quietud de una tumba.

—¿Será posible, será posible que también yo esté enferma? —dijo deteniéndose delante de él.

—Es lo más probable —contestó él sombríamente.

El torbellino de sentimientos, ideas y gestos acabó por fatigar a Vera. Los libros que había por el suelo seguían enredándose a sus pies. Se agachó para recogerlos, pero dejó caer las manos con gesto desesperado.

—¡No! ¡No es posible que me pase nada malo!

—Lo mejor que puedes hacer es ir a ver a un médico.

Ella se estremeció: le hubiera sido mejor no saber nada. Horohorin agregó:

—Allí son todos muy atentos. Están acostumbrados. Para ellos es una rutina.

Horohorin desahogaba su rabia como si fuera una saliva ponzoñosa. Cuanto más sentía los efectos del veneno más se reflejaba éste en sus desatinadas palabras.

—Estando yo allí se presentó una niña de unos doce años a la que le dijeron que tenía la sífilis, y ella se limitó a suspirar y dijo: «¡Menos mal! ¡Temía que fuera el sarampión!».

Vera no le escuchaba. Se esforzaba por contener sus lágrimas. Histéricos sollozos la estrangulaban. Se acercó a la ventana. El perfumado aroma del aire primaveral, saturado de la risa de los niños y del rumor del tráfico, la dejó aturdida. Todo seguía igual, sólo que ella se estaba hundiendo en una tenebrosa sima y sabía que sólo algo sobrenatural podía detenerla ya.

El mundo, el hermoso mundo, estaba destruido y se derrumbaba con ella.

XII  
LO MEJOR ES MORIR

Con los dedos helados Vera se tocó la abrasada frente, y este contacto pareció reanimarla.

—No; no puede ser cierto —se dijo.

Horohorin permaneció silencioso. Ella le miró como si de pronto se acordara de su presencia y dijo tranquilamente:

—¡Horohorin, vete de aquí!

Él no prestó atención a sus palabras. La pesadez del inacabable y fatigoso día le abrumaba como una carga física. Sentíase imposibilitado de levantarse e irse.

—Primero tenemos que decidirnos —dijo—. Tenemos que tomar una decisión definitiva...

Ella repitió:

—Vete y haz lo que te parezca. Pero déjame en paz...

Sin escucharla, Horohorin contestó excitadamente:

—No; ya no hay nada que decir. He dicho que es cosa hecha. No hay otro camino. ¡No!

—Aun cuando saques una pistola no te creeré —dijo ella secamente—. No eres capaz de matar a nadie: ni de matarte tú. ¿Me oyes? ¡Vete!

Vera se volvió otra vez hacia la ventana. Las sombras iban llenando la calle. Desde la acera llegaron a sus oídos voces infantiles. A lo lejos una voz gritaba:

—¡Vania, ya es hora de que vengas a casa!

Los altos arcos de delante de la casa, con sus crestas que dominaban el tejado, murmuraban entre sí. Un coche pasaba haciendo resonar el empedrado.

Vera se apoyó en el alféizar de la ventana. De súbito se sintió desfallecer y pensó: «Jamás he sentido tantos deseos de vivir como esta primavera. Puede que sea ésta la causa».

Horohorin no la miraba. La pistola que tenía en el bolsillo era algo tan sólido y concreto como la decisión que ocupaba su mente y, sin embargo, eran terriblemente ciertas las palabras de Vera: «Ni de matarte tú».

Haciendo un gran esfuerzo se levantó y miró desconsoladamente hacia la puerta.

—¿Por qué habré venido aquí? —pensó mirando furtivamente a Vera.

Ella sorprendió su mirada y entonces él volvió a sentarse.

— ¡Vete de aquí! —exclamó ella con tono casi suplicante.

— ¡Escucha, Vera!

— No quiero escuchar ni una palabra más.

— No somos los únicos...

— ¡Cállate! ¡No pretendas ser todavía peor de lo que eres!

— ¿Qué crees que debemos hacer?

— ¡Mátate! ¡Mátate! —gritó ella alocadamente—. ¿Para qué vives?

Sus palabras y sus ojos terribles impresionaron a Horohorin.

— ¡Piensa en ti misma! —dijo éste quedamente.

— ¿Qué quieres decir? —le interrumpió ella furiosa.

Sin decir una palabra Horohorin se acercó a la mesa, se sentó en el sillón, mojó una pluma, arrancó una hoja de papel de un cuaderno y escribió las siguientes palabras: «Es imposible vivir de esta manera».

Como si quisiera hipnotizarse se quedó mirando lo que había escrito.

— ¡Eso ya lo he oído antes! —dijo Vera encogiéndose de hombros al mirar la hoja de papel—. ¿Nada más?

Horohorin la miró cejijunto y agregó: «Lo mejor es morir». Después puso su firma debajo.

— Eso es un poco más nuevo —dijo Vera—. ¿Nada más?

— ¡Eso es todo!

Con una sonrisa patética que hizo a Vera sentir un desprecio peculiar por él, Horohorin sacó la pistola del bolsillo y la contempló. Luego miró a Vera.

— A los dieciocho años, siendo aún un chiquillo, trabajé para la Checa —dijo sopesando la pistola en la fría e inerte mano—. Y ahora..., ahora ni siquiera puedo alzar la mano contra un miserable como yo.

Vera se puso roja. El desprecio y la ira la estrangulaban.

— ¡Horohorin, quiero que te marches de aquí inmediatamente!



Horohorin vio sus ojos henchidos de odio y de desprecio. En una fracción de segundo, que le bastó para apuntarla con la pistola, lo rememoró todo: el primer encuentro, la bata de vivos colores, las piernas desnudas, y después la negra sima de la degradación, de falta de voluntad, de desesperación y apasionamiento que tanto le hacía despreciarse a sí mismo. Gritó:

—¡Tú primero!

—¡Vete! —exclamó ella alzando la mano para pegarle o arrojarle fuera.

Horohorin titubeó y en el mismo instante el estampido ensordecedor de un disparo le dejó atónito. Vio que Vera, mordiéndose los labios para ahogar un grito, se llevaba la mano convulsivamente al pecho. A través de sus dedos brotaba la sangre. Se desplomó. Horohorin se quedó mirándola sin acabar de comprender todavía: le desconcertaba la facilidad con que había sucedido todo.

La bala debía de haber alcanzado a Vera en el corazón. Sin quitarse la mano del pecho, hacía esfuerzos convulsivos en el suelo como si tratara de levantarse. Oscuros hilillos de sangre corrieron rápidamente por el amarillento suelo y pronto formaron un charco. Horohorin avanzó hacia la puerta. No podía apartar la vista de aquel charco de sangre, que crecía por momentos. De pronto, la mano de Vera se escurrió de su pecho y colgó inerte. Entonces Horohorin observó que las líneas del cuerpo de la muchacha habían adquirido una rigidez cadavérica: su cabeza había caído hacia atrás, su barbilla sobresalía enhiesta. La corta bata se había arrollado a sus piernas.

Horohorin se sobrecogió de súbito.

Fuerte, excitadamente, alguien llamaba a la puerta. Volvióse hacia ella y echó el cerrojo. Alguien decía:

—¿Qué ha pasado? ¡Abran la puerta!

Horohorin quiso decir: «¡Un momento!»; pero su lengua se negó a moverse. Los golpes que sonaban en la puerta se hicieron cada vez más insistentes.

—¡Abran la puerta! ¿Qué está pasando ahí?

Horohorin se mordió los labios hasta hacerse sangre. Luego, sorprendido él mismo de su serenidad, contestó:

—No ha pasado nada. Enseguida abro...

Se asomó a la ventana, miró luego a la puerta y de pronto, sintiéndose cazado por aquellas cuatro paredes, por aquella gente pertinaz con sus golpes en la puerta, por aquel día terrible y por su vida entera, cogió la pistola, apuntó contra sí mismo y apretó el gatillo.

## TERCERA PARTE: FINES Y PRINCIPIOS

### I

#### EL HONOR DE LA JUVENTUD COMUNISTA

Si los peores temores del director de la Universidad se hubieran visto confirmados y el piso y las paredes del gimnasio se hubieran venido abajo, no se hubiese producido mayor excitación, nerviosidad y depresión de ánimo que las que se experimentaron aquella noche fatídica cuando llegó al club la noticia de lo que había sucedido en el cuarto de Vera.

Todos los pasatiempos normales quedaron olvidados. Todas las cuestiones candentes del día perdieron su interés y su sabor. Todas las costumbres fueron quebrantadas. Los atletas andaban de un lado a otro con la cabeza inclinada y los brazos inertes. Los tableros de ajedrez estaban abandonados. La cantina estaba más silenciosa que un cementerio. Los periódicos de la tarde permanecían intactos en la biblioteca.

Rodeada de amigas, Zoya lloraba de pie junto a la ventana. Hallábase en tal estado que le era imposible contar la historia: no hacía más que agitar las manos, apretarse las sienes y repetir:

—¿Por qué? ¿Por qué me marché? ¡No debí marcharme! ¡Si yo hubiera estado allí no hubiese pasado nada!

Los estudiantes que iban llegando a la Universidad se acercaban al pequeño grupo que se había formado a su alrededor, y luego se marchaban mirando a todas partes y prestando atención. En el gimnasio se estaba celebrando una reunión extraordinaria: una muchedumbre agitada se apretujaba en torno a Korolev.

La discusión se iba haciendo cada vez más acalorada y se agriaba por momentos. Los que habían estado junto a Zoya se unieron poco a poco a este grupo. La misma Zoya no tardó en incorporarse a él; pero le dolía la cabeza y la sensación de frialdad que experimentaba en torno al corazón le impedía comprender lo que se decía.

Se abrió paso hasta Senia y dijo:

—Me voy, Senia. ¡No puedo resistirlo más tiempo!

Senia la acompañó hasta la puerta.

—No sé —repetía Zoya—, no sé lo que le pasará a Varia. ¿Cómo voy a decírselo?

Irritado, Senia se frotó la frente: parecía que aquella tragedia se complicaba más a cada momento. No había suficiente dureza ni palabras bastantes para desentrañarla, para simplificarla y poder sacar algo en limpio.

—No creo que tengas necesidad de decirle nada. A estas alturas todo el mundo debe estar enterado allí. Lo único que tendrás que hacer será calmarla un poco...

—Nadie conoce a esa muchacha —dijo Zoya con voz trémula—. Nadie...

—En fin, no creo que vaya a ahorcarse.

—¡No, no! Pero lo otro puede que sea todavía peor.

Senia movió la cabeza de un lado a otro.

Dominado por la pesadumbre vio partir a Zoya y la siguió con la vista desde el umbral.

La muchacha atravesó el patio, le sonrió desde lejos, aunque ya no podía verle, y desapareció en la trágica negrura de la noche.

Senia volvió al gimnasio. Sulich corría de un lado a otro gritando:

—¿Dónde está Korolev? ¿Habéis visto a Korolev?

El sosegado anciano que nos servía de portero, bedel y sereno dijo con voz afable:

—Ha vuelto al gimnasio.

Sulich echó a correr en su busca y se detuvo ante la muchedumbre congregada. Korolev estaba subido en una silla diciendo con excitación:

—¡Camaradas, el Partido Comunista es el centro de nuestra vida organizada! Cuando uno de nuestros camaradas comete un crimen canallesco hay que darse cuenta, camaradas, de que el honor del Partido Comunista, el honor de la Juventud Comunista está en peligro...

Ana soltó una estrepitosa y falsa carcajada. Algunos se volvieron a mirarla irritados, pero con un tono de reto en la voz ella exclamó:

—¡Protesto contra esas expresiones burguesas! ¡El honor de la Juventud Comunista! Estoy viendo que no vais a tardar en hablarnos del honor de la bandera, del honor de la nobleza. ¡Eso es estúpido e intempestivo, Korolev!

Muchos de los presentes se quedaron desconcertados. Pero no tardaron en oírse varias voces alentadoras, y Ana, deseando discutir con Korolev, se metió en el centro mismo de la multitud. Con voz apasionada, Senia siguió hablando. Los jóvenes, debilitados por los acontecimientos, le reconocían como su jefe en aquella luctuosa noche.

—¡Sí! —decía visiblemente excitado—. ¡Sí! Si hay quien no lo entienda tendré que ser más explícito. Sí; tenemos que cultivar en nosotros la moral de clase, la moral del Partido, la moral comunista. Sí; en otros tiempos se hablaba del honor de la bandera, del honor del regimiento, del honor de la nobleza. Nosotros hemos acabado con eso, y nos enorgullecemos de ello; ésa es la señal de nuestra conciencia de clase. Pero por extraño que pueda pareceros, aquellas fórmulas sobre el honor de la bandera y el honor del regimiento resultaban útiles en la guerra, porque eso sirve para organizar y concentrar las energías. Es necesario que no olvidemos esto en nuestra organización local, en nuestro Partido, en nuestra clase, en nuestro país soviético. Si nos hallamos en el extranjero y un burgués insulta al régimen soviético tendremos que contestarle a bofetadas. No es posible que lo toleremos. ¿Es así o no?

Las palabras de Ana fueron ahogadas por los gritos de aprobación. Ana se esforzaba por encontrar algo duro que decir, cuando Gretz, que estaba a su lado, gritó:

—¿Somos una clase feudal?

—No se trata de eso —contestó serenamente Senia—. La clase que la detenta no es la misma; pero existe una semejanza exterior que yo no puedo ni quiero disimular. Tenemos que defender el honor de la Juventud Comunista, de nuestra clase y de nuestro país. No podemos consentir que nadie nos escupa a la cara y critique nuestra moralidad señalando la conducta de nuestros camaradas... Por lo tanto, las objeciones de Ana y de Gretz son completamente injustificadas.

La concurrencia iba aumentando rápidamente. Los que pasaban por allí se detenían, prestaban atención y se quedaban. Era evidente que la mayoría se inclinaba del lado de Senia. Con una sonrisa cáustica y retadora, Ana preguntó:

—¡Perfectamente! Pero, ¿cómo ha insultado Horohorin nuestro honor comunista?

—¿Qué necesidad hay de hablar de lo que todo el mundo conoce y ha visto con sus propios ojos? —preguntó Korolev—. Si una muchacha se niega a ayudar a un hombre a satisfacer sus deseos animales...

—¡Naturales, no animales! —rectificó Ana.

—El sentimiento natural y normal de un hombre decente es el que todos llamamos amor, y no implica necesariamente el acto sexual...

—¿Qué otra cosa implica? —preguntó con descaro Gretz.

—Implicará cogerse de la mano —dijo Ana con sorna.

Esta observación fue acogida con tal algarabía, que Senia meneó la cabeza, se tapó los oídos y guardó silencio.

Sin embargo, pronto se oyó gritar:

—¡Que hable Korolev! ¡Que hable!

Ana cuchicheó varias veces la palabra «burgués», pero dejó proseguir a Korolev.

—No es éste el momento ni el lugar adecuado —dijo Senia con una sonrisa— para abrir una discusión sobre una materia como el amor...

—¿Por qué? —preguntó Ana.

—Ante todo porque es un asunto demasiado complicado y conviene tratarlo con más tranquilidad... Y después, porque debemos aprovechar esta reunión para tratar de lo que está presente en el corazón y en el espíritu de todos...

Ana miró en torno suyo triunfalmente, pero su gesto sólo le acarreó siseos.

Con voz más tranquila, Senia continuó:

—Yo compadezco a aquellos que no ven en el amor nada más que el acto sexual. Estoy seguro que acabarán de igual manera que Horohorin, y hasta puede que peor. Por eso creo que es de la mayor importancia para nosotros que reflexionemos sobre los sucesos de hoy... No solamente está en peligro nuestro honor, sino que esto encierra una lección para muchos de nosotros...

Ana le interrumpió:

—¿No te parece una costumbre burguesa desmenuzar a los demás y sacar a relucir sus trapos sucios? ¡Déjate de esas cosas! ¡La vida privada de nuestros camaradas no nos interesa!

Ante esta interrupción, los mismos partidarios de Ana parecieron abandonarla. Una vez más se entablaron discusiones múltiples y se hizo imposible entenderse.

—¡Ya lo creo que nos interesa! —gritaba uno.

—¿Cómo vamos a separar la vida del Partido y la vida privada?

—¿Quieres decir —le gritaba Sulich a Ana— que si yo te arrastro a un rincón y te violo, todos los demás deben pasar por mi lado sin molestarme porque se trata de mi vida privada? ¿Es eso?

Tantas eran las personas que hablaban y gritaban alrededor de Ana que a ésta no le era posible contestar a todas. Por otra parte, no podía encontrar términos adecuados para dar la impresión de convicción y de apariencia de lógica. Avanzando unos pasos, le gritó a Korolev:

—¡Vamos al grano! ¿Cómo ha insultado Horohorin vuestro honor?

Su voz tenía un tono histérico. Esforzándose por calmar a la gente, Senia levantó las manos, extendió los dedos, y dijo:

—Camaradas, el mero hecho de que uno de nuestros compañeros se haya suicidado significa un insulto para nosotros. Eso significa que llevamos una vida perniciosa, que no le hemos facilitado un asidero, que estamos todos corrompidos y que todo cuanto hacemos no produce más que desilusiones...

—Tenía otras razones... —dijo alguien en voz baja detrás de él, pero no fue posible identificar al que había hablado.

—Sí, ya lo sé, he oído hablar de ello —prosiguió Senia—; pero, sin embargo, es inadmisibile, sobre todo en un estudiante de medicina, adoptar la actitud burguesa de que la enfermedad es incurable. Ni siquiera conocía aún los resultados del análisis... Pero esto no tiene importancia —dijo Senia con nueva energía en la voz—. Exagerando ciertos detalles puede llegarse a comprender el suicidio; pero el asesinato de una mujer en tales circunstancias es absolutamente imperdonable...

En aquel preciso instante uno de la última fila gritó junto a la puerta:

—¡Un momento, Korolev! ¡Aquí hay un hombre que quiere verte!

Irritado por la interrupción, Senia miró por encima de las cabezas de la concurrencia.

—¿Quién es?

—¿De qué se trata? ¡Dejadle acabar lo que estaba diciendo! —gritaban voces por todas partes.

—¿Quién quiere verme? ¿No puede esperar?

La misma voz de antes contestó:

—Es un inspector del departamento de investigación criminal...

—¡No tenemos tiempo que perder con él! —gritó Ana.

—¡Quiere verte para algo relacionado con Horohorin!

—¡Vete, Korolev! —dijo Sulich—. Procuraremos arreglarnos sin ti...

Y lanzó a Ana una mirada tan significativa que Senia no dudó de la fuerza de los argumentos que iban a emplearse y cuchi-  
cheó echando a andar:

—¡Procura que no se llegue a las manos!

La reunión pareció perder interés. Korolev se abrió paso entre la gente, y en la puerta se encontró con un hombre que llevaba un alto gorro de piel con orejeras y que le estaba esperando.

—Yo soy Korolev —dijo secamente—. ¿En qué puedo servirle y a qué viene tanta prisa?



El recién llegado le miró, sacudió con aire importante el carapacio que llevaba bajo el brazo, y se inclinó:

—Perdone usted...

Y tras un breve silencio, agregó con una tenue sombra de orgullo y de engreimiento:

—Soy el inspector del distrito segundo, donde ha tenido lugar este desdichado asunto...

—Bueno, ¿y qué?

—En el ejercicio de mis funciones, y con el objeto de aclarar determinadas circunstancias misteriosísimas relacionadas con el asunto...

Los estudiantes que se hallaban alrededor dieron evidentes muestras de curiosidad. Sorprendido, Senia miró al hombre, pero inmediatamente le invitó a seguirle y se dirigió a un rincón discreto de la biblioteca. La gente retrocedió para dejarlos pasar y les siguió con ojos en los que ardía aún el calor de la discusión.

## II LO MEJOR ES MORIR — LOS DOS

Puede decirse sin ninguna exageración que Ossokin apareció en el lugar de la tragedia antes de que el humo o el olor de los disparos hubieran tenido tiempo de desvanecerse.

Contrariamente a las manifestaciones de la mayoría de los autores, los hechos demuestran que su precipitada aparición no tenía nada de casual. Frecuentemente la vida relaciona a la gente con hilos tan finos y teje con éstos tan extraños dibujos que aún la más caprichosa imaginación se niega a creer la realidad. Un autor inteligente no inventa nunca nada. Se limita a combinar los hechos tal como los ha observado en la vida. Sin embargo, esto no le protege contra la acusación de sus lectores de que sus combinaciones son imposibles.

Claro está que nosotros nos hallamos a cubierto de semejante sospecha. Nosotros no estamos escribiendo una novela, sino presentando simplemente, con todo detalle, la crónica de unos hechos reales que acaecieron en nuestra ciudad, acontecimientos sobrado conocidos ya en toda Rusia y de los que muy recientemente se ha hablado y escrito.

Apartando a los curiosos apiñados en el patio, en el portal, en la escalera y en la cocina, Ossokin se detuvo en el umbral del cuarto del callejón del Perro.

Todo el mundo se le quedó mirando sorprendido. Dirigiéndose a su vecina en voz baja, una vieja preguntó:

—¿Es el padre? Dicen que su padre vivía aquí...

—¡Su padre es cubero! ¡Tiene un taller en la fábrica de cemento! Éste no se le parece. Su padre es cojo. Yo le he visto una o dos veces que ha venido a verla...

Ossokin absorbió todo este cuchicheo a sus espaldas.

—¡No es ella! —decidió con un sentimiento mezclado de alegría y de desilusión, y abriendo la puerta entró en el cuarto.

El agente que estaba sentado a la mesa se levantó, y reconociendo a Ossokin, le informó del caso. El estudiante había dado señales de vida y se le había llevado al hospital... No se había tocado ninguna otra cosa.

Ossokin no le escuchó; estaba mirando la sábana que había sido arrancada de la cama para cubrir el cuerpo, y, absorto en sus pensamientos, se acercó.

El agente apartó solícitamente la sábana.

—¿Quién es? —preguntó Ossokin con voz forzada.

—Dicen que era una alumna de la Universidad —dijo el agente no sin cierto tono de simpatía en la voz—. Se llama Vólkova. De nombre Vera. Parece ser que él la mató primero, aunque puede que haya sido un suicidio mutuo... Encima de la mesa hay una nota...

Ossokin tapó con la sábana el rostro lívido de la mujer y se volvió hacia la mesa.

—¿Había alguien más en la habitación cuando ocurrió esto? —preguntó tras unos momentos de silencio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Alguna otra muchacha, por ejemplo... Aquí vivía otra muchacha, una amiga suya.

—No había nadie.

—¿Dónde está entonces?

—Puede que lo sepan los vecinos. Yo acabo de llegar de la comisaría...

Ossokin se rehízo. La expresión de extrañeza del policía y el tono nervioso de sus respuestas le serenaron. Cuando llegó el comisario, Ossokin estaba examinando ya atenta y tranquilamente la nota. No era mucho lo que había escrito en ella:

«Es imposible vivir de esta manera. Lo mejor es morir — los dos. *Horohorin.*»

Con aire de indiferencia el comisario miró la firma, leyó la nota en voz alta varias veces y se volvió hacia Ossokin:

—Bueno, tendrá usted que encargarse de esto. Es su distrito. No tiene nada de complicado. Es un caso bien claro de suicidio. Seguramente él la mató primero. ¿Cómo está él? —preguntó al agente.

Éste meneó la cabeza:

—No saldrá adelante.

El comisario dio varias vueltas a la habitación, imprecó con tono autoritario a los curiosos que se apiñaban en la puerta, y por último dijo:

—¡Ossokin! Cuando esté usted listo, informe del caso al jefe. Yo me voy de la ciudad...

—Está bien —contestó Ossokin.

Y después de acompañar a su superior hasta la puerta, comenzó a prepararse meticulosamente para el trabajo habitual: buscó pluma y tinta, mandó al agente en busca de papel, y apartando la nota recogió la pistola del suelo y la examinó. Se dispónía ya a dejarla a un lado, con el resto de las pruebas, cuando de súbito experimentó un sobresalto, desencajó los ojos y volvió a examinarla escrupulosamente una y otra vez.

Cuando regresó el agente le ordenó que llevara una vela, y sacando del bolsillo un trozo de lacre y un sello lio un cordel a la pistola y lo selló. Después recorrió toda la habitación, examinando atentamente todo cuanto caía en sus manos.

Parecía singularmente excitado cuando salió del gabinete, que estaba lleno de ropas que parecían irradiar el calor de un cuerpo vivo.

—¿Se ha ido ya el médico?

—Ha salido para llevar al hombre al hospital, pero ha dicho que volvería enseguida.

—¿Quién ha acudido primero?

—Los vecinos. Una vieja acompañada de un tipo que parece judío. Todavía están aquí. Les he dicho que esperen. Ellos han sido los que me han llamado.

—Dígales que entren.

Ossokin miró excitadamente en dirección de la pistola, y cogiendo la pluma comenzó a escribir las palabras de rigor:

«Yo, Piotr Ossokin, inspector del segundo distrito, habiéndome personado en el domicilio de la ciudadana...»

—¡Aquí están! —le interrumpió el agente.

Acaso por vez primera en veinte años Ossokin modificó el procedimiento habitual del interrogatorio de los testigos y, sin inquirir el nombre, preguntó:

—¿Han oído ustedes los tiros?

—Sí —dijo el hombre, presa de gran agitación—. Y en cuanto los oímos fuimos a avisar a la policía.

—¿Cuántas detonaciones han oído?

El hombre pareció extrañado de la pregunta.

- ¡Sólo dos! ¿Por qué?  
—¿Oyeron ustedes dos tiros?  
—¡Sí! ¡Dos!  
—¿Está usted seguro?

Un tanto irritado el hombre, agitó las manos y contestó:

—Yo estaba sentado en mi casa cuando de pronto oí un estampido que parecía un tiro. Vine corriendo a la cocina y la vieja me gritó: «¡Alguien ha disparado! ¡Alguien se ha caído al suelo!». Nos pusimos a aporrear la puerta, y entonces oímos el segundo tiro, el que se disparó él.

—¿Así que ha habido dos tiros?

—¡Sí! ¡Dos!

—Perfectamente. ¿Quiere usted decirme su nombre y sus dos apellidos...?

El interrogatorio no duró mucho tiempo, aunque Ossokin hizo comparecer a todos los vecinos y les interrogó sobre la muchacha muerta, sobre su vida, sobre sus amigos y principalmente sobre las personas que habían ido a verla aquel día. Las respuestas eran inseguras y había que sacarlas a la fuerza. Para todo el mundo estaban las cosas tan claras que el interrogatorio les parecía una molestia innecesaria. La vieja, que era la que mejor había visto a los diversos visitantes, agitaba muchísimo las manos:

—¿Cómo voy a acordarme de todos ellos? Yo ando ya mal de la vista, y si alguien pasa corriendo por la puerta, ¿cómo voy a saber quién es? ¡Hoy han venido lo menos cinco personas! ¿Por qué voy yo a molestar a la muerta hablando de estas cosas? Era una buena muchacha, que nunca me ha hecho ningún mal. Cada vez que pasaba me decía: «¿Siempre trajinando, abuela?». Y yo le contestaba: «¡Qué remedio me queda, hija mía!».

La vieja se echó a llorar, y Ossokin la dejó en paz.

El doctor Karmanov, que era el médico forense y que acababa de regresar y prestaba atención fumando su pipa, se echó a reír:

—¡Qué pelma es usted, Ossokin! ¿Por qué estropear todo este papel? Nadie va a leerlo nunca.

Ossokin se encogió de hombros:

—¡Vaya usted a saber!

—No hay lugar a dudas. El hombre seguramente se morirá, y, por lo tanto, no habrá proceso. Aun en el caso de que salga adelante lo más probable es que confiese y entonces todos sus papeles serán inútiles. Termine de una vez y deme la pluma: tengo que preparar el informe sobre el estado del cadáver.

—¿Lo ha examinado usted ya?

—Sí.

—¿Ha salido la bala?

El doctor se sonrió.

—¿Cómo se le ocurre pensar eso? ¿Salir una bala de pistola a esa distancia? ¡Es imposible!

—Yo lo creía así; pero, en fin, usted sabrá. ¿Y el hombre?

—Tiene una herida en el vientre. La bala se ha alojado en el intestino delgado. Le he hecho llevar al hospital. Samsónov quiere intentar la operación.

—Bueno, bueno —murmuró Ossokin—. Yo creía que acaso uno de ellos se hubiera suicidado y el otro se hubiera tropezado con una bala perdida...

—¿Está usted loco? —preguntó el doctor sorprendido—. ¿Qué está usted diciendo? ¿De qué se trata?

Ossokin se levantó, y saboreando la creciente curiosidad del médico permaneció silencioso.

—¡Dos disparos, dos balas, pero sólo una cápsula de menos en la pistola!

El médico desenchajó los ojos, pero dijo con voz tranquila:

—¡Es curioso! ¿Dónde está la otra pistola?

—¡Seguramente en el bolsillo del que ha disparado!

—Un momento: el herido no tenía nada en los bolsillos. Una pistola no es un alfiler. La hubiéramos visto... ¿Ha registrado usted la habitación?

Ossokin no juzgó necesario contestar a esta pregunta. Comenzó a pasearse de un lado a otro absorto en sus reflexiones. De cuando en cuando se acercaba al cadáver, levantaba la sábana y examinaba el rostro: éste era hermoso, las facciones empezaban a quedarse frías e indiferentes, la expresión era de infinito reposo, una expresión que evocaba la paz eterna.

Tal fue la idea que se le ocurrió a Ossokin, y una vez más cubrió la yerta cara respetuosamente. De nuevo se puso a pasearse

de un lado a otro frotándose la frente y mirando alrededor con aire pensativo.

Fumando su pipa, el médico le contemplaba atentamente.

—Hablando en serio, ¿tiene usted sospechas?

Ossokin se sonrió de súbito.

—Sí.

—¿Cuáles?

—¿Cuáles? —dijo Ossokin volviendo a sonreír—. Tengo sospechas, doctor.

—Pero, ¿en qué consisten? —preguntó el doctor con impaciencia.

—No; no se trata de una sospecha, doctor, sino de una certidumbre. Estoy seguro de una cosa.

El médico, avivada extraordinariamente su curiosidad, clavó la vista en el inspector, que se frotaba las manos con aire satisfecho.

—¿De qué se trata? ¡Hable de una vez!

Ossokin cruzó la habitación.

—Yo estoy convencido de que cada cual ocupa en este mundo el lugar que le corresponde, y yo estoy en el que me corresponde a mí. Habré sido predicador por equivocación, pero la investigación criminal es mi fuerte.

Un tanto irritado, el médico le escuchó y repitió su pregunta:

—¿De qué se trata?

—Se trata de que este caso va a resultar extraordinariamente excepcional como yo me llamo Ossokin.

No pudiendo soportar aquello más tiempo, el médico extendió las manos y suplicó:

—¡Vamos, dígame! ¿Qué demonios ha descubierto usted?

Ossokin se sonrió y permaneció silencioso. Luego, haciendo una seña, condujo al médico al gabinete.

—¡Una puerta falsa! —dijo Ossokina quedamente abriendo la puerta excusada.

El médico silbó entre dientes y retrocedió un paso.

—¡Espere un momento! ¡Espere un momento! —exclamó—. ¿Y la nota? ¿Qué más quiere usted?

Ossokin cogió la nota de la mesa, la miró varias veces y con evidente desdén la volvió a dejar.

—Una nota es una nota, sin embargo los hechos son los hechos —murmuró, y mirando en dirección del cuerpo de la muchacha meneó la cabeza; no pudo por menos de acordarse en aquel instante de otra muchacha que acaso supiera más sobre aquello que lo que sabía él.

Precipitadamente desechó esta idea. El médico se paseaba por la estancia presa de gran agitación.

—Pero espere un momento... ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué puede haber pasado aquí?

Ossokin juntó los talones vivamente, se inclinó y con un aire burlón de ceremonia dijo:

—Eso es cosa nuestra. A nosotros nos corresponde suponer y averiguar exactamente lo que ha pasado aquí.

El médico meneó la cabeza dudando, se encogió de hombros y dando muestras de enojo se sentó a redactar su informe.

Con paciencia condescendiente, Ossokin esperó a que terminara y luego avisó una ambulancia y dio orden de que fuera conducido el cadáver al depósito para hacérsele la autopsia.

Ya estaba entrada la noche cuando después de reunir todos los papeles y sellar la habitación, se encasquetó su gorro y salió.

Pero no se fue a su oficina hasta la mañana siguiente.

Con un cartapacio debajo del brazo y una sensación caótica en la cabeza, lejos de pensar en marcharse a la oficina a poner en orden los papeles e informar a su jefe, penetró en el restaurante «El Castillo de Tamara» por la puerta posterior, como era su costumbre, y llamando al propietario, un armenio gordo y obsequioso, le dijo despertándose el apetito al hablar:

—Tráigame una ración de *shashlik*... Con mucha pimienta. Y no escatime el limón. Tráigame uno entero. Mucha cebolla. Cuide de que la corten en rodajas más finas que el papel... Luego un buen vaso... Sólo uno. Nada más. Tengo un asunto muy serio en la cabeza.

Todo le fue servido con arreglo a sus deseos. Dos vasos de buen vino imprimieron a su mente una desusada actividad. Ossokin salió del restaurante del mejor humor y hasta dio una propina generosa al moreno armenio, que le despidió a la puerta diciendo:

—Hasta la vista.



### III

#### ¿QUÉ SIGNIFICA LA RAYA?

Senia condujo al inspector a la biblioteca y le indicó en silencio una silla. Antes de sentarse ni de sacar sus papeles, el recién llegado se presentó nuevamente:

—Ossokin, inspector del distrito segundo. ¿Podemos hablar de un asunto?

Korolev le miró con interés, y se sentó frente a él.

—¿En qué puedo servirle?

Cuidadosamente, Ossokin se despojó de su gorro de piel, lo dejó en una silla, colocó su cartapacio sobre la mesa y poniendo la mano encima dijo:

—Se trata de un asunto importantísimo que hay que estudiar con toda reserva y prontitud. Tenemos que andarnos con mucho cuidado en estas cosas porque no existen nada más que sospechas... Estas sospechas contradicen los hechos; pero, ¿qué son los hechos? Tenemos una especie de sexto sentido que nos ayuda. Además, en este asunto se observan algunas cosas extrañas...

Senia le escuchaba pacientemente.

—¿Qué cosas extrañas? —preguntó.

—Un momento, un momento. Permítame que le cuente todo y usted mismo sacará sus conclusiones...

Con una sonrisa, Senia contempló al obsequioso inspector.

—La cosa parece estar bien clara... Parece ser... —empezó sosegadamente Senia.

—Sí, es verdad —le interrumpió Ossokin animadamente—. Pero es menester tener el sexto sentido, el verdadero sentido... Horohorin está sin conocimiento. Ya me he informado. Si no muere esta noche morirá durante la operación. Si no muere durante la operación, de todas formas no nos dejarán interrogarle... Y hay muy pocas esperanzas de que recobre el conocimiento... Me he informado. Está delirando y dice que él la ha matado... Sí, eso es verdad. Además había una nota encima de la mesa... Seguramente usted reconocerá la letra. ¿Verdad?

Ossokin sacó una hoja de papel del cartapacio. No sin cierta sensación interna, Senia tendió la mano y leyó: «Es imposible vivir de esta manera. Lo mejor es morir — los dos».

—¿Ha escrito esto Horohorin?

—Sí. Es su letra.

—¿No tiene usted ninguna duda?

Silenciosamente Senia se levantó y salió de la habitación. Un instante después estaba de vuelta con una hoja de papel en la mano.

—Aquí tiene usted las notas de una reunión tomadas por Horohorin. Compárelas.

Con aire indiferente, Ossokin las miró por encima.

—No hace falta ser un perito para decir que la nota ha sido escrita por el mismo hombre. Aun cuando haya una ligera diferencia, podría explicarse por su estado de excitación. Eso no es lo importante. Examine usted la nota cuidadosamente. ¿No ve usted nada extraño? Si se tratara simplemente de identificar la letra no le hubiera molestado. Es otra cosa lo que me interesa.

Intrigado, Senia examinó la nota. Ossokin le indicó con el dedo la raya que separaba las dos últimas palabras.

—Yo no soy un erudito; pero ¿podría usted decirme por qué razón puede haber empleado un hombre una frase tan torpemente construida?

Senia examinó la raya, que parecía en discrepancia con el resto de la nota y se encogió de hombros.

—Horohorin tiene muy buen estilo. Me extraña que lo redactara de esta manera.

—¿Y observa usted también —dijo el inspector subiendo inesperadamente de tono y alargando la cabeza como un podenco que venteara su presa— que las palabras que siguen a la raya son distintas de las demás?

—Sí, eso parece...

—Podría deberse —agregó vivamente Ossokin— a que primero estuviera decidido a matarse; pero como matar a otra persona era algo muy distinto acaso le hubiera temblado la mano al adoptar su última decisión...

Senia se le quedó mirando con aire perplejo.

—Es necesario —prosiguió Ossokin— que confrontemos todos los hechos y no nos limitemos a consignarlos. Observará usted que yo explico cumplidamente cada una de mis conclusiones. Las últimas dos palabras son diferentes; pero hay motivos sobrados para que lo sea... ¿Lo observa usted también? Es diferente, pero todavía lo podía haber sido mucho más.

Ossokin exhaló un suspiro de orgullo.

—Podemos dar esto de lado. Podemos contentarnos con la explicación evidente. Pero ¿cómo puede usted explicar que un hombre excitado, dominado por un solo pensamiento, construyera la frase de una manera tan rara?

Y Ossokin se echó a reír.

—¡Créame usted, esta raya no está ahí por pura casualidad!

Senia miró la nota y escuchó al hombre. Empezaba a sentir que efectivamente se ocultaba algún misterio detrás de aquel signo.

—Naturalmente, la raya de por sí no significaría absolutamente nada; pero existen otros hechos que son igualmente inexplicables.

—¿Qué hechos? —preguntó Senia con renovado interés.

—¡Hechos de muchas clases! —dijo Ossokin fingiendo no reparar en el evidente interés del otro—. Ninguno de ellos es más importante que esta raya. Por ejemplo, ¿puede un hombre tener dos pistolas? ¿Por qué no?

Senia se encogió de hombros.

—Horohorin tenía dos o tres. Conservaba recuerdos de la guerra mundial: un sable, un fusil y varias pistolas, lo menos dos o tres.

—¿Ve usted? —dijo Ossokin como encantado—. Podría haber disparado contra la muchacha y luego, dándose cuenta de lo que había hecho, haber arrojado la pistola. Algún transeúnte podría haberla cogido. El agente encontró una pistola y se dio por satisfecho. Mientras tanto, la otra podría haber desaparecido. ¿No es lógico?

—Sí, es muy posible.

—Pero tenemos que proceder con mucha cautela en nuestro trabajo... Hay que recordar que la vida nos juega a veces tretas

terriblemente pintorescas... Lo mismo puede hacer un criminal listo que sabe aprovecharse de las circunstancias.

Con evidente irritación, Senia apartó a un lado la nota.

—Escuche, ¿qué otros datos tiene usted? ¿A qué viene toda esta conversación sobre las pistolas?

Silenciosamente, Ossokin sonrió. Saboreaba el misterio que tenía en la palma de la mano. Sentíase como un prestidigitador: lo enseñaba, volvía a esconderlo, lo soltaba de la mano, lo cogía una vez más y lo depositaba encima de la mesa, exactamente lo mismo que si fuera una simple pelota clara y transparente.

—Yo he conocido algunos hechos notables —dijo—. Hechos sobrenaturales, hechos increíbles, y éstos me han enseñado a proceder con cuidado en la deducción de mis conclusiones. ¿No recuerda usted por casualidad el crimen de Golichki del otro lado del Volga?

—No.

—Yo fui encargado de aquella investigación. Un campesino, al volver del mercado, deja encima de la mesa el dinero que había sacado de la venta de un caballo y sale al corral. Su mujer, la madre de sus dos hijos, se queda en la habitación haciendo la lumbre y preparándose para bañar a los pequeños. Mete a la niña en un barreño y el chico se pone a jugar a sus espaldas. El chico coge el dinero de la mesa y lo mete en la hornilla. En aquel instante entra el padre y medio loco de ira se abalanza sobre la criatura. El chico sale corriendo al zaguán donde el padre le coge de las piernas y le mata de un golpe. Al oír los gritos la madre sale corriendo y recoge del suelo el cadáver de su hijo. Cuando vuelve a la otra habitación con el cuerpo en brazos se encuentra con que la niña se había ahogado en el barreño. Entonces cae al suelo desmayada y fallece de un ataque al corazón. El padre, al volver a la casa y encontrar muertos a su mujer y a sus dos hijos se va al granero y se ahorca.

—¡Imposible!

—Parece imposible; pero era cierto y yo pude probarlo. No se trataba de un asesinato múltiple: los indicios como esta raya lo demostraron.

—Escuche —le interrumpió Korolev irritado por no ver satisfecha su curiosidad—. ¿Por qué sigue usted hablando de la raya

si todo lo demás está claro? ¿Qué le importa la raya a nadie? ¡Que se vaya al cuerno!

Ossokin se arrellanó en la silla y se echó a reír. Senia le miró irritado y dijo con tono serio:

—Por mi parte, y creo que mis compañeros pensarán igual, yo no haría nada por librar a Horohorin de la acusación... Sobre todo dadas las circunstancias.

Senia no reparó en la satisfacción que se reflejó un instante en el semblante del otro. Sin embargo, Ossokin se dominó inmediatamente y con voz compadecida dijo:

—Mi deber es hacer todo lo que esté a mi alcance por descubrir la verdad.

—¿Qué verdad? —dijo Senia casi a gritos.

Ossokin se sonrió misteriosamente.

Senia se le quedó mirando.

—¿De veras cree usted que esta raya puede conducirle a algo?

Ossokin no pudo contener otra sonrisa.

—No sé si sabrá usted que en nuestro trabajo sólo los indicios como esta raya tienen importancia. Escuche usted —dijo animándose—. Escuche usted. Hace unos quince días tuve yo que investigar un caso de asesinato junto a la Plaza del Soldado. Habían matado a un sereno y de un almacén se habían llevado algunos géneros... No se tenía ninguna pista. El procedimiento que nosotros seguimos en tales casos es interrogar a todo el que sabe algo del asunto y fijarnos en todos los personajes sospechosos. Así lo hicimos. Estudiamos a tres y fuimos a estudiar a otro. Todo estaba tranquilo, todo callado, nada había de sospechoso... De pronto descubrí junto a la cama un par de botas excepcionalmente limpias. «¿De quién son estas botas?», pregunté. «¡Mías!», dijo uno. Yo las cogí y las examiné cuidadosamente a la luz. La sangre tiene cualidades muy peculiares, y se revela a la menor cosa. Yo observé unas manchas diminutas que se veían bajo el betún... Ordené que el sujeto fuera detenido, y a la media hora había confesado, entregando a toda la banda. Sin embargo, no teníamos para empezar nada más que un indicio como esa raya: las botas estaban demasiado limpias. Eso era todo.

Sorprendido, Senia repuso:

—Eso fue una prueba de perspicacia.

—Y esto también.

Ossokin guardó silencio un instante y agregó:

—Y aquí tenemos cuatro indicios como punto de partida: primero la raya de la nota; segundo la pistola; tercero el gabinete... Y el cuarto lo tendremos después de la autopsia, cuando extraigan la bala.

—¿De qué demonios está usted hablando?

—Se lo digo a usted en el mayor secreto: sólo faltaba una cápsula en la pistola. Que cada cual saque sus conclusiones.

A Senia le ahogaba literalmente la emoción.

—Además, podía entrarse en la habitación por el gabinete. ¿Lo sabía usted?

—Sí —dijo Senia, más sorprendido que nunca—. Sí, lo sabía.

—Pues bien, lo que ahora tenemos que hacer es analizar esto —y señaló a la nota—. Necesito su ayuda. Por supuesto, aquí no tenemos material ni laboratorio; pero sé que por medio de la fotografía, y con ciertos experimentos químicos, podremos averiguar si las últimas palabras fueron escritas más tarde y si la raya oculta un punto que había sido puesto antes.

Senia experimentó un sobresalto. Ossokin agregó:

—Estoy seguro de que si se lo pedimos al profesor Iglitski...

—¡Iglitski! —exclamó Senia—. Sí, ése es el hombre. Es perito en la materia.

—¡Eso es! Me he acordado de su artículo sobre la importancia de la química para la investigación de los delitos, y he decidido que era el hombre al que había que acudir.

—Sin duda, sin duda —dijo Senia—. Sin duda.

—No perdamos tiempo...

—Tiene usted razón —dijo Senia—. Enseguida. ¡Vamos allá!

Y presa de gran excitación salió detrás del inspector, se puso el abrigo y, sin contestar a las preguntas de sus compañeros, que inmediatamente le rodearon, abandonó el club precipitadamente.

#### IV

### EL GRAN AMOR DE UN CORAZÓN DIMINUTO

La noticia del suceso corrió por la ciudad como la pólvora. Estas cosas suceden rara vez en una ciudad pequeña, y no es probable que ni el tiempo, ni la distancia, ni lo avanzado de la hora hubieran podido contrarrestar el deseo de cada cual de ser el primero en llevar la noticia a su familia o a un amigo e incluso comunicársela a un desconocido que fuera sentado a su lado en el tranvía o le parara en la calle para preguntarle la hora.

Parece ser que la noticia llegó a oídos de todos los habitantes de la ciudad, a excepción de Búrov. Sin embargo, la marcha de Búrov habíase dado por cosa hecha, debido a lo cual nadie se acordó siquiera de él. Además, vivía en el extrarradio de la ciudad y no se encontraba en su mesa habitual del café.

En la fábrica todo el mundo estaba enterado del asunto en sus menores detalles.

Zoya, con los ojos enrojecidos por el llanto, llegó a casa a las once de la noche, y rehuendo tropezarse con cualquier conocido franqueó casi corriendo el oscuro zaguán del local en que estaban los dormitorios.

Hacía ya una semana que se había mudado al cuarto de Varia, y la presencia de la muchacha daba un aire casero a la fría y reducida habitación. Zoya quería retirarse con el fin de reflexionar y tranquilizarse.

Varia estaba sentada en la cama prestando atención a los ruidos, a las llamadas en las puertas, a las voces del exterior. No apartaba la vista de la puerta.

A Zoya le bastó lanzarle una mirada para comprender que ya estaba enterada. Durante un instante ninguna de las dos habló. Varia permaneció silenciosa, y repentinamente, como si no pudiera contenerse más, preguntó con voz queda:

—¿Qué? ¿Es verdad?

—Sí.

Como si sólo aguardara esta confirmación, Varia se levantó precipitadamente.

Zoya la miró sorprendida. Respondiendo a su muda interrogación, Varia dijo:

—¡Tengo que ir allí enseguida! ¡Tengo que ir allí! ¡Es necesario, Zoya!

—¿Por qué?

Varia se quedó un instante sin saber qué decir.

—Puede que necesite algo.

Zoya la cogió firmemente de la mano y la hizo sentarse en la cama.

—Escucha, Varia —dijo severamente, esforzándose por imprimir a sus palabras la mayor aspereza posible—. No necesita nada, ni tú puedes hacer absolutamente nada. Está sin conocimiento y van a operarle. Puede que le estén operando ya. No sólo no te dejarán verle, sino que ni siquiera te dejarán entrar en el hospital. ¡No seas loca, siéntate!

Varia la miró con sus ojos grises llenos de lágrimas.

—¡Zoya! ¿La ha matado él?

Zoya se encogió de hombros y no contestó.

—¿Aquella muchacha, aquella muchacha, la muchacha que se fue con él después de la función? ¿Es ella? —preguntó Varia.

—Sí.

—¿Por qué la ha matado? ¿Por qué?

Zoya permaneció silenciosa.

Varia la contemplaba.

—¿Van a procesarle? —preguntó de súbito—. ¿Van a procesarle?

—Puede que muera...

Varia se puso en pie de un salto.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¡Él la ha matado! —dijo Zoya irritándose de pronto—. ¡La muerte es lo mejor que puede pasarle! ¡Está enfermo!

Varia se sonrió con una sonrisa horrible, esa sonrisa que brota a veces ante un peligro mortal, ante un peligro que es tan imposible de comprender como la muerte.

—¿Qué quieres decir? —dijo con voz apenas perceptible—. ¿Qué le pasa?

Zoya volvió la cabeza. No tenía valor para asestar un golpe tan tremendo. Varia la sacudió por los hombros.



—¿Por qué está enfermo? ¡Dímelo, dímelo! ¿Por qué no me lo dices?

Zoya no dijo nada. Sacando fuerzas de flaqueza, Varia se inclinó hacia ella y murmuró:

—¿Es una enfermedad fea? ¿Se trata de eso?

Zoya se volvió hacia ella:

—Sí; pero no llores, no lo tomes tan a pecho...

Varia se dejó caer al suelo. Sus piernas se negaron a sostenerla. Sentíase como una muñeca de trapo. Todos sus miembros habían perdido su energía, su facultad de resistencia. Tenía la cabeza al nivel de las rodillas de Zoya, y apenas tuvo fuerzas para apoyarla encima.

—¿Qué te pasa? —dijo Zoya, asustada—. ¿Qué te pasa?

Varia guardó silencio. Zoya creyó que había dejado de respirar. Le cogió la cabeza entre las manos, y conteniendo sus propias lágrimas, suplicó:

—¡Llora, llora! ¡Eso te hará bien!

Los ojos de Varia permanecían secos. De pronto se levantó, extendió los brazos y volvió a desplomarse con un gemido.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —repitió varias veces, y luego volvió a quedarse silenciosa.

Zoya la tocó en el hombro.

—No lo tomes tan a pecho.

Ella no contestó.

—¿Temes que te pase algo?

Varia asintió a duras penas con la cabeza, sin apartarla de las rodillas de Zoya, y volvió a murmurar:

—Mi hijo...

De repente Zoya comprendió entonces el torbellino de palabras, de sonrisas, de indirectas, de sueños, y miró a su amiga a los ojos.

—¿Vas a tener un niño? —balbució.

Parecía ser que Varia no aguardaba sino estas palabras, porque súbitamente recobró fuerzas y energías, y sus mejillas perdieron su palidez.

—¡Tengo que irme! ¡Tengo que irme!

—¿Adónde?

—¡Tengo que irme! ¡Tengo que irme! ¡Enseguida!

Ahora era imposible contenerla. Se anudó un pañuelo a la cabeza, se puso su abrigo y abrió la puerta. Zoya la cogió de la manga.

—¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer?

Pudo oírse a la muchacha que ocupaba la habitación contigua que, despertada por el ruido, andaba de un lado a otro buscando sin duda un resquicio en la pared. Al cabo de un rato se inmovilizó, tratando evidentemente de oír lo que se decía.

—¿Por qué no dices algo? —cuchicheó Zoya—. Dime.

Varia alzó la vista. Su mirada vacía dejó atónita a Zoya.

—Mi hijo —suspiró—. Mi hijo.

Y se apoyó contra la puerta.

—Zoya —dijo esforzándose por parecer tranquila—, ¿has visto tú alguna vez esos niños?

—¿Qué niños?

—¡Es horrible! Yo he creído siempre que era preferible que no nacieran. Sería preferible matarlos... Tienen una cabeza monstruosa... No crecen... no pueden leer libros... Yo he visto uno una vez... Estuve dos noches sin poder dormir... Tenía los brazos y las piernas atados en un nudo... No se le podía desenredar. Chillaba, porque todo su cuerpo era una llaga... Esos niños nunca se ponen bien...

Zoya avanzó hacia ella pretendiendo interrumpir sus histéricas y balbucientes palabras. Casi inconscientemente, Varia retrocedió gimiendo:

—¡Mi hijo!

Zoya no sabía qué hacer. Le acarició las manos, le frotó la frente, y dijo:

—Espera... Vamos a pensar lo que conviene hacer... No te precipites...

De pronto, un pensamiento surcó la mente de Varia: véiase por la expresión de sus ojos. Pero inmediatamente la dominaron otras ideas.

—¡No puedo esperar! ¡Es imposible! —y dio un paso hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —gritó Zoya.

Varia la miró, sorprendida.

—Tengo que matarle. Tengo que matarle —dijo casi tranquilamente—. En este mundo no hay sitio para tales criaturas. ¿Por qué han de nacer?

Y repetía una y otra vez todo lo que decía como si pretendiera convencerse. Luego, apartando a Zoya con un gesto decidido, dio media vuelta, y después de tropezar contra la puerta se marchó corriendo y murmurando:

—¡Mi hijo!

Zoya cogió su abrigo, y poniéndoselo mientras corría la siguió. Los negros números de las puertas empezaban a moverse y a los resquicios se asomaban caras curiosas. Zoya atravesó corriendo el pasillo sin ver a nadie.

V

LA OPERACIÓN DEL DOCTOR SAMSÓNOV  
Y EL EXPERIMENTO QUÍMICO DEL PROFESOR IGLITSKI

Aunque todo el mundo estaba ocupado con los acontecimientos que habían tenido lugar en el callejón del Perro, la operación del doctor Samsónov y el experimento químico del doctor Iglitski suscitaban igual interés y animación. Por desgracia estos prodigiosos triunfos de la ciencia fueron desdeñados en absoluto por la prensa diaria y hasta la revista de la Universidad, que no llega al público, únicamente publicó unas cuantas palabras sobre el asunto.

El doctor Samsónov, que gracias a sus méritos ha llegado a convertirse después en el primer cirujano de Moscú, desplegó en esta operación toda su destreza, su sagacidad y su maravillosa preparación científica. Por regla general, una herida en el vientre, con el intestino delgado perforado por tres sitios, significa una muerte dolorosa y lenta para la víctima.

El éxito parecía imposible. La operación fue realizada en el hospital de la Universidad, en presencia de otros varios cirujanos y de casi toda la Facultad de Medicina, que en un silencio sepulcral seguía atentamente cada movimiento.

Haciendo caso omiso de todos los peligros, la mayoría de los presentes parecía creer en un resultado favorable.

El doctor Samsónov había adquirido entre nosotros una reputación enorme. No mucho antes de que tuvieran lugar los acontecimientos aquí descritos, un sereno fue herido en la garganta y conducido con desusada rapidez al hospital.

Samsónov, que estaba de servicio aquella noche, examinó al herido, descubrió que tenía seccionada la carótida, y de pronto, con gran sorpresa de todos los presentes, ordenó que prepararan la sala de operaciones.

—¿Para qué? —preguntó la enfermera.

El doctor Samsónov es de ordinario un hombre sosegado y de buen genio; pero en la sala de operaciones se torna impaciente, irritable y antipático.

Su irritabilidad va dirigida por entero contra sus ayudantes: los instrumentos se mueven en sus manos con una precisión punto menos que de inspirado.

Por toda respuesta exclamó:

—Prepárela.

La enfermera comprendió por el tono de su voz que toda pregunta era inútil, y penetró en la sala de operaciones rezonando.

—¡Otra vez está de mal genio, camaradas! ¡Es inútil hablarle ahora!

La sala de operaciones quedó lista en unos momentos. El herido fue llevado a ella. Ayudado sólo por las enfermeras, Samsónov extrajo diestramente la arteria, detuvo la hemorragia y cosió el vaso sanguíneo.

El herido sobrevivió. Más tarde fue exhibido en la Universidad durante una conferencia pronunciada acerca de la operación.

La operación que iba a practicársele a Horohorin era igualmente increíble, y tan pronto como se extendió la noticia, toda la Facultad de Medicina acudió como un solo hombre a presenciar aquel nuevo milagro de la ciencia quirúrgica.

Durante los preparativos, Samsónov estaba nervioso, salía al pasillo a cada instante a fumar un pitillo y procuraba eludir que le hablara nadie. Daba órdenes a las enfermeras y a sus ayudantes con su sequedad habitual; pero ellos le comprendían perfectamente.

El famoso cirujano penetró en la sala de operaciones al mismo tiempo que era llevado Horohorin, el cual seguía privado de conocimiento. Samsónov examinó cuidadosamente todos sus instrumentos.

El anciano Volski, decano de la Facultad de Medicina, que era muy corto de vista, avanzó un paso; pero el cirujano, con una sequedad todavía mayor de la que le era habitual, le dijo:

—¡No se ponga por medio! ¡No se ponga por medio!

El anciano, todo desconcertado, se apartó sin proferir una palabra.

La operación en sí duró veinticinco minutos, y contando los preparativos y el cosido de los puntos, que fueron dados por el

doctor Pokrovski, el ayudante de Samsónov, llevó exactamente cuarenta y seis minutos. Con prodigiosa rapidez y precisión, el notable cirujano extrajo los trozos mutilados del intestino, unió las partes intactas, extrajo la bala, cerró la herida y se apartó a un lado para dejar a su ayudante que terminara la tarea.

La tensión con que todo el mundo le contemplaba hizo que la operación pareciera no haber durado sino unos cuantos segundos. Sólo un pequeño detalle alteró el trabajo perfectamente calculado y mecánico de las enfermeras y del ayudante: Samsónov extrajo la bala tan inesperadamente y con tal prontitud, que la enfermera, aunque ya tenía la bandeja en la mano, no tuvo tiempo de prepararla. Samsónov no hizo más que mirarla y rechinar los dientes (más tarde la enfermera confesó que si el cirujano hubiera abierto la boca se hubiese desmayado).

Para rehuir las clamorosas felicitaciones, Samsónov no esperó siquiera a que su ayudante terminara el trabajo, sino que inmediatamente salió de la sala de operaciones y se encerró en su despacho. Sin embargo, cuando Horohorin fue conducido a su habitación, bajó inmediatamente para cerciorarse de que se habían tomado todas las medidas para que hubiera un médico y una enfermera de servicio constante.

Tal es la historia de la maravillosa operación. Hasta que no se estuvo seguro del resultado final sólo se habló de ella entre los miembros de la Facultad. Sin embargo, al finalizar el tercer día, cuando se puso de manifiesto que Horohorin estaba salvado, todo el mundo empezó a hablar del caso, y numerosos estudiantes acudieron a informarse al hospital para cerciorarse de que no se trataba de un simple rumor.

La impresión que esta operación produjo fue tan abrumadora que todo el mundo olvidó lo que tenía de triste, que era el hecho de que si Horohorin se salvaba tendría que afrontar el proceso y el castigo.

Pero apenas había empezado la gente a ocuparse de este aspecto de la cuestión, se difundió la noticia del experimento químico realizado por el profesor Iglitski con la nota de Horohorin.

El profesor Iglitski era todavía un hombre muy joven. Escuchó atentamente a Korolev y al inspector, se interesó muchísimo

e inmediatamente llamó a un ayudante y les invitó a todos a que le siguieran al laboratorio.

Ya era tarde y todos los estudiantes se habían ido. Sólo quedaba un ayudante, y el profesor, arremangándose los brazos, se puso a trabajar.

—Ante todo —le dijo a Ossokin— tenemos que averiguar si ha sido empleada la misma tinta para escribir las dos últimas palabras.

—Es casi seguro, pero más vale cerciorarse —dijo Ossokin. El profesor se sonrió.

—Sí; sin las últimas palabras, esta nota tiene un significado totalmente distinto. Cambia por completo. Tenemos que andar-nos con cautela.

Moviéndose nerviosamente por el laboratorio, acostumbrado a trabajar en presencia de los estudiantes, explicaba cada uno de sus pasos.

—Por regla general, la tinta, aunque sea de consistencia diferente, se vuelve negra al secarse. A simple vista no es posible distinguir la diferencia de matices; pero un negativo fotográfico permite observarlo claramente.

Excitado por la desusada tarea, el ayudante preparó las placas. Mientras las revelaba, el profesor se puso a fumar, diciendo con aire pensativo:

—Si los negativos no nos dan nada concreto, nos lo darán las reacciones químicas: unas tintas cambian de color al aplicarles ácidos, otras con la sosa, y así sucesivamente. Sirviéndonos de las mismas reacciones, podremos saber si las últimas palabras han sido escritas al mismo tiempo que las otras o después, aun cuando se haya empleado la misma tinta. Vamos a ver el negativo.

Ossokin esperó con impaciencia. Iglitski no tardó mucho en examinar la placa.

—¡Ha sido empleada la misma tinta! Pero... —y se volvió hacia sus oyentes—, pero si ustedes creen que la raya tapa el punto...

Ossokin asintió agriadamente.

—En ese caso podemos enterarnos de una manera más sencilla. Aplicaremos reactivos a la raya, y encargaremos a la microfotografía decidir la cuestión.

Este trabajo duró casi hasta el amanecer. Pero la microfotografía mostró a los agotados observadores, al soñoliento ayudante y al entusiasmado profesor el sitio donde sin duda había sido aplicada la pluma por dos veces. Como es natural, había allí más tinta que en la pluma que había puesto el punto.

Senia miró a Ossokin, examinó las fotografías sin ningún entusiasmo y meneó la cabeza.

—Escuche, ciudadano Ossokin —dijo fríamente—. ¿Quiere usted decirme por qué estamos haciendo todo esto?

Tanto el profesor Iglitski como Ossokin se le quedaron mirando con evidente extrañeza; pero no dijeron nada esperando una explicación.

—El mismo Horohorin pudo muy bien haber añadido estas palabras. No podrán ustedes probar que la tinta empleada es diferente o que la letra es otra. Como es natural, no pudo haber escrito las palabras «los dos» mientras le estuviese viendo Vera. Ella hubiera gritado, hubiese pedido auxilio, se hubiera defendido. Él la mató primero y luego añadió estas palabras. ¿No es lógico?

Sin inmutarse, Ossokin asintió con la cabeza.

—Me parece haber reconocido ya que todo puede suceder en esta vida.

—En ese caso, ¿a qué viene todo este jaleo?

—Mire usted —contestó Ossokin sonriendo pacientemente—, siempre hay cierto porcentaje de coincidencias y de hechos interdependientes, y siempre hay cierto porcentaje de absurdos y de hechos irreconciliables. Si un cincuenta por ciento de hechos positivos se halla contrarrestado por un cincuenta por ciento de hechos sospechosos, quiere decirse ya que la sospecha está bien fundada.

El profesor, que estaba escuchando atentamente, intervino.

—La existencia de cualquier hecho dudoso exige una investigación minuciosa.

—Tenemos hechos de éstos de sobra —contestó Ossokin orgullosamente—. Y aunque cada uno de ellos puede explicarse



por separado exagerando un poco las cosas y teniendo en cuenta las circunstancias, si se los considera juntos no pueden ser explicados tan fácilmente.

Senia comenzó a pasearse por la habitación.

—¡Mejor que mejor! ¿Pero quién podía tener motivos para matar a Vera?

—Eso es ya un problema completamente distinto —contestó Ossokin.

Éste era otra vez todo acción. Dio las gracias al profesor y se guardó con cuidado la fotografía en el cartapacio.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —preguntó Iglitski.

—El asesino se aprovechó del suicidio de Horohorin para matar a la muchacha. Tendremos que buscarle. Horohorin debe conocerle. No es posible que haya sido una coincidencia: el asesino debe haber estado en la habitación con ellos...

Exhalando un profundo suspiro, Ossokin agregó:

—Si Horohorin recobrara el conocimiento al menos por media hora, podría decirnos quién es.

—¿Y si no puede?

Ossokin se encogió de hombros.

—Tendremos que ponernos a hacer averiguaciones basándonos en una lista de sospechosos entre los conocidos de ella.

Senia meneó la cabeza desesperadamente. La excitación, el paso constante de la certidumbre a la duda le habían agotado. Silenciosamente estrechó la mano al profesor, y sin proferir una palabra salió de la habitación detrás de Ossokin.

## VI TRABAJO PARA LOS VIVOS

Un misterio tenebroso se cernía sobre la ciudad. Los espléndidos y soleados días de junio, si bien no proyectaban ninguna luz sobre el misterio, resultaban terriblemente abrasadores y deslumbrantes. El tema de todas las conversaciones era el experimento del profesor Iglitski. Todo el mundo creía en el poder ilimitado de la ciencia y se consideraba extraño qué la microfotografía no pudiera revelar el nombre del asesino.

La bala extraída del cadáver al hacerle la autopsia era de diferente calibre: esto parecía una prueba definitiva de que Horohorin no había matado a Vera.

Electrizada siempre por noticias sensacionales, sucesos emocionantes e historias policíacas, la población no tardó en convertir a Horohorin en un héroe. Con la misma seguridad con que sólo unos días antes habían presentado a Horohorin como un criminal, ahora referían una y otra vez detalles increíbles del asesinato de Vera en presencia de Horohorin y de cómo, no pudiendo sobrevivir a la mujer que amaba, éste había intentado suicidarse. Llegábase a decir que hasta había sido horrible sospechar que Horohorin hubiera podido cometer el crimen.

Pero la verdadera solución no aparecía por parte alguna. Todo el mundo la buscaba. Todo el mundo la esperaba. Todo el mundo hablaba de ella. Pero nadie la encontraba.

En su apasionamiento por el asunto, la ciudad en pleno asistió al entierro de Vera. Se creía que sucedería algo, que el asesino, no pudiendo contenerse más, confesaría su delito públicamente.

Hasta la muchedumbre llegaron en el cementerio ciertos informes, aunque completamente distintos de los que se esperaba, que dejaron defraudados a todos.

El cadáver fue enterrado al cuarto día. Por la mañana fue sacado el féretro de la pequeña capilla de la Universidad, que era contigua a la sala de disección donde había sido verificada la autopsia.

Desde por la mañana temprano habíase congregado a la puerta una numerosa muchedumbre, que llenaba el patio y andaba pisoteando las flores, cuchicheando, suspirando y hablando.

Aunque se esperaba que asistiera mucha gente, el interés que se puso de manifiesto rebasó todos los cálculos. No hubo manera de poner un poco de orden. La banda de música tuvo que abrirse paso entre la gente, y cuando apareció el féretro en la puerta la muchedumbre rompió el cordón que formaban los estudiantes.

Korolev perdió la voz. Sulich, después de intentar contener a la gente con sus anchos hombros, quedó agotado. Zoya, que llegaba de la fábrica en aquel preciso instante, no pudo penetrar en el patio. Sólo consiguió acercarse al féretro y a Senia cuando la manifestación estaba en la calle y una vez que pudo restablecerse el orden.

Cuando iban caminando uno junto al otro, Senia la sonrió.

—¿Estás muy cansado? —preguntó ella quedamente.

Bastó esta pregunta para que Senia se sintiera reanimado. Se echó de hombros y enderezó el cuerpo.

—No. ¿Por qué voy a estarlo...? ¡Fíjate en la muchedumbre! Es repugnante, porque sólo se trata de una curiosidad morbosa... ¡Qué hermosa es! —agregó de pronto, sin apartar la vista del abierto ataúd, que se balanceaba delante de ellos en manos de los que le llevaban.

Abundantes flores cubrían el féretro, colgaban por los lados y caían al suelo. Casi ocultaban por completo el rostro de Vera, que no se había alterado lo más mínimo. El sol se derramaba sobre la lividez de la muerta, reluciendo en su piel y dándole una apariencia marmórea.

—¿Qué hay de Horohorin? —preguntó de súbito Zoya.

Senia meneó la cabeza.

—La cosa se torna más estúpida a cada momento que pasa. Parece ser que hasta inventó su enfermedad.

Zoya se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. El análisis ha dado un resultado negativo. Horohorin fue a ver al médico y no esperó a conocer el resultado... ¡Qué grandísimo majadero!

Zoya oprimió convulsivamente el brazo de Senia.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?

—¿Qué te pasa? —preguntó él extrañado de su agitación.

—¿Que qué me pasa? —exclamó ella sin aliento—. ¿Que qué me pasa? ¿Y Varia? ¡Ha tenido un aborto! ¡No quería traer un niño enfermo al mundo...! ¡Está medio loca!

Senia se limitó a menear la cabeza y suspirar.

—No me fue posible detenerla. Aquella misma noche se marchó a ver a una comadrona... Luego ha estado dos días tomando cierta medicina... Algo repugnante... —y Zoya se estremeció—. Horrible... Anoche salió de casa y no ha vuelto hasta esta mañana. ¡Todo había terminado!

—¿Qué comadrona? ¿Por qué la has dejado?

—¡Oh! ¡Qué cosas tienes! ¡Estaba medio loca! En el hospital es imposible: ¡las mujeres tienen que hacer cola!

—¿Y el hospital de la ciudad?

—¡Oh! ¡Ella tiene fe en esa comadrona! ¡Todo el mundo se la ha recomendado! ¡Tiene muy buena reputación por allí!

Senia rechinó los dientes y no dijo una palabra más. Una ira abrumadora que se había ido acumulando en él en los últimos días amenazaba desbordarse a cada momento. Sus ojos estaban henchidos de una cólera que no pretendía disimular. Miraba a todos como si fueran enemigos personales suyos. Ana se acercó a él y le preguntó:

—Korolev, ¿tienes la lista de los oradores?

—¡No hay lista que valga! ¡Esta vez no va a hablar el primer majadero que se le antoje! —contestó él con rudeza.

Murmurando algo para sus adentros, Ana se retiró: el tratarla sin contemplaciones parecía surtir muy buenos efectos en ella.

—¿Quién va a hablar? —preguntó Zoya.

—¡Yo! —contestó Korolev con tono tan resuelto y significativo, que Zoya se sintió a un mismo tiempo agitada y llena de curiosidad.

Durante aquellos días de prueba, Senia había hecho grandes progresos. Había adquirido mucha influencia, y todo el mundo aguardaba con impaciencia lo que quisiera decir. Mucho antes de que la manifestación llegara al cementerio habíase reunido una muchedumbre en torno a la abierta sepultura: no sólo querían ver, sino también oír. Cuando el féretro fue depositado en el suelo, la muchedumbre estuvo a punto de romper otra vez el cordón de estudiantes. Subidos a los árboles, a las cruces, a las cercas, veíanse seres humanos. Por todas partes se divisaban cabezas descubiertas.

La Petrova fue la única que habló delante del cadáver. En voz baja pronunció un brevísimo discurso, y afectó a todos más con sus lágrimas que con sus palabras.

Sólo después de que el féretro fuera bajado a la sepultura a los acordes de una marcha fúnebre comenzó Senia su discurso. Firmemente se subió a la tumba recién tapada, en la que se hundieron sus pies hasta los tobillos, y cuando el coro estudiantil terminó de cantar el *Memoria eterna*, comenzó quedamente:

—¡Camaradas! No he hablado delante del féretro y he elegido este momento para hablar, porque quiero hablar sobre los vivos y no sobre los muertos.

Este preámbulo hizo que la muchedumbre se apretujara todavía más en torno al orador.

—¡Camaradas! —continuó cuando la agitación de la muchedumbre se hubo calmado—. La revolución proletaria significa ante todo el despertar de la conciencia individual. A pesar de su crueldad y de sus métodos despiadados, la revolución significa el despertar de las ideas humanitarias. Su fuerza estriba en la comprensión del mérito propio y del mérito ajeno. Su progreso, en el deseo de ayudar a los débiles y a los oprimidos. Una revolución no es una revolución si no puede ayudar a las mujeres, doble y triplemente oprimidas que el hombre, a encontrar el camino del desarrollo individual y social. Una revolución no es una revolución si no presta atención a los niños: ellos son el futuro, y en su nombre se hace la revolución.

Como si concentrara sus fuerzas para un ataque, dio un profundo respiro. Sus ojos se clavaron con un brillo sobrenatural en

los rostros de sus oyentes, y de pronto alzó la cabeza y apasionadamente levantó la voz:

—Pero, camaradas, ¿podemos crear una nueva vida, basada en el mutuo respeto, en la propia dignidad, en la igualdad de las mujeres, en el cuidado sincero de los niños, en medio de esta atmósfera de peligroso relajamiento, que, aunque disfrazada como una lucha contra las ideas burguesas, no es otra cosa que un anarquismo de tipo pequeñoburgués y no tiene nada de común con la revolución, con el marxismo, con el comunismo ni con nuestra nueva vida? ¡No; es imposible!

El orador no perdió de vista un ligero movimiento que se produjo en la muchedumbre. Pareció recordarle algo, y precipitadamente prosiguió:

—Camaradas, nos hemos reunido aquí para presenciar el último acto de un drama terrible. Mucho nos interesa a todos nosotros, que sólo hace unos instantes hemos bajado a la tumba el cuerpo de una camarada, recordar lo que se encierra en el fondo de esta tragedia. Todavía no sabemos quién es el culpable. ¿Es uno de los nuestros? ¿Forma parte de otra clase? ¿Ha sido causa de todo ello el deleznable sentimiento de los celos, o la venganza de un amante, o simplemente la pasión ciega e irrefrenable? Sea lo que sea, la verdadera causa estriba en el relajamiento sexual, en ese sentimiento animal rudimentario que descubre a la eterna fiera, a la fiera que guio al hombre durante la edad de piedra.

Senia se detuvo, y con una energía, un orgullo y una pasión indefinibles, echó hacia atrás la cabeza. En aquel instante a muchos de nosotros se nos apareció como un gran caudillo, como un Savonarola acusando a sus conciudadanos.<sup>4</sup> Mas no era esto ciertamente porque hubiera nada de ascético en su figura. Por el contrario, su robusto y sano cuerpo, erguido sobre un montículo de fresca tierra, producía una sensación de energía y de amor a la vida. Lo que producía esa impresión era su semblante sencillo, de acusadas facciones.

---

<sup>4</sup> Girolamo Savonarola (1452-1498). Predicador dominico, conocido especialmente por ser organizador de la hoguera de las vanidades. | N. de la E.

—Nosotros no somos niños, no debemos escondernos de nosotros mismos: debemos mirar a la verdad cara a cara. Ya es hora de que comprendamos que el relajamiento sexual nos lleva a un camino en el que no hay esperanza para el despertar de la personalidad, ni ayuda para el débil, ni promesa de igualdad para las mujeres, ni para los niños o para cuanto pueda ser de importancia vital para la revolución. ¿No veis la horrible cadena que le arrastra a uno por ese camino? ¿No veis la diferencia que existe entre combatir a la burguesía y perder el dominio de sí y olvidar el verdadero significado del amor entre el hombre y la mujer? ¿No veis que con el pretexto de sustentar una concepción materialista del mundo hemos rebajado la inagotable riqueza de la experiencia individual al mezquino nivel de la mera satisfacción de los deseos físicos? Analicemos nuestros actos. ¿No salta a la vista adónde nos conduce este sendero? No es necesario que busquemos la respuesta: esta tumba y la sombra de un hombre al que la ciencia se esfuerza por salvar en estos mismos instantes nos la da cumplidamente.

Senia inclinó la cabeza. Estaba excitado, sin aliento, y sus ojos brillantes e inteligentes no veían a nadie. También los oyentes estaban profundamente conmovidos. La reconcentrada atención de los rostros juveniles no era alterada por los brillantes rayos del sol, ni por los alegres gorriones que revoloteaban sobre sus cabezas, ni por los sollozos del padre de Vera, un viejecito cojo que había permanecido todo el día en un segundo plano.

—Ahora os plantearé otra cuestión, camaradas —prosiguió Senia en un tono confidencial, que recalcó inclinándose ligeramente hacia sus oyentes—. Si la ciencia le devuelve la vida, ¿será Horohorin el único que deba preguntarse lo que tiene que hacer? No; no es él el único al que estos hechos han conmovido profundamente, no es él el único interesado en esta tragedia nuestra, no es él el único comprometido en esta cuestión, y no ha de ser él el único que busque una solución. Este problema nos concierne a todos. Si no lo resolvemos nos sobrevendrá una calamidad, y la única manera que tenemos de solucionarlo es esforzándonos por vivir siguiendo las enseñanzas de Lenin: nuestro problema estriba en enseñarnos a ser comunistas, y es

necesario que la educación de los jóvenes, que toda la educación tenga como base la inculcación de la moral comunista.

Casi podía palpase la atención con que escuchaba cada cual. Senia se detuvo un segundo y continuó:

—Retorciendo el sentido de las palabras, la burguesía ha tratado siempre de cegar los ojos de los obreros y los campesinos pretendiendo que los comunistas no creen en ningún código moral. ¡Eso es mentira! Nosotros sabemos que existe un código moral comunista y que los comunistas son seres morales. El código moral burgués se basaba en el temor de Dios; pero nosotros sabemos muy bien por qué era necesario este Dios y qué se escondía en el fondo de la moral burguesa. Nuestra moral tiene un carácter completamente distinto: constituye un arma en una gigantesca lucha de clases. La moral comunista es un sistema que nos ayuda en la lucha contra la explotación de las clases laboriosas. El objeto de nuestra moral es ayudar a la revolución, ayudar y fomentar el comunismo: lo que ayuda a la revolución es moral; lo que la obstaculiza es inmoral y no debe tolerarse.

Senia hizo una pausa, volvió la cabeza para rehuir el sol, que le hería en los ojos, y levantó la voz:

—Desde el punto de vista de nuestra clase, único punto de vista acertado, todo lo que nos debilite como luchadores, todo lo que debilite nuestra voluntad de construir un nuevo mundo, todo lo que obstruya nuestra persecución de la verdad, es inmoral. Si una vida sexual desordenada, iniciada en una edad precoz y que degenera en el relajamiento sexual, socava nuestra energía mental y física, envenena nuestra voluntad y nos conduce al tenebroso callejón de la promiscuidad, podemos asegurar que es inmoral. Por el contrario, el dominio de nuestros deseos, la lucha contra el mero instinto sexual, la actitud de camaradería para con la mujer que se ama, constituyen los más altos tipos de relaciones comunistas con las mujeres. Tal debe ser la base de nuestro código moral, que dista tanto de la moral de la corrompida sociedad burguesa como el cielo de la tierra.

El sol iba elevándose cada vez más en el horizonte, los pájaros gorjeaban más bulliciosamente que nunca y una suave brisa lanzaba el calor del mediodía y las amargas palabras del orador contra los rostros excitados de los oyentes.



Jamás había escuchado una multitud en nuestra ciudad a un orador tan atentamente como escuchaba a Korolev ante aquella tumba reciente. Esta atención no desmayó hasta el último instante. Ni siquiera fue alterada por otro funeral que tenía lugar al lado. Sólo de cuando en cuando alguien cuchicheaba unas palabras al oído de su vecino.

Allí, encima de la sepultura, bajo el sol abrasador, con el viento llevándose algunas de sus palabras y con los ruidos lejanos, que ahogaban a veces su voz, le era difícil a Senia reconcentrar sus pensamientos; pero el desusado escenario acrecentaba la emoción y el sentido de cada una de sus frases.

—¡Camaradas! —concluía Senia—. ¡Queridos camaradas! Entre nosotros de nada sirven los lamentos; la desesperación y la ira no forman parte de nuestra naturaleza. Nosotros vivimos para luchar, y si el enemigo se ha introducido en nuestro espíritu, tenemos que combatirle allí. Puede que el día de hoy se convierta para muchos en una tempestad purificadora, sin la cual el campo permanece yermo, sin la cual es imposible una nueva vida. Entonces puede que este horrible sacrificio resulte justificado. ¡Camaradas! ¡Hay trabajo para los vivos!

Senia inclinó la cabeza y se apartó de la sepultura. La muchedumbre se separó para dejarle paso. Todo el mundo parecía conmovido por sus palabras. Era imposible olvidarlas. Como enormes peñascos habían caído sobre los hombros de cada cual.

Finalmente, alguien empujó a Sulich, que debía hablar en nombre de nuestro grupo de aficionados al teatro. Sulich se detuvo un instante sobre la tumba, levantó la vista hacia el cielo, agitó la mano, y sin proferir una sola palabra se alejó.

Nadie acogió esto con una sonrisa. Era evidente que todo el mundo comprendía y sentía lo mismo, porque unos momentos después, cuando Ana Rijinski intentó hablar, no quisieron dejarle pronunciar una palabra. Calladamente, la muchedumbre comenzó a dispersarse.

En aquel preciso instante se abrió paso, hasta donde se encontraba Senia, Shulman, un amigo de Horohorin que se había quedado en el hospital. Senia salió a su encuentro con gran interés.

—¿Qué? ¿Qué noticias hay?

—¡Ha vuelto en sí! —contestó Shulman.

La muchedumbre le rodeó inmediatamente.

—¿Y qué más?

Shulman hizo un gesto de desesperación, respiró profundamente, y dijo:

—¡Ha confesado!

—¿Qué ha confesado? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho: «Sí, yo la he matado».

Se inclinaron las cabezas, la muchedumbre guardó un silencio profundo, todo el mundo pareció encogerse. Numerosos eran los cráneos que aquel día se hallaban expuestos al sol abrasador, al calor del día estival; pero una corriente fría como un sepulcro estremecía a todo el mundo por dentro.

## VII

### SÍ, YO LA HE MATADO

Al finalizar el cuarto día, el interés que se había concentrado en torno al lecho de Horohorin llegó a su punto máximo. El número de visitantes aumentaba constantemente. Los demás enfermos empezaban a mostrarse inquietos. El médico de guardia estaba nervioso y distraído.

El pecoso y diminuto Shulman se había nombrado a sí mismo guardián de Horohorin, y los médicos le dejaron quedarse cuando con voz excitada insistió:

—¿Como voy a abandonarle, si puede recobrar el conocimiento de un momento a otro? Podría intentar suicidarse otra vez... ¡Podría arrancarse las vendas! ¡Nadie sabe lo que puede ocurrir!

El doctor Samsónov, que estimaba al paciente como un experimento quirúrgico extraordinario, asintió a todo cuanto dijo Shulman, y hasta ordenó que hubiera una enfermera en la habitación de servicio permanente.

Horohorin no se hallaba totalmente privado de conocimiento. A veces le parecía ver y comprobar todo cuanto acontecía en torno suyo; pero estos momentos eran tan breves, que su espíritu no tenía tiempo de asociar el pasado con el presente. Examinaba atentamente todo lo que le rodeaba y hasta en determinado momento le sonrió a Shulman; pero en cuanto éste abrió la boca para decir algo, Horohorin se estremeció y volvió a quedar sin sentido.

A las doce del cuarto día, Horohorin abrió los ojos. Hacía sol y los cálidos rayos penetraban a través de las persianas y caían sobre su rostro. La deslumbrante claridad le hizo bajar los párpados. Shulman, creyendo que se trataba de otro fugaz instante de conocimiento, se levantó impacientado, y acercándose a la ventana ajustó la persiana. Se detuvo un segundo junto a la ventana, lamentando que en un día tan hermoso tuviera que permanecer encerrado en la enrarecida sala de un hospital, y de pronto oyó distintamente que le llamaban por su nombre.

Shulman dio media vuelta y buscó con la vista al que le había llamado. Seguro de que no se había equivocado, miró al paciente. Horohorin tenía los ojos abiertos y le miraba fijamente. Shulman experimentó un sobresalto.

—Ven aquí —dijo Horohorin con voz clara—. Siéntate.

Shulman acercó una silla. La voz de Horohorin había cambiado, tornándose forzada, y Shulman, creyendo que le costaba trabajo hablar, se inclinó sobre él para que no tuviera que hablarle alto.

Shulman no encontraba nada que decir. Sin embargo, Horohorin agregó quedamente y con pleno conocimiento:

—Escucha, ¿quiere decirse que me han salvado?

—¡Sí! ¡Samsónov ha practicado una operación brillantísima! ¡Volverás a estar bien!

—¿Ha muerto Vera?

—No te preocupes, no pienses, no hables de eso —le atajó Shulman.

Con impaciencia y obstinación Horohorin le interrumpió, alzando la voz:

—¡Me preocuparé mucho más si no contestas a mis preguntas! Dime, ¿ha muerto?

En la sala reinó un silencio sepulcral. Los demás pacientes se incorporaron en sus lechos. La enfermera abandonó la sala y, haciendo resonar sus tacones en el piso, bajó al vestíbulo.

Shulman asintió con la cabeza.

—¡Sí, ha muerto! Hoy la están enterrando...

—¡Oh! —exclamó Horohorin como sorprendido—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Éste es el cuarto día.

—¿Nada más? ¡Yo no quise matarla! —agregó quedamente—. Sucedió contra mi voluntad...

Horohorin cerró los ojos y se quedó silencioso. Shulman no pudo soportar más tiempo la pausa, y, olvidando su preparación médica, preguntó:

—Escucha, ¿la has... la has matado tú?

Horohorin volvió a abrir los ojos, y mirándole con evidente sorpresa, pero tan fijamente que podía descartarse toda sospecha de que estuviera delirando, contestó:

—Sí, yo la he matado.

Shulman dio un respingo y no preguntó más. En aquel preciso instante aparecieron el médico y las enfermeras de servicio. Shulman miró en derredor unos instantes y luego se marchó al cementerio a llevar la sensacional noticia.

Aunque Horohorin había recobrado el conocimiento, encontrábase en ese estado en que el paciente, aun dándose cuenta de todo lo que sucede, es insensible a cuanto no sea el calor, la comodidad, el hambre y la sed. Se bebió ávidamente un vaso de leche caliente, pero respondió con absoluta despreocupación cuando el médico le preguntó:

—¿Puede usted hablar con extraños?

—Si es necesario, sí.

—Es nuestro deber —dijo el médico con tono embarazado— dar a conocer a las autoridades toda alteración en su estado...

Evidentemente Horohorin se esperaba aquello, porque no dio muestras de extrañeza, y contestó inmediatamente:

—¡Que vengan! Se lo diré todo... Me acuerdo de todo... Siento no haber muerto... Es muy duro —agregó sonriéndose—, es muy duro hacerlo por segunda vez. Yo no quise matarla. ¡Dígaselo a todo el mundo! ¡Yo no miento nunca! ¡Ya lo saben!

—Eso pensaba todo el mundo —contestó el médico, y dejando tras él a la enfermera, abandonó la sala.

El representante de la ley apareció al cabo de una hora. La investigación fue confiada a nuestro joven magistrado Borísov, hombre sensato y competente. Éste examinó cuidadosamente todos los materiales que le presentó el inspector y agregó por su cuenta algunos datos, interrogando a todos los amigos de Vera y Horohorin. Al cabo de tres días sabía tanto sobre sus vidas como ellos mismos.

Borísov se presentó en el hospital sin cartapacio ni ninguno de los demás atributos de un curial. Acercó una silla, y como si fuera un antiguo amigo interrogó a Horohorin sobre el estado de su salud. Horohorin no se imaginó al pronto quién era, y no lo supo hasta que el propio Borísov se presentó.

—¿Es usted? ¡Ya me han dicho que iba a venir! —dijo Horohorin—. ¡Se lo diré todo!

Horohorin guardó silencio unos instantes y luego comenzó con voz excitada:

—¡Estas pistolas nuevas son terribles! ¡Se disparan sin que uno quiera! Le digo esto porque así es como ha sucedido. Yo estaba medio loco. Fui a verla inmediatamente después de haber visitado al médico...

Borísov le interrumpió:

—Ya hablaremos de los detalles un poco más tarde. Por ahora sólo quiero saber algunas de las cosas más importantes. Sólo dos o tres... Más adelante le interrogaremos oficialmente y le pediremos que firme la declaración; pero este requisito no es necesario por ahora. La cuestión más importante es la siguiente: ¿disparó usted contra la muchacha y contra sí mismo con la misma pistola?

—¡Pues claro! —contestó él.

—¿No había nadie más en la habitación en aquel momento?

—¿Testigos? —dijo Horohorin con una mueca—. ¡No, no había ninguno! Pero yo puedo decirle cómo sucedió la cosa. Me acuerdo de todo. Yo no miento nunca ni me lo propongo jamás —su excitación iba en aumento—. No pretendo justificarme... Sólo quiero decirle cómo han sucedido las cosas. Si me han de ejecutar por ello estoy dispuesto desde este mismo instante.

Al magistrado le costó gran trabajo calmarle.

—Voy a decirle a usted por qué le he hecho esa pregunta. ¡En la pistola que hemos encontrado sólo faltaba una cápsula! ¡La bala extraída del cuerpo de la muchacha era de diferente calibre!

Horohorin le escuchó como si no comprendiera una palabra y cerró los ojos con visible irritación.

—¡Eso es ridículo! ¡Estarán ustedes confundidos!

Borísov se sonrió y comenzó a impacientarse.

—Perfectamente. Sólo otra pregunta. No quiero fatigarle demasiado. ¿Dejó usted una nota encima de la mesa? Si tan bien se acuerda usted de todo es posible que recuerde con exactitud las palabras que escribió.

—¡Las recuerdo perfectamente!

—¿Cuáles eran?

—Palabra por palabra, las siguientes: «Es imposible vivir de esta manera. Lo mejor es morir.»

—¿Nada más?

—¿No es bastante? Tal era mi sentimiento entonces y así es como lo expresé. Y lo escribí porque me proponía suicidarme. Después de haberlo escrito no era posible volverse atrás... Es muy duro decidirse... cualesquiera que sean las circunstancias. Sin la nota puede que no hubiera sido capaz de hacerlo; pero ya la había firmado de mi puño y letra.

Boríssov se quedó muy excitado por sus palabras; pero no dijo nada y dejó que se calmara el paciente. Los demás enfermos y los empleados no se atrevían siquiera a respirar por no romper el silencio.

—¿Quiere usted saber algo más? —preguntó Horohorin.

—Otra pregunta, sólo una. ¿Conoce usted entre las amistades de la muchacha a alguna persona que pudiera haber falsificado la letra de usted?

—No.

El magistrado se frotó la frente. El tan esperado interrogatorio de Horohorin no parecía aclarar lo que aparentemente era un caso sencillísimo, sino que, por el contrario, lo embrollaba cada vez más.

—¿Está usted seguro de que la ha matado usted? —preguntó de súbito Boríssov perdiendo la paciencia.

—¡Sí; yo la he matado! —contestó Horohorin—. Es inútil que piense usted que no sé lo que me digo. ¿No le he repetido las palabras exactas que escribí en la nota?

—¡No!

Horohorin hizo ademán de incorporarse, pero de inmediato fue detenido por la enfermera. Extraordinariamente sorprendido, se quedó mirando a Boríssov.

—¿Qué es lo que he dicho mal?

—Usted escribió lo siguiente: «Es imposible vivir de esta manera. Lo mejor es morir — los dos».

—¡Enséñeme la nota! —gritó Horohorin—. No es posible que yo escribiera eso. Jamás se me ocurrió. Ella vio lo que yo escribí... ¡Enséñeme la nota!

Sin precipitación, el magistrado sacó la nota del bolsillo y se la acercó a Horohorin para que la leyera. El paciente la miró y frunció el ceño, como si experimentara un agudo dolor interno.

—¡Yo no he escrito las últimas palabras!

—¿Quién ha sido entonces? ¿No es suya la letra?

Horohorin miró la nota una vez más, pero no contestó inmediatamente.

—Se parece muchísimo. Acaso —le costaba gran trabajo hablar—, acaso lo añadiera después de perder el conocimiento. Acaso sea una broma. Pero de todas formas no tiene importancia. Yo no trataré de rehuir el castigo.

Borísov se encogió de hombros.

—¿Quedó usted en estado de escribir algo después de darse el tiro?

—No lo sé.

—¿O cree usted que puede haber dos hombres que tengan una letra tan parecida?

—La letra del profesor Búrov era muy parecida a la mía. Una vez las comparamos y no era posible distinguirlas. Sin embargo, no hay en eso nada de insólito. Puede que lo escribiera yo mismo, aunque no me acuerdo, y aunque no hay motivo ninguno para que lo hubiera escrito...

Pero había bastado la mención del nombre de Búrov para trastornar todas las ideas del joven magistrado. Era como si alguien hubiera tirado de súbito del hilo con gran fuerza y el ovillo empezara a desenredarse a toda velocidad. Borísov se levantó.

—Una pregunta más. ¿Sabía usted que existía una puerta excusada en la habitación, que había una puerta en el gabinete?

—No.

—Con esto nos bastará por el momento. Espero que no tarde usted en mejorar. Y puede que para cuando esté usted bien, en lugar de interrogarle podamos decirle algo acerca del asunto.

El magistrado se frotó las manos, sonrió y, notoriamente satisfecho de los resultados del interrogatorio, franqueó la puerta. Horohorin cerró los ojos con indiferencia e inmediatamente se quedó dormido.



VIII  
LA ÚLTIMA VÍCTIMA

Zoya volvió a casa muy tarde. Varia estaba en la cama. Miró a Zoya con ojos que no veían, cogió la manta y trató de taparse la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? ¿Estás peor?

Varia tenía la garganta seca. Su voz era apenas perceptible.

—¡No! ¡Sólo otra hemorragia!

—¡Varia, eso es muy peligroso!

—No; es natural. La comadrona me dijo que sangraría un poco. Me dijo que lo había dejado llegar demasiado lejos. Era casi como un parto... Y los pechos... Fíjate: los tengo duros como la piedra...

Zoya no comprendió lo que le decía.

—¡Es la leche! —murmuró Varia.

Y de pronto se encogió con un movimiento convulsivo de desesperación y se tapó la cabeza con la manta.

—¡Mi hijo! —balbució, ahogada por sollozos histéricos.

Zoya se sentó en la cama. Rodeó con sus brazos los hombros de Varia, le dio palmadas, trató de hablarla; pero todo era inútil. Varia se estremeció entre sus brazos, trató de contener sus lágrimas y, por último, clavando los dientes en la almohada, se calmó.

Zoya se quedó silenciosa. No quería hablar: temía revelar la verdad. No sabía qué hacer. Se mordía los labios. De cuando en cuando, sintiendo una frialdad nerviosa en el corazón y un agudo dolor en las sienes, se levantaba y comenzaba a pasearse por la habitación.

«¡No debí decírselo! ¡No debí decírselo!», se repetía Zoya constantemente.

—Dame un poco de agua y acuéstate —dijo Varia.

Zoya le acercó un vaso de agua.

—No te apures, ya me acostaré.

—No; acuéstate ahora mismo. ¡Hoy has trabajado sólo por la mañana! Aquí son muy rigurosos.

—Mañana lo sacaré. No se ha tratado de una falta. Tenía permiso especial.

Varia la apartó con insistencia.

—¡Acuéstate, acuéstate! Vamos a dormir... ¿Crees que podré ir a trabajar mañana? —pregunto con tono asustado—. ¡Ojalá pudiera dormir! ¡Iré como sea! ¡Es muy triste quedarse aquí sola en la cama!

Zoya se desnudó, apagó la luz y se acostó.

—¡No vuelvas a mencionarme su nombre! —murmuró Varia—. Sólo una cosa más: ¿ha muerto?

—No.

—Si muere, dímelo; pero nada más...

—Está bien. Duérmete.

Varia se calmó unos instantes. En la habitación y en todo el edificio reinaba un profundo silencio. La lívida luz de un farol penetraba por la ventana y llenaba la estancia. El pesado jadeo de la fábrica, que no cesaba ni de noche ni de día, hízose más distinto. Zoya prestó atención y escuchó el temblor de las paredes, que vibraban al compás de las enormes máquinas que funcionaban en la fábrica.

De súbito Varia se echó a reír. Sobrecogida, Zoya se sentó en la cama.

—¿Por qué creía yo que iba a ser un niño? —preguntó Varia riéndose con una risa estrepitosa y nada natural—. ¡A lo mejor era niña! —agregó extrañamente.

—¡Varia! —gritó Zoya—. ¡Varia! ¡Varia!

Por unos instantes no obtuvo respuesta, y cuando Varia la contestó, lo hizo con voz ronca y débil.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Por qué no duermes?

—¡Estaba durmiendo!

—Procura no pensar y duerme.

De nuevo llenó el aposento un profundo silencio.

Zoya trató de abstraerse en la contemplación de las sombras que corrían por el techo. No quería acordarse del féretro cubierto de flores. Quería olvidar el rostro yerto y tranquilo con sus entornados ojos.

Las sombras lograron expulsar de su mente las impresiones del día. Se quedó dormida sin saber cuándo y se despertó con un sobresalto como si sólo llevara durmiendo un instante.

Había amanecido. En la habitación contigua se oía ruido de platos. Varia estaba acostada en la cama y cantaba. Incapaz de comprender lo que podría pasarle a su amiga, Zoya corrió hacia ella.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? —exclamó.

Los ojos vidriosos y relucientes de Varia no se movieron lo más mínimo. No era capaz de seguir la música, pero sus resecos labios repetían incesantemente la letra de una canción.

—¿No me oyes, Varia?

Zoya puso la mano en la frente de Varia y trató de volverle la cabeza hacia ella. La frente estaba abrasada y seca. Zoya gritó:

—¡Varia! ¡Varia! ¿Qué te pasa?

Los ojos de Varia se ensombrecieron. Por un instante se reflejó en ellos una sombra de comprensión.

—Varia, ¿por qué cantas?

—Canto para ellos... Me lo han pedido.

—¿Quién? ¿Quién te lo ha pedido?

—Los niños y las niñas...

—¿Qué niños y niñas? ¿Qué te pasa?

Con voz fatigada Varia contestó:

—Parece que no comprendes. Aquí ya no hay personas mayores: todo es imaginación. Sólo hay niños y niñas...

—¿Dónde?

—¿No sabes? —preguntó Varia con aire de reproche—. ¡Estamos en Marte! ¡Zoya, tú no puedes comprender! ¡Déjame tranquila, por favor...!

Zoya se oprimió las sienes y agitada y desconcertada se vistió todo lo deprisa que pudo. Llamó a la puerta de su vecina y sin entrar dijo:

—¡Haz el favor de entrar en nuestro cuarto! ¡Yo me voy al hospital! ¡Varia está delirando!

Cuando Zoya regresó al cabo de media hora, acompañada de una enfermera, encontró alrededor del lecho de su amiga un grupo de mujeres y de niños.

Estaban contemplando a la muchacha enferma y cuchicheaban entre sí meneando la cabeza. Sólo cuando apareció la enfermera manifestaron alguna disposición para prestar su ayuda.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —decía Zoya sin dirigirse a nadie con los dedos crispados y contemplando el semblante de Varia, sus ojos enfebrecidos y sus labios que no cesaban de moverse.

La enfermera hizo lo posible por calmar a Zoya.

—Yo haré todo lo que sea necesario. La llevaremos al hospital. Y usted será mejor que se vaya a trabajar, porque si no tendremos que cuidarla también a usted. ¡Váyase, haga el favor!

Zoya se fue. A la hora de la comida acudió al hospital. Con una bata blanca y con los lentes sobre la frente, el médico salió a verla. Parecía que la estaba esperando.

—¿Tiene parientes?

—No; ninguno.

—¡Hum...! ¡Hum...! ¿Ninguno? —preguntó.

—¡No; ninguno! ¿Necesita algo? Puede que yo...

—No; no necesita nada. Pero parece que hay peligro. Es un caso de envenenamiento de la sangre.

Horrorizada, Zoya se le quedó mirando. Sus desencajados ojos reflejaban un espanto profundo. El doctor apartó la vista y se puso a teclear con los dedos en la mesa.

—¿Quién ha hecho el aborto? —preguntó de súbito.

—No lo sé.

—¿Ha sido hecho aquí o en la ciudad?

—Aquí.

—Sólo quería hacerle saber a usted que voy a comunicárselo a las autoridades competentes. Usted tendrá que declarar. No se puede encubrir una cosa como ésta. No olvide que todo niño, incluso antes de haber nacido, se halla bajo la protección del Estado.

Zoya le escuchó sumisamente y luego preguntó con voz desesperada:

—¿Morirá?

—Yo no soy profeta, y la ciencia médica no puede hacer milagros.

Y dando media vuelta se marchó. Estremecida por hondos escalofríos, Zoya salió del hospital. El algodón que ella clasificaba en la fábrica quedó humedecido con sus lágrimas hasta bien avanzada la noche. Pidió permiso para utilizar el teléfono de la oficina y llamó a Senia. Éste le prometió venir a verla, como de costumbre, el sábado.

Pero cuando llegó el sábado, Varia yacía en un blanco ataúd de madera de pino, que bajo el ardiente sol despedía el aroma de la resina. El rostro de Varia se había arrugado, haciéndola parecer muy vieja.

## IX LA CARTA DE BÚROV

En respuesta al exhorto de nuestro fiscal para que fuera detenido el ciudadano Búrov, acusado del asesinato de Vera Vólkova, la policía de Yalta contestó que no podía cumplimentar el encargo toda vez que el ciudadano Búrov se había suicidado.

Pero ya antes de que la respuesta oficial fuera conocida de todos, el club psicobiológico de la Universidad había recibido la carta de Búrov.

Esta carta no ha sido publicada hasta ahora, aunque fue utilizada por el profesor Samovatov, presidente del club, como base para un artículo. Este artículo, sin embargo, fue publicado en la revista de la Universidad, y, por lo tanto, no llegó al gran público.

Simultáneamente, el fiscal recibió una carta que bastó para interrumpir todo nuevo interrogatorio de Horohorin, y que, en unión del informe oficial de la policía de Yalta, hizo innecesaria toda nueva gestión.

Estas dos cartas, aunque esencialmente distintas por su carácter, fueron confundidas por el público general. La carta recibida por el fiscal no era nada más que una confesión oficial, acompañada de una explicación de los acontecimientos que tuvieron lugar en el cuarto de Vera aquella noche trágica.

Esta carta fue hecha pública.

La carta recibida por el club psicobiológico encierra tal importancia en relación con el resto de los datos psicológicos del caso, que juzgamos necesario reproducirla íntegramente.

Estaba escrita pulcra y claramente, con muy mala tinta, en una hoja de papel sencillo y barato. Dice así:

Queridos camaradas:

Después de haber expuesto en la carta que he dirigido al fiscal todos los hechos esenciales y los detalles necesarios, estimo necesario al mismo tiempo describiros a vosotros, con toda la imparcialidad que me sea posible en el estado de espíritu en que actualmente me encuentro, las circunstancias psicológicas que se ocultan tras el crimen.

Ante todo debo confesaros que hasta que no supe por diversos amigos y por las informaciones de la prensa que Horohorin estaba salvado y que se hallaba amenazado de un proceso criminal, no se me ocurrió nunca considerarme un asesino ni hacerme cargo de que había cometido un crimen y tenía que afrontar el castigo. Puede que esto os parezca increíble; pero, sin embargo, fue así y creo que podré explicaros por qué sentía de esa manera.

Indudablemente reconoceréis conmigo que desde un punto de vista psicológico y cultural el peligro esencial de la inmoralidad estriba en el quebrantamiento de la compleja estructura sexual y en el retroceso a un género de vida animal.

Esto mismo, dicho sea de paso, traté yo de explicarle a Horohorin cierta ocasión. Sin embargo, escuchando su última conversación con Vera, me di cuenta de que no había comprendido la significación de mis palabras.

El impulso sexual aislado, con su fuerza tremenda y su facultad de penetrar en todos los sectores del cuerpo y del espíritu humanos, torna al individuo indiferente a todos los demás intereses. El mero deseo sexual no va acompañado de ninguna otra sensación y no se convierte en una emoción como en el caso de una persona enamorada; ni siquiera se experimenta ningún sentimiento compasivo por el objeto de la atracción.

Repito que yo no me consideraba un asesino ni un criminal. Estaba excitado por la última conversación que había tenido con la muchacha. Estaba excitado por el hecho de que me hallaba escondido y por la anticipación de los propósitos que debía llevar a cabo. Temía que me descubrieran, pero disparé con la puerta abierta, cuidando de elegir un momento en que fuera más difícil descubrir la procedencia del sonido.

Claro está que si hubiera sido descubierto hubiera matado a los dos: la nota estaba ya encima de la mesa y ambos se hallaban a merced mía. Esta afortunada coincidencia me impulsaba de modo imperioso a acabar con todo en aquel mismo instante. Yo estaba seguro de que Horohorin no iba a matarla a ella ni a suicidarse. Cuando él sacó la pistola yo tenía ya la mía en la mano. Él apuntó como una amenaza; pero yo disparé. Los dos estaban tan excitados, que no observaron de dónde procedía la detonación. Únicamente cuando Horohorin creyó darse cuenta de que había matado a la muchacha, volvió el arma contra sí.

Yo verifiqué todo esto con la misma calma y la misma frialdad con que Samsónov practicó la operación que ha salvado la vida de Horohorin. Conservé la suficiente sangre fría cuando los vecinos dejaron de llamar y fueron a avisar a la policía, para entrar en la habitación y agregar a la nota las dos palabras que cambiaban su sentido por completo. Había estado pensando en este pequeño detalle todo el tiempo que llevaba escondido porque sabía lo parecida que era nuestra letra.

Existe una razón que justifica que me compare con Samsónov. Yo estaba practicando una operación para salvar mi vida y mi mente, que, a mi juicio, podrían haber sido útiles a la sociedad.

Únicamente cuando hube terminado me di cuenta de la enorme cantidad de energía mental que había consumido.

Sentí vértigos, mis ojos no podían ver. Para mí no existía allí Horohorin, no existía nadie, no existía el mundo: sólo tenía realidad el cuerpo de una mujer a la que yo había amado. Un vestigio de razón me hizo volver en mí y me marché.

Una fuerza extraña me permitió abandonar la ciudad e intentar poner en práctica mis proyectos de nueva vida, proyectos que me había trazado cuidadosamente, o que, para ser más exacto, habían sido trazados para mí por el hombre de ciencia que llevaba dentro, y que a todos os es familiar.

Yo no pensaba en el crimen. Lo que más me horrorizaba era el descubrimiento de que el hombre de ciencia que yo era no podía salvarse de mi otro yo. Una vez que me hube convencido de esto comprendí lo que tenía que hacer.

En los años más sensibles de nuestra vida nosotros nos hemos visto obligados a soportar sobre los hombros la reacción que siguió a la revolución de 1905, las conspiraciones, las novelas de [Mijaíl] Artsibáshev y [Nicolái] Verbitski, la fría hostilidad de las escuelas cuarteladas, la estupidez de nuestros padres y la ruindad de la vida, todo lo cual nos condujo a extravagancias sexuales. ¿Es de extrañar que algunos de nosotros sucumbamos?

Búrov, el hombre de ciencia, desea terminar su carta diciéndoos: este drama que ha tenido lugar entre vosotros os sirva de tempestad purificadora.



Personalmente, yo creo... Pero el hombre de ciencia que llevo dentro de mí no me permite añadir una palabra más. Así, pues, se despide de vosotros sinceramente

*Búrov.*

Debajo de la firma, con letra clara y segura, léase la fecha: «Yalta, 24 de julio de 1925».

## X CONCLUSIÓN

Esta carta, que se ha hallado en nuestro poder, y cuyo contenido era ignorado de los demás autores, pone término a todos los documentos inéditos relativos a este asunto.

Asimismo es necesario poner término a nuestra historia. Pero creemos que el interés suscitado por los principales autores de este drama exige unas cuantas palabras acerca de su vida ulterior.

Es bien sencillo para nosotros satisfacer la natural curiosidad de nuestros lectores porque todos estos personajes siguen aún entre nosotros.

Cierto es, sin embargo, que tan pronto como Horohorin se encontró restablecido se marchó a una pequeña ciudad de Siberia y ha roto todo trato con nuestra ciudad. Ni el mismo Shulman ha tenido noticias de él.

El descubrimiento del verdadero criminal no pareció producirle a Horohorin una impresión duradera. Al pronto se quedó sorprendido y manifestó su emoción maldiciendo las nuevas pistolas automáticas. Cuando estuvo del todo bien se le permitió leer la carta de Búrov. La leyó con gran interés e inmediatamente decidió marcharse, lo que hizo acto seguido.

Nosotros encontramos algunos amigos en la ciudad donde Horohorin se había establecido, y recibimos una carta con noticias sobre él. Horohorin gozaba de buena salud, trabajaba como interno en un hospital, se dedicaba muchísimo a la caza y se proponía ingresar en la Universidad de Tomsk.

Jamás se le veía en compañía de una mujer.

En nuestra ciudad todo volvió a seguir su rutina normal. La gente joven reanudó sus estudios. Se puso de manifiesto un interés extraordinario por el aspecto científico de las cuestiones relativas a la moral, la sociología y el sexo.

Aún no hace mucho, el doctor Gruzinski pronunció una conferencia ante un auditorio numerosísimo y atento sobre el tema: *No matarás. Ideas de un psicobiólogo sobre el problema de los abortos.*

Unos días antes de esta conferencia tuvo lugar en la fábrica, en presencia de la mayoría de los obreros, la vista de la causa contra una comadrona acusada de ejercer su profesión sin permiso y de negligencia criminal en la práctica de un aborto con Varia Polovtsova.

Influido por los recientes acontecimientos, el Tribunal le aplicó una pena desusadamente severa; pero esto no pareció satisfacer a los obreros y la acusación apeló al Tribunal Supremo.

Uno de los efectos más notables de esta serie de acontecimientos fue el cambio que pudo observarse en Ana Rijinski: por nada en el mundo es posible hacerle emplear ya la palabra «burgués», e incluso se pone terriblemente furiosa cuando alguien la emplea en su presencia, considerándolo una burla cruel a su costa.

FIN



## LENIN Y LA REVOLUCIÓN SEXUAL<sup>1</sup>

[...] Ya sé, ya sé —dijo—; también a mí se me acusa en este respecto de filisteo por ciertas gentecillas, a pesar de lo que el filisteísmo me repugna, por lo que encierra de hipocresía y de estrechez. Pero, yo soporto pacientemente todo eso. Esos pajari-  
llos de pico amarillo, salidos apenas del cascarón de los pre-  
juicios burgueses, son siempre terriblemente listos. Pero, ¡qué  
se va a hacer! Hay que resignarse a eso, y no corregirse. Tam-  
bién el movimiento juvenil adolece de modernismo en su acti-  
tud ante el problema sexual y en su exceso de preocupación por  
él —Lenin ponía en la palabra «modernismo» un acento irónico,  
haciendo al pronunciarla un gesto desdeñoso—. Según me han  
informado muchos —continuó—, el problema sexual es también  
tema favorito de estudio en las organizaciones juveniles alema-  
nas. Los conferenciantes no dan abasto, al parecer, a la apeten-  
cia del público. Y en el movimiento juvenil, este estrago es espe-  
cialmente nocivo, especialmente peligroso. Fácilmente puede  
conducir, en no pocos jóvenes, a la exaltación y a la sobreexcita-  
ción de la vida sexual, destruyendo la salud y la fuerza juveniles.  
Es necesario que luchen ustedes también contra esto. No en  
vano el movimiento femenino y juvenil tienen muchos puntos  
de contacto. Nuestras camaradas debieran colaborar sistemáti-  
camente en todos los países con la juventud. Esto sería una  
continuación y una exaltación de la maternidad de lo individual  
a lo social. Y hay que fomentar en la mujer todo lo que en ella  
apunte de vida y de actuación social, para ayudarla a vencer la  
estrechez de su psicología individual y pequeñoburguesa de  
hogar y de familia. Pero esto es una consideración incidental.

---

<sup>1</sup> Extracto de *Recuerdos sobre Lenin*, de Clara Zetkin. Grijalbo. México D. F., 1968, páginas. 84-91.

También aquí una gran parte de la juventud se entrega apasionadamente a «revisar» las «concepciones burguesas y de la moral» en los problemas sexuales. Y debo añadir que se trata precisamente de una gran parte de nuestros mejores jóvenes, de los que realmente prometen. Es como usted decía antes. En la atmósfera de los estragos de la guerra y de la revolución en marcha, los viejos valores ideológicos se disuelven, al estremerse las bases económicas de la sociedad, y pierden su fuerza coactiva. Y los nuevos valores cristalizan lentamente, a fuerza de luchas. También en punto a las relaciones humanas, a las relaciones entre hombre y mujer, se revolucionan los sentimientos y las ideas. Se trazan nuevos linderos entre el derecho del individuo y el derecho de la colectividad y, por tanto, el deber individual. Las cosas se hallan todavía en plena fermentación caótica. La orientación en la fuerza evolutiva de las diversas tendencias encontradas, no se destaca todavía con absoluta claridad. Es un proceso lento, y no pocas veces doloroso, de destrucción y de creación. Donde más se nota esto es precisamente en las relaciones sexuales, en el matrimonio y la familia. La decadencia, la podredumbre, la suciedad del matrimonio burgués, con su difícil disolubilidad, con su libertad para el hombre y su esclavitud para la mujer, la hipocresía repugnante de la moral y de las relaciones sexuales, llenan de profundo asco a los seres espiritualmente más sensibles y mejores.

La coacción del matrimonio burgués y de las leyes por que se rige la familia de los Estados burgueses, agudiza los males y los conflictos. Es la coacción de la «santa propiedad», que santifica la venalidad, la vileza y la porquería. La hipocresía convencional de la honesta sociedad burguesa se encarga del resto. La gente busca satisfacción a sus legítimos anhelos contra el orden repugnante y antinatural que impera. En tiempos como éstos, en que se derrumban reinos poderosos, en que se vienen a tierra instituciones antiquísimas y en que todo un mundo social amenaza con hundirse, los sentimientos individuales se transforman rápidamente, la apetencia y el anhelo de cambios en el goce se desbocan con harta facilidad. No basta con reformar las relaciones sexuales y el matrimonio en un sentido burgués. Es una revolución sexual y matrimonial la que se prepara, como corres-

ponde a la revolución proletaria. Es lógico que este intrincado complejo de problemas que aquí se plantea interese muy especialmente a las mujeres y a la juventud, puesto que ambas son las primeras víctimas del falso régimen sexual imperante. La juventud se rebela contra este abuso con todo el ímpetu de sus años. Y se comprende. Nada sería más falso que predicar a la juventud un ascetismo monacal y la santidad moral burguesa. Pero es peligroso que en esos años se convierta en eje de la vida la cuestión sexual, ya bastante fuerte de suyo por imperativo fisiológico. Las consecuencias de esto son fatales. Infórmese usted acerca de esto por nuestra camarada Lilina. Esta mujer ha podido recoger grandes experiencias en su larga labor en establecimientos de enseñanza de toda clase y usted sabe que se trata de una comunista de cuerpo entero y sin prejuicios.

El cambio de actitud de los jóvenes ante los problemas de la vida sexual es, por supuesto, una cuestión «de principio», y pretende apoyarse en una teoría. Muchos llaman a su actitud «revolucionaria» y «comunista». Y creen honradamente que lo es. A mí, que soy viejo, eso no me impone. Y aunque no tengo nada de asceta sombrío, me parece que lo que llaman «nueva vida sexual» de los jóvenes —y a veces también de hombres maduros— no es, con harta frecuencia, más que una vida sexual puramente burguesa, una prolongación del prostíbulo burgués. Todo eso no tiene nada que ver con la libertad amorosa, tal como la concebimos los comunistas. Seguramente conoce usted la famosa teoría de que, en la sociedad comunista, la satisfacción del impulso sexual, de la necesidad amorosa, es algo tan sencillo y tan sin importancia como «el beberse un vaso de agua». Esta teoría del vaso de agua ha vuelto loca, completamente loca a una parte de nuestra juventud, y ha sido fatal para muchos chicos y muchas muchachas. Sus defensores afirman que es una teoría marxista. Yo no doy tres perras chicas por ese marxismo que quiere derivar todos los fenómenos y todas las transformaciones operadas en la superestructura ideológica de la sociedad directamente y en línea recta de su base económica. No; la cosa no es tan sencilla, ni mucho menos. Ya lo puso de manifiesto hace mucho tiempo, por lo que se refiere al materialismo histórico, un tal Federico Engels.

La famosa teoría del vaso de agua es, a mi juicio, completamente antimarxista y, además, antisocial. En la vida sexual, no sólo se refleja la obra de la naturaleza, sino también la obra de la cultura, sea de nivel elevado o inferior. En su obra sobre los «orígenes de la familia» [*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*], Engels ha demostrado la importancia que tiene el que el instinto sexual fisiológico se haya desarrollado y refinado hasta convertirse en amor sexual individual. Las relaciones entre los sexos no son un simple reflejo del intercambio entre la Economía social y una sociedad física aislada mentalmente por la consideración fisiológica. El querer reducir directamente a las bases económicas de la sociedad la transformación de estas relaciones, aislándolas y desglosándolas de su entronque con la ideología general, no sería marxismo, sino racionalismo. Es evidente que quien tiene sed debe saciarla. Pero, ¿es que el hombre normal y en condiciones normales, se dobla sobre el barro de la calle para beber en un charco? ¿O, simplemente, de un vaso cuyos bordes conservan las huellas grasientas de muchos labios? Pero, todavía más importante que todo esto es el aspecto social. Pues el acto de beber agua es, en realidad, un acto individual, y en el amor intervienen dos seres y puede nacer un tercero, una nueva vida. En este acto reside un interés social, un deber hacia la colectividad.

Como comunista, yo no tengo la menor simpatía por la teoría del vaso de agua, aunque se presente con la vistosa etiqueta de «emancipación del amor». Por lo demás, esta pretendida emancipación del amor no es ni comunista ni nueva. Como usted recordará, es una teoría que se predicó, principalmente, a mediados del siglo pasado en la literatura con el nombre de «libertad del corazón». Luego, la realidad burguesa demostró que de lo que se trataba era de libertar no al corazón, sino a la carne. Por lo menos, la predicación de aquel entonces denotaba más talento que la de hoy; por lo que se refiere a la realidad práctica, no puedo juzgar. Y no es que yo, con mi crítica, quiera predicar el ascetismo. Nada de eso. El comunismo no tiene por qué aspirar a una vida ascética, sino, por el contrario, a una vida gozosa y plena de fuerza, colmada, aun en lo que se refiere al amor. Pero, a mi parecer, esa hipertrofia de lo sexual que hoy se



observa a cada paso, lejos de infundir goce y fuerza a la vida, se los quita. Y en momentos revolucionarios, esto es grave, muy grave.

La juventud, sobre todo, necesita alegría y fuerza vital. Deportes sanos, gimnasia, natación, marchas, ejercicios físicos de todo género, variedad de intereses espirituales. ¡Aprender, estudiar, investigar, haciéndolo, siempre que sea posible, colectivamente!

Todo esto dará a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre problemas sexuales y sobre el dichoso derecho a «vivir su vida». ¡Cuerpo sano, espíritu sano! Ni monje ni don Juan, pero tampoco ese término medio del filisteo alemán. Seguramente, conoce usted a nuestro joven camarada X. Y. Z., un muchacho magnífico, inteligentísimo. Pues, a pesar de todo, temo que no saldrá nada de él. No hace más que saltar de aventura en aventura femenina. Eso no sirve para la lucha política, ni sirve para la revolución. Yo me fío muy poco de la solidez, de la perseverancia en la lucha de esas mujeres en quienes la novela personal se entreteje con la política. Y tampoco me fío de los hombres que corren detrás de cada falda y se dejan pescar por la primera mujercita joven. Eso no se concilia con la revolución —Lenin se puso en pie, golpeó la mesa con la mano y dio unos cuantos pasos por la habitación.

La revolución exige concentración, exaltación de fuerzas. De las masas y de los individuos. No tolera esas vidas orgiásticas propias de los héroes y las heroínas decadentes de un [Gabriele] D'Annunzio. El desenfreno de la vida sexual es un fenómeno burgués, un signo de decadencia. El proletariado es una clase ascensional. No necesita embriagarse, ni como narcótico ni como estímulo. Ni la embriaguez de la exaltación sexual ni la embriaguez por el alcohol. No debe ni puede olvidarse, ni olvidar lo abominable, lo sucio, lo salvaje que es el capitalismo. Su situación de clase y el ideal comunista son los mejores estímulos que pueden impulsarle a la lucha. Necesita claridad, claridad y siempre claridad. Por tanto, lo repito, nada de debilitarse, de derrochar, de destruir sus fuerzas. El que sabe dominarse y disciplinarse no es un esclavo, ni aun en amor. Pero, perdone usted, Clara. Me he desviado considerablemente del punto de

partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? Las preocupaciones me han soltado la lengua. Me inquieta mucho el porvenir de la juventud. Es un fragmento de la revolución. Y si apuntan fenómenos nocivos que entran al mundo de la revolución arrastrándose desde el mundo de la sociedad burguesa —como las raíces de esas plantas parásitas, que se arrastran y se extienden a grandes distancias—, es mejor darles la batalla cuanto antes. Por lo demás, estos problemas forman también parte de los problemas de la mujer. [...]

## ÍNDICE

7 / Nota editorial

9 / Nota de Ediciones Hoy (1931)

### PRIMERA PARTE: DESPUÉS DE LAS NUEVE

11 / I. Un espejo cóncavo

14 / II. El primer encuentro

22 / III. Su vida privada

27 / IV. La hija de un clérigo

37 / V. Frente a frente

45 / VI. Lo que le pasó a Vera

55 / VII. En la escalera

60 / VIII. Ana

64 / IX. Búrov

71 / X. La araña

### SEGUNDA PARTE: GENTE SENSATA

79 / I. Una nueva vida

87 / II. Los que aman

92 / III. La llegada de la primavera

100 / IV. La araña teje su tela

- 105 / V. Hogueras en la noche  
110 / VI. Inundación  
113 / VII. La emboscada  
118 / VIII. El nudo corredizo  
125 / IX. Es imposible estudiar  
131 / X. El padre  
136 / XI. Es imposible vivir de esta manera  
143 / XII. Lo mejor es morir

#### TERCERA PARTE: FINES Y PRINCIPIOS

- 147 / I. El honor de la Juventud Comunista  
154 / II. Lo mejor es morir – los dos  
161 / III. ¿Qué significa la raya?  
167 / IV. El gran amor de un corazón diminuto  
172 / V. La operación del doctor Samsónov y el experimento  
químico del profesor Iglitski  
178 / VI. Trabajo para los vivos  
187 / VII. Sí, yo la he matado  
193 / VIII. La última víctima  
198 / IX. La carta de Búrov  
202 / X. Conclusión  
  
205 / Anexo: Lenin y la revolución sexual

